

**UNIVERSIDAD
EAFIT®**



DOCENTES QUE INSPIRAN

La alegría de enseñar y aprender

Doce semblanzas de docentes que inspiran a la comunidad eafitense



**UNIVERSIDAD
EAFIT®** | Centro de
Integridad

Franco Pérez, Nathalia

Docentes que inspiran / Nathalia Franco Pérez. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020

198 p.; 25 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT)

ISBN 978-958-720-632-6

I. Educación como profesión. 2. Profesores universitarios. I. Franco Pérez, Nathalia

II. Mejía Arango, Juan Luis, pról. III. Zea Restrepo, Claudia María, pról. IV. Arango

Velásquez, Gabriel Jaime, pról. IV.Tít. V. Serie

378.12 cd 23 ed.

F825

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

DOCENTES QUE INSPIRAN

Primera edición: mayo de 2020

© Nathalia Franco Pérez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-632-6

ISBN: 978-958-720-636-4 (versión EPUB)

Edición: Cristian Alejandro Suárez Giraldo

Entrevistas: Nathalia Franco Pérez

Transcripción entrevistas: Monserrat Ordóñez Echeverri

Fotografías de los docentes: Róbinson Henao, Eduardo Arturo Arango Cruz y archivos personales de docentes

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: 1175286961, ©shutterstock.com

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la

autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Presentación

Juan Luis Mejía Arango 5

Introducción

Claudia Zea 7

Maestros de siempre y para siempre

Gabriel Jaime 9

Nota introductoria

Nathalia Franco Pérez 11

Docentes que inspiran

Beatriz Amparo Uribe de Correa

Docente de la Escuela de Administración

27 años en EAFIT 15

Luis Mauricio Bejarano Botero

Docente de la Escuela de Administración

25 años en EAFIT 35

Juan Diego Jaramillo Fernández

Docente de la Escuela de Ingeniería

29 años en EAFIT 49

Alejandra María Velásquez Posada

Docente de la Escuela de Ingeniería

20 años en EAFIT 63

Mauricio Vélez Upegui

Docente de la Escuela de Humanidades

25 años en EAFIT 75

Sonia Inés López Franco

Docente de la Escuela de Humanidades

21 años en EAFIT93

Mario Alberto Montoya Brand

Docente de la Escuela de Derecho

21 años en EAFIT109

José David Posada Botero

Docente de la Escuela de Derecho

18 años en EAFIT 129

Mauricio Andrés Ramírez Gómez

Docente de la Escuela de Economía y Finanzas

26 años en EAFIT 141

Catalina Gómez Toro

Docente de la Escuela de Economía y Finanzas

14 años en EAFIT 155

María Isabel Marín Cerón

Docente de la Escuela de Ciencias

12 años en EAFIT 171

Pedro Vicente Esteban Duarte

Docente de la Escuela de Ciencias

23 años en EAFIT 185

Presentación

Juan Luis Mejía Arango

Rector

Nunca imaginé que, en el momento de escribir la presentación de este libro, el mundo estaría sumido en quizás, la prueba más difícil que ha enfrentado después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en una situación como la que vivimos, cobra un sentido, renovado y profundo, nuestro proyecto de Universidad.

Cuando EAFIT comenzó sus labores en 1960 volcó su interés en la ciencia de la Administración. Con el tiempo, ya en los años 70, se hizo imperativo, dada la demanda de la sociedad, que nos abriéramos a las ingenierías. Durante las últimas décadas del siglo xx, EAFIT incursionó en la enseñanza de idiomas y abrió las puertas a las Humanidades y al Derecho. En la segunda década de este siglo creamos las Escuelas de Economía y Finanzas, y de Ciencias, fruto de la maduración de los pregrados asociados a esas ramas del saber.

Este arduo y exigente proceso solo ha sido posible por el compromiso de los *profesores* que durante todos estos años han liderado y acompañado la consolidación de diferentes áreas del conocimiento y que le permiten a la Universidad contar hoy con 24 pregrados, 42 especializaciones, 42 maestrías, 6 doctorados.

Son, además, muchos de estos *docentes*, quienes han iniciado semilleros de investigación; han sembrado la curiosidad en los estudiantes; han liderado proyectos con alta incidencia en la ciencia y en la generación de nuevo conocimiento, y han logrado 56 patentes.

Desde el nacimiento de la Universidad, la vinculación de profesores altamente competentes y con vocación de compartir su conocimiento, ha sido fundamental en el afianzamiento de la Institución. Ese saber, transmitido a lo largo de seis décadas por cientos de docentes que han enseñado desde Cálculo, Lenguajes de Programación, Derecho Público y Análisis de Textos, hasta Filosofía Política, Microeconomía, Mecánica del Medio Continuo, Inglés, Taller de Diseño, Geoquímica, Piano o Composición, ha marcado la ruta para alimentar cada uno de los proyectos de investigación, de innovación para las empresas privadas y el sector público, de los pregrados, posgrados y los cursos de idiomas y de educación permanente que ha ofrecido EAFIT en Medellín, Llanogrande, Bogotá, Pereira y en otras ciudades de Colombia.

Cada uno de los profesores ha aportado a la construcción de un legado para las nuevas generaciones, a tejer una memoria histórica de conocimiento, de posibilidad,

de humanidad, de progreso, de futuro. Algunos de nuestros docentes se han convertido en *verdaderos maestros*, luego de afianzarse en su quehacer, de aprender de sus errores, de potencializar sus capacidades, de saberse aprendices permanentes, de estar dispuestos a reinventarse, de cultivar su intelecto, de tantos años entregados a profesar su saber y su amor a los estudiantes.

Hoy, en la celebración de los 60 años, les compartimos con orgullo y alegría doce semblanzas de *Docentes que Inspiran* a la comunidad eafitense. Ellos representan el espíritu y la razón de ser de la Institución, tanto como los estudiantes que le dan sentido a su noble labor.

A ellos y a cada docente que ha aportado con su integridad, su compromiso y su saber a la historia de nuestra querida Universidad, mi sincero reconocimiento y gratitud.

24 de abril de 2020

Introducción

Claudia Zea

Vicerrectora de Aprendizaje

Detrás de toda persona con una vida exitosa siempre hay un docente que inspira. Un docente que le enseñó a *aprender a aprender*, que le mostró caminos posibles para aprender, que le brindó oportunidades de incrementar su capacidad de asombro, de vivir experiencias que le dieron sentido a su vida. Es hermoso recoger los testimonios de cientos de estudiantes que narran una experiencia de vida con una gratitud eterna hacia ese docente que estuvo allí para él y lo marcó para siempre.

Integridad, pasión, generosidad, liderazgo, método y conocimiento son virtudes que se destacan entre las cualidades de nuestros docentes. Virtudes que los disponen a establecer con sus estudiantes una relación de aprendizaje que se proyecta dentro y fuera del aula, que los impulsan a cultivar de manera permanente actitudes positivas y habilidades perdurables en los jóvenes y, en muchas ocasiones, a ayudar en ese delicado proceso de forjar el carácter.

Las generaciones cambiantes, los retos tecnológicos, la transformación de los modelos educativos hacia la personalización de los aprendizajes los inspira a innovar, a diseñar currículos para que ese aprendizaje sea más pertinente; los impulsa a poner en marcha ecosistemas de aprendizaje activo con retos que conecten a los estudiantes con el mundo real, los conduzcan a entender los problemas para descubrir mejores soluciones y a autoevaluar sus resultados de aprendizaje.

Los retos sociales y humanos los invitan a sembrar esperanza y confianza para asumir los momentos disruptivos con firmeza y audacia, a no desfallecer en la búsqueda de la sostenibilidad, a entregar siempre experiencias de aprendizaje con sentido humano.

Son docentes por vocación y, al mismo tiempo, son aprendices permanentes, aprendices que buscan proactivamente y con gran curiosidad, descubrir nuevo conocimiento y nuevas pedagogías para ejercer su profesión siempre a la luz de la excelencia.

Son miembros activos de comunidades de aprendizaje que construyen de manera responsable y pertinente proyectos educativos y culturales propios. Trabajan en equipo con compromiso, compasión y tolerancia, colaboran con redes y ecosistemas de conocimiento para estar siempre conectados con su entorno y con el mundo.

¡Son ellos Docentes que inspiran al aprendizaje!

Maestros de siempre y para siempre

Gabriel Jaime Arango V.

Director Formación Integral

“... saben [ustedes] que son personas que siempre se quedan en la vida de los estudiantes y [que] siempre nos marcan de alguna forma”. Fue este el lúcido y convincente saludo de bienvenida que en forma espontánea brindó el joven Juan Camilo Valencia Posada, estudiante de Mercadeo, a los nuevos profesores vinculados a la Universidad EAFIT en el semestre académico 2020-1

Un nivel de valoración y conciencia tal no es solo personal, es también, posiblemente, el de muchísimos otros estudiantes que han tenido la oportunidad de percibir, en similitud de condiciones, la profundidad y trascendencia de la experiencia humana, cognitiva y pedagógica que se deriva del encuentro con un maestro altamente significativo.

Cuando se está en periodos tempranos de formación, los seres humanos sentimos con frecuencia la necesidad de contar con una figura que nos oriente, que nos muestre caminos y que nos anime a poner en marcha nuestros pasos en la dirección deseada; de una compañía amistosa y confiable, que a través de la observación, la formulación de preguntas y el ejercicio del pensamiento y la reflexión, nos ayude a comprender la realidad, a la vez que a descubrir y descifrar esas verdades no evidentes que suelen esconderse en los hechos y las cosas; y finalmente, la de alguien a quien admirar, bien sea por una o por múltiples razones, para que nos sirva de inspiración en el momento de definir el propósito de vida personal al que habremos de entregarnos. Indudablemente, esa persona, esa compañía y ese espíritu es, o debería serlo, sin lugar a dudas para los estudiantes, cada uno de sus maestros.

Una pregunta con posibles respuestas válidas es la de: ¿quién es un buen educador? Entre ellas, la técnica profesional y la humanística ameritan especial consideración. La primera, porque pone el énfasis en el desempeño de la labor; y la segunda, porque lo hace en el ser y las actitudes de la persona.

Un educador es profesionalmente bueno cuando idea el programa académico y prepara cada una de las clases pensando en sus estudiantes, en sus necesidades de aprendizaje y en sus capacidades cognitivas; las implementa o ejecuta de acuerdo con lo planeado; hace del encuentro pedagógico mediada por el currículo una experiencia

de interacción humana positiva y evalúa de tal manera, que motiva, evidencia y refuerza en ellos la pasión por el estudio y el conocimiento.

En términos humanísticos un buen educador es la persona de cuyas prácticas de vida la sociedad aprende, es aquel a quien la visión sociocultural y pedagógica que posee, el conocimiento en su área del saber, la experiencia acumulada en los procesos de investigación, transferencia cognitiva, entrega y actitud de servicio, lo hacen referente y símbolo de los principios, ideas y valores que rigen el desarrollo humano. A ellos suele llamárseles Maestros.

Unos y otros centran su interés en el estudiante, en el desarrollo integral de su personalidad, la “ampliación de la conciencia” y las capacidades humanas –como en su momento lo señalara el Maestro Fernando González Ochoa–, el refinamiento de la interioridad y del espíritu, el cultivo de la ciencia y el perfeccionamiento de las virtudes ciudadanas y profesionales. En ello trabajan con los enfoques metodológicos de la pedagogía activa.

La pedagogía activa concibe la educación como el señalar caminos para la autodeterminación personal y social y como el desarrollo de la conciencia crítica por medio del análisis y la transformación de la realidad; acentúa el carácter activo del alumno en el proceso de aprendizaje; identifica al maestro como guía, orientador, catalizador y animador de este proceso; interpreta el aprendizaje como buscar y construir sentidos y significados, analizar para entender, comprender, inventar e indagar en contacto permanente con la realidad física y sociocultural; concede importancia a la motivación del alumno y a la relación Universidad–comunidad y vida; concibe la verdad como proyecto que es elaborado y no como posesión de unas pocas personas; la relación, teoría y práctica como procesos complementarios y la relación maestro–alumno como un proceso de diálogo, cooperación y apertura permanentes. Así mismo considera a la Universidad como una institución social que debe propiciar el ambiente para vivir la democracia, la solidaridad, la cooperación y el enriquecimiento mutuo de la comunidad educativa.¹

Los maestros que en la Universidad han hecho historia educativa y pedagógica, tanto por el ejemplo de sus vidas como por la trascendencia de su trabajo en la de los estudiantes, son Maestros que inspiran. Por su legado, son ellos Maestros de siempre y para siempre en la memoria agradecida de sus estudiantes.

Medellín, 25 de febrero de 2020

¹ Ministerio de Educación Nacional, Fundamentos Generales del Currículo, 1987.

Nota introductoria

Nathalia Franco Pérez

Jefe del Centro de Integridad

Docentes que Inspiran es un proyecto que nace en el segundo semestre de 2017 con el propósito de crear una memoria histórica de los profesores de la Universidad, de tal manera que ese saber intelectual y humano –construido a través de los años con esfuerzo, disciplina y dedicación– quede documentado y pueda servir a las nuevas generaciones de docentes como fuente de inspiración para el desarrollo de su fecunda labor.

En una primera etapa definimos tres criterios para elegir a dos profesores en cada una de las seis escuelas de la Universidad para que participaran en este libro: a) cultivar amor por la docencia, reflejado en el compromiso con el proceso de aprendizaje de los estudiantes; b) caracterizarse por la integridad en su trabajo académico y personal; c) y haber demostrado capacidad a lo largo de los años de repensarse a la luz de nuevas metodologías de enseñanza y aprendizaje.

El proyecto contempló tres etapas: una entrevista a profundidad en video, que fue editada y está alojada en la página del Centro de Integridad de la Universidad; una conversación presencial con otros profesores y estudiantes, para compartir la experiencia, los aprendizajes y las mayores satisfacciones de su labor; y al final, la publicación de este libro, en la conmemoración de los 60 años de la Universidad EAFIT.

En un intento por atesorar el espíritu de la conversación espontánea, que puede facilitar ese relato sincero rodeado de gratos recuerdos, asomos de momentos dolorosos, historias conmovedoras y deliciosas anécdotas, las doce semblanzas conservan en gran medida la estructura de la entrevista inicial. Ello implica, por supuesto, privilegiar la oralidad, el ritmo propio de la conversación, con algunos sacrificios en la sintáctica y de la corrección del lenguaje y una interacción comunicativa que no se ubica en el lugar del lenguaje académico, sino en el cotidiano y tal vez más cercano.

Espero que puedan disfrutar de estas historias de vida tanto como lo hice yo cuando tuve el privilegio de entrevistar a doce seres humanos fascinantes, curiosos, críticos, cultos, comprometidos con la vida, muy disímiles entre ellos y, definitivamente, con un camino edificante, labrado a partir de inmensos sacrificios, de un amor apasionado por el conocimiento y de una sincera vocación por enseñar. Cada uno, en su campo del saber es un verdadero maestro.

A ellos gracias por la apertura, la cooperación durante el proceso y, especialmente, por la incommensurable contribución a la educación de varias generaciones de cafitenses a lo largo de los años.

“Educar es estar a la altura de lo que el otro me pide y admitir la fragilidad de la condición humana, porque nunca seremos capaces de responder adecuadamente a la demanda del otro”.

Joan-Carles Mèlich, *La lectura como plegaria*.



Beatriz Amparo Uribe de Correa

Docente de la Escuela de Administración

27 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Psicóloga y especialista en Tendencias Contemporáneas de la Pedagogía, de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente, es docente del curso Seminario de Trabajo de Grado en el MBA (Master of Business Administration) y en la Maestría de Gestión de Proyectos imparte el curso Gestión de Proyectos.

INGRESO A EAFIT

Llegué a la Universidad hace veintisiete años, el 24 de abril de 1993, cuatro meses después de haberme graduado como psicóloga en la Universidad Pontificia Bolivariana de Cali. Regresé de esa ciudad en octubre de 1992 y en abril de 1993 ya estaba vinculada a EAFIT.

EAFIT fue mi primera experiencia laboral. Antes estuve dedicada a ser ama de casa y a cuidar de mis dos hijas, quizá porque fui educada para eso, no para trabajar por fuera del hogar; sin embargo, siempre quise ser psicóloga y profesora; incluso desde la infancia jugaba a ser maestra. Decidí estudiar psicología desde cuando tenía entre siete u ocho años y acompañaba a mi hermano a sus citas con el psicólogo; recuerdo que ya entonces me preguntaba: “¿Qué hace un psicólogo en el consultorio con esos jueguitos?, ¿qué tiene mi hermano?, ¿qué sucede con mi familia?”. Puedo decir que fue esa situación la que me situó en la búsqueda de esta profesión, más no en la búsqueda del saber, en el sentido de buscar libros, de buscar literatura o informarme; porque estaba dedicada a las labores de la casa y vivía en un pueblo que todavía estaba muy aislado, con poco contacto con la vida de la ciudad; porque a nosotros no nos dejaban

ver televisión, no podíamos ir a cine, no podíamos salir mucho. Yo fui la hija mayor de seis hijos y a mí me tocó recibir todo el aprendizaje cultural que tenía mi mamá, también me tocó sufrir los miedos de ella para enfrentarme al mundo. La verdad es que me preparé en un principio en mi vida como ama de casa.

ELECCIÓN PROFESIONAL

Siempre supe que cualquier día estudiaría psicología y sería profesora, aunque en mi familia nunca me pudieron apoyar con el estudio. Fui educada para ser ama de casa, una muy buena ama de casa. Solo estuve en el colegio hasta quinto de primaria.

Vivía en Caldas, Antioquia, muy cerca de aquí. Cuando estaba pequeña –hace ya bastante, hoy tengo sesenta y cuatro años– mi mamá tenía la convicción de que una mujer debía ser buena madre y buena ama de casa; entendía como buena ama de casa, no sumisión ni alienación a ningún hombre. Mi mamá era una mujer muy libre de pensamiento, si se tiene en cuenta lo que en ese momento era usual; y también muy libre en su práctica, en el sentido de formarnos para hacernos muy responsables, pero siempre con la mirada puesta en la autoridad, argumentando siempre, y nunca con un sentido de subordinación a algo. Este principio se volvió muy importante en mi vida.

Por otro lado, mi papá quiso darnos educación pero hubo un problema económico muy grande en la casa y por tanto, cuando terminé la primaria, no pude continuar. Luego logré pasar a primero de bachillerato en el colegio de La Presentación pero perdí el año. Esto significó que mis papás asumieran conmigo una postura muy radical, por eso decidieron que frente a mi escaso rendimiento no habría más estudio para mí.

Me casé muy temprano, a los veinte años, mi esposo y yo fuimos novios desde que yo tenía trece. Era prácticamente el único novio aceptado en la casa, porque tuve algunos que rechazaron. Finalmente me casé con el que me asignaron. Por fortuna, lo quise y lo querré, porque él se murió hace cuatro años. Con él construí una vida, fuimos compañeros y tuve a mis dos hijas. Fui afortunada de contar con un compañero de vida que me apoyó en mi aspiración de ser profesora y estudiar. Fue así como, después de estar once años dedicada a la crianza de mis hijas y al hogar, le planteé a él que había llegado la hora de poder estudiar.

¿Qué me disparó el deseo de salir a estudiar y decir: “Bueno, ¿ya es el momento?”?. Tenía una vecina que vivía en Cali, ella era dueña de un negocio de venta de gafas y el esposo era oftalmólogo. Una vez le dije: “Yo quiero trabajar”. Entonces Rosemary me preguntó: “¿Y usted qué sabe hacer?”. Y le dije: “Barrer y trapear”. Y me dijo: “Yo no

la voy a poner a barrer y trapear, tiene que estudiar”. Eso ocurrió en marzo de 1985 y el primero de abril de ese mismo año ya estaba estudiando. Es decir, ella fue la que me señaló el momento. Completé el bachillerato en un instituto que se llama Juventudes de la ONU (Organización de las Naciones Unidas); se trataba de un bachillerato acelerado que duró un año, es decir, poco o nada aprendí. Simplemente me preparé para pasar el ICFES y logré el mejor resultado entre los adultos en ese momento. Estudiaba cuarenta y ocho horas diarias. Cuando entré al bachillerato tenía treinta y dos años, terminé a los treinta y tres y medio, y a los treinta y cinco empecé en la universidad, en 1987.

En ese momento mi hija mayor tenía once años y la menor siete. Con mi esposo habíamos convenido que yo podría salir a estudiar el día en que las niñas estuvieran en el colegio y las posibilidades económicas nos lo permitieran. Aun así, cuando empecé, las condiciones económicas no eran las mejores, pero tuve la suerte de que me becaran en la empresa donde él trabajaba.



PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Empecé como profesora en EAFIT en 1995; pero inicialmente trabajé en el Centro de servicios formativos, lo que ahora se llama Bienestar universitario. Seis meses después de ejercer como psicóloga me nombraron jefe del Departamento del Centro de servicios formativos. Allí estuve un año, porque luego la Universidad consideró que yo no debía continuar allí, debido a que tuve equivocaciones en mi gestión. Sin embargo, aunque me retiré de esa actividad, nunca dejé realmente la institución. Recuerdo que dije: “Yo me voy de este departamento, porque sé que me debo ir, pero de la Universidad no, aquí me quedo”.

En ese momento mis compañeros de trabajo eran Francisco López, Yaromir Muñoz Molina y Pablo José Jaramillo Estrada. Entre todos configurábamos el grupo de profesores psicólogos que impulsaban algunos de los proyectos que tenían en ese momento Raúl Gómez y Pablo Jaramillo; este último insistía mucho en la importancia de las Ciencias sociales y humanas en la formación, además de muchos otros aspectos humanistas.

Cuando salí de la Universidad, Francisco quedó como jefe de Desarrollo estudiantil, y a los seis meses me invitó a ser profesora de Metodología del aprendizaje. Me entusiasmaron dos asuntos de la propuesta: el primero, mi deseo de volver a la Universidad, ya fuera de tiempo completo o no, porque yo quería seguir en la Institución y aprender a ser profesora. Y el segundo, la materia que iba a enseñar me gustaba mucho. Quería ser más que una profesora.

Ahí estuve durante los años 1995 y 1996. En el 96, Francisco se fue a hacer el doctorado a Barcelona, en ese tiempo él dictaba tres cursos de Introducción a la administración, entonces me propuso ser profesora de Administración. Yo de la materia solo sabía que la palabra existía, pero del saber administrativo y su práctica, poco. Precisamente hacía un año me había ido de mi cargo porque poco o nada sabía de esta práctica.

Pero acepté y nos dedicamos a estudiar. Veníamos todos los días a las 5:30 de la mañana. Y así continuamos más o menos durante seis meses en los cuales nos dedicamos a estudiar los libros con los que se trabajaba la asignatura. Francisco se fue el treinta de septiembre para Barcelona y yo quedé con los cursos que él tenía. Tuve la fortuna de vincularme de nuevo a la Universidad, esta vez como profesora de cátedra.

Por tanto, cuando digo que llevo veinticuatro años en la Universidad este lapso está dividido en dos momentos: uno, de tiempo completo, luego salgo e ingreso de nuevo como profesora de cátedra, desde 1995 hasta 1999, fundamentalmente en tres

asignaturas: Introducción a la administración –lo que después nombramos Pensamiento I y Pensamiento II–, Organizaciones I y Organizaciones II, y en algún momento, en Habilidades de dirección. Luego tuve la suerte de vincularme como profesora de planta.

Aprender a ser profesora no tuvo noviciados, no tuvo formación pedagógica, por fortuna. Pienso que la formación pedagógica tiene sus restricciones para la Educación Superior, aunque hoy se piense que no. Vine simplemente a construirme desde mi deseo, desde la práctica misma. Aunque sí aprendí en la universidad, mientras me formaba como psicóloga, sobre la necesidad de pensarse siempre en lo que se hace, en lo que se sabe y en lo que se es. Uno empieza a ser profesor sin saber ser profesor, uno aprende con la práctica.

Empecé a construirme con un saber que desconocía; en un espacio vital, el aula, que nunca había enfrentado; con una relación pedagógica que jamás había pensado ni sabía cómo podía conformar para que se diera el proceso de aprendizaje en las mejores condiciones; también significó afrontar un proceso de evaluación del que desconocía todo, es decir, qué se evalúa, cuándo, por qué, con qué criterios, etcétera. Ni qué decir del propio saber, yo iba a ser profesora sin saber, y cuando creía que sabía, dejé de serlo. Esa es la ironía.

Poco a poco me fui dando cuenta de que eran los tomadores de decisiones los que empujaban muchas de las situaciones sociales, económicas y políticas de nosotros, los ciudadanos. En la medida en que iba comprendiendo el discurso –tengo que hablar del discurso, todavía no de la práctica–, me lo fui apropiando y empecé a darle mucha fuerza. Entendí que era por la vía del discurso que yo, no solamente podía hacerlo bien, sino que ellos (los estudiantes) podían ser muy buenos profesionales. Así empecé: lo que dice la teoría, lo que dice el discurso, lo que el libro me presenta, lo que los autores me enseñan. Eso lo llevaba al aula y eso era lo que yo buscaba que los estudiantes aprendieran y de lo que finalmente se apropiaran.

Tuve experiencias muy gratas de aproximación con los alumnos, pero a los tres años empecé a sentir que algo grave pasaba conmigo como profesora. Empecé a darme cuenta de lo que yo estaba provocando como profesora, porque oía a los estudiantes cuando decían: “La profesora es muy difícil”, lo decían con palabras muy duras, con palabras de insulto muchas veces, que yo escuchaba en la cafetería y yo misma me acercaba a preguntarles qué era eso que tan mal hacía para merecer ese juicio tan fuerte.

Ahí empecé a pensar que algo no estaba funcionando o que no estaba logrando nada. Sin embargo, seguía sintiéndome feliz como profesora, encantada de

construirme en el aula y aprendiendo a conocer a los estudiantes, a relacionarme con ellos. A la par estábamos conformando un grupo de estudio para poderme apropiarme mejor de la Administración, porque la responsabilidad de entender más ese discurso y de aprender más desde adentro, es decir, desde la práctica, siempre me impulsó a seguir aprendiendo. En ese grupo de estudio íbamos pensando lo que nos pasaba en el aula con las cinco condiciones fundamentales del acto pedagógico: evaluación, aula, discurso, relación pedagógica y profesor; ese profesor que para mí es tan importante porque en esta actividad poco pensamos lo que hacemos. No pretendo con ello decir que todo el mundo es así, pero hago una generalización porque mi experiencia me lo ha enseñado, por lo menos en el contexto que yo tengo.

Tuve una experiencia maravillosa en 1997 con un estudiante que me hizo un señalamiento que me obligó a cambiar radicalmente toda mi postura, todo lo que yo hacía hasta el momento. Ese estudiante hoy es senador, es una persona de un carácter muy fuerte, fue un excelente estudiante y agudo en sus apreciaciones.

El primer día que llegué al grupo en donde él estaba como estudiante, puse uno de los talleres que acostumbraba para que los trabajaran los alumnos, pero él ni me quiso dar el nombre ni quiso hacer el taller. Yo no me hago mucha película con eso, poco a poco voy mirando cómo voy logrando que el estudiante asista a mi curso de una manera distinta y cambie de actitud, si se quiere más positiva, más constructiva, por lo menos en la relación conmigo, porque la transferencia es muy importante: no se trabaja de igual manera cuando uno hace una transferencia positiva con los estudiantes y ellos con uno, a cuando esta es negativa.

Cuando ya habíamos avanzado en el semestre, en el segundo parcial perdieron la asignatura veinticinco de los treinta y un estudiantes que componían el grupo. Eso produjo mucho malestar porque muchos perdían la materia. Entendía entonces que la exigencia también llevaba a la pérdida, para bien o para mal, así lo entendía.

Cuando llegué al salón, después de esa evaluación, vi que el grupo se reía y se reía, y yo escribía en el tablero y no lograba conectarme con ellos, entonces me detuve y me fui para decanatura. Allí le dije al decano Carlos Loaiza: “No soy capaz de seguir, me pasa una cosa muy grave en el aula. No soy reconocida como profesora, no tengo autoridad ante los estudiantes”.

Como siempre, hay unos alumnos que están pendientes de uno y llegaron allí (a la oficina del Decano) y dijeron: “Profe ¿qué pasó?”. Y les respondí: “Ayúdenme a entender porque yo no sé qué pasa”. Ellos contestaron: “Profe, es que le estaban celebrando el cumpleaños a Natalia, se estaban repartiendo la torta”. El Decano me aconsejó: “Si quieres ser profesora de cátedra aquí, debes continuar, esto no lo puedes suspender”.

Pensé que lo más importante para mí era ser profesora de EAFIT, entonces volví al aula y les dije con toda la serenidad que pude, pero muy angustiada, que me ayudaran a entender qué pasaba.

El estudiante del que hablé antes se levantó, me miró muy fijo a los ojos y con mucha decencia, pero con mucha contundencia, me dijo: “Profesora, usted no es ética, usted es una profesora muy arbitraria, usted no sabe lo que está enseñando, yo no quiero que usted me vuelva a calificar los exámenes, yo quiero otro calificador, y yo me pregunto ¿qué la tiene haciendo la Universidad acá?”.

Al paso de sus palabras, las lágrimas se me agolpaban en los ojos y las rodillas me temblaban. En ese momento me acordé de algo que me enseñó mi papá: “En momentos de dificultad diga tres veces ‘silencio’ para que logre tener serenidad”. Le agradecí al estudiante el señalamiento, le propuse que luego conversáramos para que me ayudara a entender mejor su crítica y me dirigí al grupo proponiéndoles que, así como ellos querían ser administradores de EAFIT, yo quería ser profesora de la Universidad, entonces que intentáramos sacar el curso adelante y así fue como terminamos bien el semestre.

Recuerdo de ese día también que al salir al descanso de la clase hablé con el estudiante; él me ratificó sus apreciaciones acerca de la evaluación, me señaló que yo preguntaba solo para calificar asuntos de memoria, que yo no daba lugar a la interpretación ni le daba vía libre al pensamiento. Sus críticas me hicieron preguntarme: ¿qué les estaba pidiendo a los alumnos? Lo que decía el libro. No permitía que el estudiante dijera otra cosa porque yo tampoco la sabía. Yo no sabía mucho de Administración. Tenían que responder lo que dijo Taylor, no lo que Beatriz Uribe decía. Ahí empecé a entender que me estaba faltando conocimiento y, además, que tengo un carácter fuerte, porque soy férrea en términos de disciplina. Han sido los estudiantes quienes me han ayudado a modificar esa línea recta, dura, con la que inicié. Y aunque mi carácter es fuerte, al mismo tiempo estoy dispuesta a aprender. Esa enseñanza fue y sigue siendo muy importante para mi vida profesional y personal, porque desde ese momento me dediqué a pensar más en la forma de evaluar a los estudiantes, y decidí hacer la maestría en Administración. Pero antes, quise hacer una especialización en pedagogía, Tendencias contemporáneas de la pedagogía, en la Universidad Pontificia Bolivariana. Aunque esto parezca contradictorio con lo que afirmé antes, porque yo no veo la pedagogía como esa didáctica y ese medio para llevar al niño de la mano, en el sentido de la *paideia*, sí entendí discursos y prácticas y pude pensar la evaluación. Aprendí que había formas de evaluar distintas, y me fui inscribiendo en lo que hoy llaman, y me adhiero a ello, la evaluación formativa, en lugar de la sumativa [SIC]. Esa especialización

me dio muchos elementos, me mostró muchos aspectos míos sobre cómo me aproximaba al conocimiento, de qué manera, cómo me equivoco y de qué forma. También los estudiantes, la especialización, las reflexiones en el grupo de Estudio de Pensamiento, me señalaron la importancia de hacer una maestría en Administración.

Si yo era profesora de pregrado en Administración, si lo que me empujaba era el deseo de que la Administración tuviera, en EAFIT por lo menos, un sello de responsabilidad orientado a una acción ética que convocara lo mejor de ellos para esta sociedad, pues lo que yo debería hacer era prepararme en Administración; por eso hice la maestría en Ciencias de la Administración aquí en la Universidad.

Con la maestría, en el año 2000, descubrí dos cosas: por un lado, que yo venía rastreando desde el pregrado el tema de la investigación. Mi trabajo de grado lo desarrollé en el Chocó durante cuatro años; tuve la fortuna de lograr entregar un trabajo muy valioso, que fue laureado por el método de investigación –ahí viene lo del método: mi vida y el método, mi método y mi vida–, por la metodología que empleamos mi compañera y yo. Y por el otro, que desde ahí empecé a sentir que quería ser profesora de Investigación. Observaba a nuestros profesores de esa área y a nuestro asesor de mi trabajo de grado, y envidiaba profundamente ese rol, yo también quería ser como ellos.

Luego me publicaron el trabajo de grado. Este consistía en una reflexión crítica dura, de cuestiones éticas y de denuncia; incluso, alguien del jurado me llegó a preguntar: “¿En dónde va a trabajar cuando publique el libro?, porque aquí no la van a recibir”. No obstante, debo decir que en EAFIT nunca he sentido censura por mi forma de pensar, he podido expresarme libremente en las tres gestiones que me han tocado; claro está, no puedo obrar libremente, sino dentro del marco de los principios de la Institución, eso no se pone en duda. Pero he podido ser crítica desde adentro del saber y desde mis posturas éticas, por eso yo siempre me sentí segura para hacer ese trabajo de investigación.

Mientras estaba en mi defensa del trabajo, Rodrigo Muñoz, el profesor de la maestría en Ciencias de la Administración –una persona muy querida que hizo dos proyectos muy lindos en la Escuela: la maestría y el doctorado, en los que yo creí profundamente y que hice con toda el alma–, me dio la oportunidad de ser profesora de Investigación en la maestría. Así fue como empecé.

Mientras eso ocurría tuve una gran confusión interna con respecto a si yo estaba autorizada para ser profesora de pregrado. Cuando entendí las lógicas del saber administrativo, las lógicas del movimiento económico, lo que desde adentro hay que saber para poder –si se quiere dar a los estudiantes mayores elementos para su formación en contextos más profundos– vi que yo adolecía de todos estos elementos; y aunque la

maestría me dio mucho, no bastaba. Entonces entendí que no era ético seguir siendo profesora de pregrado sin ser una persona que encarnara la profesión de Administración. Como en ese momento se abrió el pregrado en Psicología empecé a trabajar allí.

Por la vía de la maestría me fui especializando como una profesora que ayudaba a parir una idea, y derivé, por aquellas situaciones difíciles de la vida, en los posgrados de Gestión del conocimiento y la innovación, Finanzas, MBA y Gestión de proyectos. Allí me dieron un lugar y ahí me reinventé, y en esa reinención me ha ido muy bien, ayudándoles a los estudiantes a hacer ese ejercicio que tanto les molesta y que tanta frustración les produce. Conservo la añoranza de estar en pregrado en Administración, pero sé que yo no haría lo mejor para los estudiantes, y también entendí que por su relación con la autoridad y por ser tan distintos, mis códigos iban perdiendo fuerza para poderme comunicar con ellos, entonces así no vale la pena. Me dediqué a posgrado y a las áreas de investigación, y a acompañar a todo el que me proponga ayudarlo a parir una idea.

MOMENTOS GRATIFICANTES

Vuelvo al mismo estudiante, porque de ahí se desprende lo que yo empiezo a ver como posibilidad en mí para hacer gratificante el trabajo en el aula. En el tercer semestre el estudiante volvió a escogerme como profesora para Organizaciones. Cuando lo vi llegar, pensé: “No puede ser, no puede ser”. Entonces lo llamé y le dije: “No podemos trabajar juntos, usted no me cree, no me quiere, no confía en mí”. Y él me respondió sin explicar nada que esa había sido su decisión, por eso le propuse: “Bueno, entonces vamos a trabajar bien y usted me va a colaborar”. Él siempre fue muy buen estudiante.

Finalizando el semestre me invitó a tomar un café y me entregó una nota, que ya no tengo, desafortunadamente, en donde decía: “Quiero agradecerle, porque usted ha sido la mejor profesora que he tenido. Yo nunca la quise porque usted se parecía en la autoridad a mi madre y cuando me encontré con usted, no pude verla de otra manera, pero le agradezco porque además me ayudó a entender el liderazgo que yo quiero encarnar, que es el de mi papá”. Eso fue muy grato, ahí yo empecé a sentir que efectivamente en el aula pasan cosas maravillosas, de las que uno nunca se da cuenta; que solo las descubre porque un día alguien se las dice. También fue muy grato empezar a identificar las apreciaciones de los estudiantes en el aula; ellos comenzaron a decir que elegían la materia conmigo porque era muy exigente, no sé si esto es cierto, o si se debe a que enseñé muy bien o porque en el aula se construye un espacio muy agradable.

Los estudiantes saben agradecer que uno como profesor les dé un lugar, que los respete como personas, que sepa reconocerlos desde su mirada del mundo, en lugar de verlos desde la perspectiva de uno. Que les exiges mucho, (yo soy muy exigente), pero con el sentido que le aprendí a una profesora que sigue mucho a Sigmund Freud: “*Amorosamente implacable*”, frase maravillosa que creo seguir. Es decir, sí se puede ser amoroso en la clase y en los espacios de la vida, pero no hay que renunciar a los principios ni a los fundamentos ni a la esencia de lo Propio. Pero sí se puede construir la mejor manera de llegar al otro.

METODOLOGÍA

Entiendo el método como camino de conocimiento de mí misma y del mundo; de la vida. Entiendo que en ese camino las posibilidades para hacerse y para hacer con los demás son n , hay n herramientas, formas, medios, es decir, es lo que uno construya en su camino. Considero que parte del método o de ese camino mío consiste en ser humilde para tratar de dar lo que puedo, recibir del otro lo que él me dé y como me lo dé, ya sea positivo o negativo, y si es negativo, entonces se trata de cómo transformar eso en un aprendizaje. Cuando se murió mi esposo y llegué a la casa, mi papa me tomó la mano y me dijo: “El vasito lleno, no el vasito vacío. Se le fue la mitad del vaso, le quedó la otra mitad, hay que trabajar con la mitad”.

Creo que parte de mi método es esa disposición positiva para construir con el otro, construirme y darme de la mejor manera. El método para mí comienza con una forma de ser, con una forma de estar en el mundo y de tomar lo que voy viendo en el camino como posibilidad.

Yo llegué a la especialización en Pedagogía y me convertí en profesora porque finalmente eso estuvo anclado en una pregunta que arrastro desde los cuatro años. Fui criada en un ambiente muy férreo, con una madre de estilo militar, que aplicaba castigos físicos muy duros; y a los cuatro años me amarraron de una silla, toda una noche, por algo que no recuerdo todavía. En ese momento, en el cuarto en donde me dejaron, yo me hacía la pregunta: “¿Por qué lo amarran a uno?, ¿por qué me pegan?”. Me conmovía mucho el castigo físico, al punto que no lo soporto. Desde ese momento empecé a preguntarme por el método, por la mejor forma de educar. Cuando me casé, le dije a mi mamá: “Yo le voy a mostrar que uno puede educar sin hacer acoso psicológico y sin pegarle a nadie”. Tuvimos siempre esa claridad mi compañero y yo, y lo logramos.

A partir de esto, lo que yo estoy buscando siempre en el aula es acercarme de la mejor forma a los estudiantes. Y cuando tengo la experiencia con los colegas, lo que me empiezo a preguntar es por el método: “¿Qué tanto mi modo de ser lo estoy llevando al aula y también entorpece mi trabajo?”. Allí empezó a ser muy grata para mí –sobre todo en posgrado– la relación que construí en el aula con los estudiantes, una relación muy positiva y, definitivamente, empecé a sentir de modo consciente y deliberado que estaba creando un dispositivo pedagógico que convocaba, que ayudaba, que buscaba hacer surgir la idea del estudiante. Es una especie de mayéutica, y me atrevo a nombrarlo mayéutica, no en el sentido filosófico, sino de cómo puedo enseñar para que el otro pueda concebir una idea. Todo parto es doloroso, y por eso no se trata de evitarle el dolor; pero que pueda con el dolor, que pueda con la frustración, que pueda con la pérdida del hijo, que pueda con la pérdida de la idea; es un proceso muy difícil. En Seminario lo que ayuda es que lleguen ideas a la mente de los estudiantes que nunca antes han tenido; preguntas que nunca se han hecho, tareas para las que no están motivados, trabajos que no los convocan. Si decidieron realizar una maestría, deben abordar un trabajo de grado. Luego de tanta lucha y de tanto aprendizaje es muy gratificante para mí el haber recibido varias veces el premio a la mejor docente en la maestría en Finanzas. En la maestría en Ciencias también tuve el honor de que me dieran el premio a la Excelencia docente, y todo eso gracias a lo que han señalado los estudiantes en la evaluación.

Como principio nunca he visto una evaluación de un estudiante respecto a mí como profesora en pregrado y en posgrado, y creo que me moriré sin verlas, porque pienso que la evaluación de los estudiantes, y yo me sumo a ellos como estudiante que también he sido, está cargada con la transferencia que se produce en el aula, y esta es de amor y odio; por tanto, dependiendo de cómo sea mi transferencia seré muy buena o seré muy mala para el estudiante. Suelen decir cosas muy destructivas y muy dañinas cuando ven inconvenientes en nosotros, lo digo por lo que he visto con los colegas. Entonces pienso que la evaluación o envanece, porque uno se lo cree, o lo destruye a uno, porque también se lo cree.

TECNOLOGÍA EN CLASE

La tecnología ha estado siempre presente desde el origen de la humanidad; el hombre ha construido sus dispositivos de educación y de cultura desde el principio hasta hoy con las diferentes tecnologías. En el siglo XVI de una manera, en el siglo XV de otra, en

la era de las cavernas, de otra. Cada una de estas se ha ido configurando en el medio para ser el bastión de la vida humana, que es la cultura, y por ende el proceso de la forma de educación. Entonces, los recursos se adecúan a la época y a los modos de la época, y jalonan lo que cada una necesita. En ese sentido, yo la percibo como un medio más. Así como una vez fue el papiro, otra vez fue libro, la imprenta, el lápiz, la pluma; en suma, siempre hemos tenido medios.

Soy una mujer de 64 años, anclada en las metodologías del libro, de la lectura y de la escritura, por supuesto ausente de las teorías relacionadas con la tecnología. Sin embargo, he hecho lo que a mi saber y en mi disposición cabe para aproximarme a las tecnologías, sin renunciar nunca a lo que soy ni a lo que me hizo ser lo que soy. Porque difiero de las frases que escucho permanentemente: “Es que la educación de antes era magistral, era de memoria, no servía; la educación de ahora debe ser así; lo que sirve es el aula invertida; o las nuevas tecnologías son las que nos van a resolver el problema de la educación”. Ni lo uno ni lo otro, es una metodología más. Creo que cada época y cada generación ha construido la cultura, para bien o para mal, con los recursos con los que han contado.

Me resistí mucho al principio a estos cambios tecnológicos, empezando por el computador, el correo, yo fui la última que entregó la tarjeta Conavi, pero entendí que el mundo es otro también, y que si yo quiero estar aquí por honestidad, por responsabilidad con la vida, con la Institución y con lo que hago, debo adecuarme en la medida de mis capacidades. Veo ahí una posibilidad muy grande para las personas más jóvenes, para personas que son muy asiduas a las tecnologías, y bueno, ahí está una apuesta de la Universidad. Hace veinticuatro años teníamos otra apuesta: la de un pensum distinto, con unos núcleos de formación distintos, en suma, era otro momento.

SER DOCENTE

Ser maestra significa haber llegado a una categoría muy alta que creo alcanzan muy pocos. Incluí en esa categoría a la señorita Mariela, que fue mi profesora de cuarto de primaria; a ella le debo estar aquí en este momento pues me inspiró sobre lo que yo quería ser. Tengo en la cabeza todas sus clases de Geografía, de Historia, de Doctrina católica; me acuerdo todavía de cómo se vestía y cómo se disponía para dar clase. Para mí, ella es una maestra, y una maestra de escuela, y por eso amé la educación pública, soy de escuela pública.

Por tanto a mí me gusta nombrarme profesora, no me gusta la categoría “docente”, me parece que a la categoría docente es a la que le pagan, es la que tienen en la gestión y en la administración. En el aula yo soy profesora porque profeso un ser, un saber y un hacer; me dispongo con lo que soy a través de medios como el tablero, la palabra, el discurso, mi cuerpo y mi experiencia. Esa es mi didáctica en el aula, no tengo otra. Pienso que como profesora puedo, en alguna medida, no sé si inspirar, pero por lo menos dejar señales para que ellos un día hagan “clic”, así como el que yo hice con la señorita Mariela. Señales que le dicen a otro, muy adentro, desde lo que cada uno es, asuntos que un día revierten en la conciencia a la hora de actuar y decidir.

Yo creo que uno enseña con lo que es, no con lo que sabe. Lo que sabe es un pretexto para profesar ese discurso en el aula y ser muy responsable con este, pero lo que permanece es lo que se es. Seguramente el estudiante no habla de uno afirmando: “Y cómo hablaba de bien de la eficiencia”. No, lo que deja huella es la forma como el profesor *es* en el aula, la forma de tratar, él o ella, a sus estudiantes, cómo *es* en la vida, con el horario y las normas de que dispone, si es o no coherente. Eso es lo que se debe transmitir; pensar desde la ética y desde la integridad. Uno se vuelve un ejemplo para el estudiante. Uno inspira desde el ejemplo.

Quien enseña debe profesar su saber, su hacer y su ser. En el aula uno debe profesar a sí mismo, hay que poner unas señales para que el otro se pueda vincular con una de ellas algún día en la vida, y solo entonces la labor de ser profesor cobra sentido, así sea treinta años después. Yo creo que nadie le enseña nada a nadie, creo que cada quien aprende si quiere, cuando quiere, como quiere, con el profesor, sin el profesor y por encima de él. En suma, nosotros apenas somos un pretexto para mantener el *estatus quo* y disponernos de alguna forma para que ellos sigan manteniendo ese aprendizaje y se hagan a sí mismos en la vida.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

El estudiante es una persona ávida de vida y de asimilar las ideas que tiene el otro; es también una persona llena de eso que algunos llaman el mundo de la vida: las pasiones, los amores, los odios, los celos, la historia, su tragedia, su búsqueda, su lucha, su apuesta por estar vivo en este mundo y lograr objetivos. Con eso me encuentro en el aula; yo no me encuentro con un estudiante, me encuentro con una persona como yo que está luchando y desde ahí es como me acerco a ellos.

MAESTROS INOLVIDABLES

La señorita Mariela, de la Escuela Auxiliadora en Caldas es mi maestra inolvidable. Tengo anclada, como impronta existencial, su forma discursiva; su didáctica, que partía de entender al grupo y de saber lo que nosotros necesitábamos. Una didáctica que ella traducía en mapas con aserrín, con plastilina, con la tecnología de la época; la cartulina, la tinta; esos eran los recursos con los que aprendíamos sobre Colombia, sus montañas y sus cordilleras. El tono de la voz, la contundencia con la que ella hablaba, me inspiraban. En el aula la seguía con la mirada por todas partes; ella se paseaba por el salón y yo la observaba, desde los zapatos hasta el peinado. Era coherente con la vida, porque ella era del pueblo también, eso lo demostraba en el aula, así era ella. Ella fue una inspiración.

Luego, cuando cursé el bachillerato acelerado, conocí a un filósofo vitalista llamado Román Betancur, una persona fuera del sistema, contrario al sistema: trabajaba sin cobrar, vivía en una finca sembrando zanahoria, hacía su vida de la forma más ermitaña posible. Él me mostró la literatura, me mostró la filosofía y me mostró la vida y la calle de Cali, porque viví en Cali y amo esa ciudad profundamente. Aprendí a conocer con él desde los bajos mundos hasta los altos; ese profesor me mostró mucho. Lo que yo puedo entender hoy como la vida desde adentro, desde el fondo –y cuando hablo del fondo, hablo de los bajos fondos, pero también hablo de los más excelsos–, fue gracias a ese maestro.

Después, cuando llegué a la Javeriana tuve una maestra maravillosa llamada Marta Arango. Como yo llegué a la universidad sin nada de bases, en los primeros parciales saqué uno en todo; esto no solo me angustiaba mucho, sino que también lloraba, porque estudiaba y estudiaba, pero no podía. No tenía ni memoria ni capacidad de análisis, nada. Un día como ella vio mi deseo de ser psicóloga, me dijo: “Vamos a hacer una cosa, esta materia tú no la puedes ganar –era de ocho créditos, tenía que sacar 3.5– pero tú quieres ser psicóloga, te vamos a ayudar. Lo que vas a hacer es que vas a coger un cerebro, lo vas a meter en formol y te vas a grabar todos los capítulos de Aleksandr Románovich Lúriya sobre la memoria, y si lo logras, te ponemos la nota que necesitas”. Por ella soy psicóloga, a ella le entregué mi diploma.

Yo logré superar todas las dificultades gracias al deseo enorme que tenía de educarme. Fue esta ansia la que me condujo e impulsó. Y quizá también ayudó que me di la licencia de permitírmelo y darle salida. Pienso que, en gran parte, la educación que tuve en la casa me ayudó, porque si bien fue de acuerdo con la usanza de la época, mi

mamá era de una fortaleza, de un carácter, unas claridades y unos principios con los que seguramente me identifiqué y me dieron, en otro momento, de otra manera y en otras condiciones, la misma fuerza que ella tenía; creo que a ella le debo esto. La fuerza de mi mamá y el espíritu sosegado, paciente, amable, pero a la vez muy contundente de mi papá.



INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

La búsqueda por la integridad estuvo desde muy temprano en mi vida. Uno a los siete años ya es consciente de muchas cosas, del bien y del mal, del pecado y todo aquello relacionado con la religión católica, ese fue el dogma en el que me tocó inscribirme. Desde allí rastreo y tengo conciencia de la integridad.

Con mi papá es con quien logré consolidar, con más firmeza, y apalancarme con más serenidad en mis principios y mis convicciones; a pesar de los riesgos que he corrido, las dificultades que he afrontado y las consecuencias que he pagado –porque se paga factura por ser coherente, y se paga duro a veces, pero no importa, así voy a ser hasta el fin de mis días. Mi papá era no creyente pero tenía una ética de la civilidad y del bien vivir y del bien-estar, y era un ser íntegro.

Por eso siempre he tratado de corresponder a esos principios que él me inspiró. A mi mamá, en cambio, no le tenía miedo, le tenía terror, horror, mi obediencia era absoluta. Con mi papá, no tenía que obedecer, con él me pude construir. Esa es la otra fuerza que habita mi vida, me da la serenidad y me ayuda a que ese aspecto tan fuerte de mi carácter, que a veces es agresivo, se controle.

La formación del ser es permanente. En todo lugar y circunstancia. Yo pienso que siempre debe estar presente la reflexión sobre lo que somos, pensar y reflexionar lo que hacemos para ser mejores; ya sea si soy profesora, si soy mecánico, si barro, si soy portero. Somos una unidad y esa unidad nos convoca siempre en lo que hagamos. La práctica que ejercemos en la vida es la punta del iceberg, lo que se ve de nuestro ser. Quiero decir que por la práctica es por donde sale la ontología y por la práctica se vuelve a ella. Entonces, la reflexión sobre lo que nosotros somos, hacemos o decimos, nos convoca siempre, hasta el fin.

PROYECCIONES Y LOGROS

Aunque ya estoy jubilada voy a continuar como profesora de cátedra. No me asusta la transición. Estoy tranquila, contenta, alegre de haber llegado hasta este momento con toda esta historia que me carga de cosas positivas, que me ha hecho y me ha ayudado a ser lo que soy hoy, en este lugar que ha sido mi casa desde hace veinticuatro años; hace veinticuatro años no almuerzo en mi casa. Me siento muy contenta de haber sido capaz de decirle a la Universidad el año pasado: “Muchas gracias por la oportunidad que me ofrecen de ser profesora pensionada, pero creo que es necesario saber irse, sa-

ber decir que este ya no es mi lugar de esta manera; la Universidad necesita personas que se dispongan de otra forma, por eso me quedo mejor como profesora de cátedra”. De todas maneras me da nostalgia, me abruma a veces el miedo, estoy configurando mi último proyecto de vida pues aunque me quede mucho o poco de vida, es mi último proyecto y espero hacerlo tan dignamente como he podido hasta ahora.

Quiero disfrutar mucho esta etapa a sabiendas de que puede ser muy difícil, pues empiezo a enfrentarme con la tercera edad. Vendrá la enfermedad –no sé cómo–, la muerte –no sé cuándo–, pero yo sí quiero que el último tiempo lo pueda tener con mis nietas, con mis hijas, conmigo misma, con la ciudad, con la Universidad, de otra manera. Entonces estoy muy tranquila, muy contenta, agradecida... Me gustaría no tener la palabra de cajón para decirle a EAFIT todo lo que me gustaría decirle. Estoy dispuesta a construir mi nuevo proyecto de vida con la Institución, porque no me voy del todo, y así no diera más clase, yo no me iría de la Universidad, este lugar está lleno de posibilidades para uno. Ahora se trata de construir mi casa y mi vida de otra manera.

Para mí es además motivo de orgullo cerrar este ciclo con este reconocimiento. Después de las dificultades que tuve, me voy como mi papá me dijo: “Saldrá por la puerta grande, siga con paciencia, silencio y honradez y volverá a tener la luz que un día tuvo”.

Testimonios para Beatriz Amparo Uribe de Correa Docente que inspira de la Escuela de Administración

Juan Fernando Fernández Vélez, egresado de la maestría en Administración

La profe tiene dentro de sus cualidades saber transmitirte esas enseñanzas que no solamente se quedan en el ámbito profesional, sino que van más allá, hacia tu vida personal y familiar. La profe en una ocasión me regaló una frase bastante dicente: “El verdadero maestro no enseña sobre lo que sabe, enseña sobre lo que es”, y esto aplica perfectamente para ella.

María Andrea Ramírez Tobón, egresada del pregrado en Psicología

Gracias por la paciencia que nos tuviste al enseñarnos y al repetirnos una y otra vez cuando no entendíamos y por preocuparte siempre por la formación

de tus estudiantes, tratando de que se diera de la mejor manera posible, y felicitaciones por tantos años haciendo esta bonita labor . Sé que no es fácil formar a otras personas, pero se nota cuando se hace de corazón, como tú.

Luz María Rivas Montoya, profesora del Departamento de Organización y Gerencia

Las palabras se quedan cortas para agradecer la honestidad con que Beatriz habla, la manera directa como dice las cosas, su compromiso y su entrega es genuina. Gracias por ayudar a un ser que está peleando consigo mismo para poder construir algo importante. Tengo toda la gratitud del mundo, creo que no hay palabras suficientes para expresarlo.

“La educación participa en la vida y el crecimiento de la sociedad, así en su destino exterior como en su estructuración interna y en su desarrollo espiritual. Y puesto que el desarrollo social depende de la conciencia de los valores que rigen la vida humana, la historia de la educación se halla esencialmente condicionada por el cambio de los valores válidos para cada sociedad”.

Jaeger Werner, Paideia: los ideales de la cultura griega.



Luis Mauricio Bejarano Botero

Docente de la Escuela de Administración

25 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Administrador de negocios en EAFIT, obtuvo su maestría en Administración, en la Universidad de Barcelona. Es profesor, asesor e investigador en Análisis del Consumidor, Estrategia y Diseño de Servicios. Ha coordinado programas de Educación Continua en el mismo campo del saber. Adicionalmente, es el jefe del Departamento de Mercadeo y coordinador de la especialización en Mercadeo.

INGRESO A EAFIT

Yo soy código 90108601, en el año 90 empecé a entrar por la portería de Las Vegas y nunca pensé que iba a permanecer aquí tanto tiempo; y sin duda me siento privilegiado por tener un espacio, primero en esta ciudad que no es en donde yo nací, un espacio físico, y también un espacio en las personas a quienes he tenido la oportunidad de conocer, compartir y aprender con ellas; me siento feliz porque sigo en la Universidad y porque esto, más que un trabajo, ha sido mi vida.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Yo tenía un jefe, Juan Carlos Arteaga, que era profesor y un día me pidió que le preparara una presentación y le hice todas las diapositivas. Entonces, me dijo: “Usted sabe hacerlo mejor que yo, vamos juntos y usted lo explica”. Yo le contesté que estaba loco,

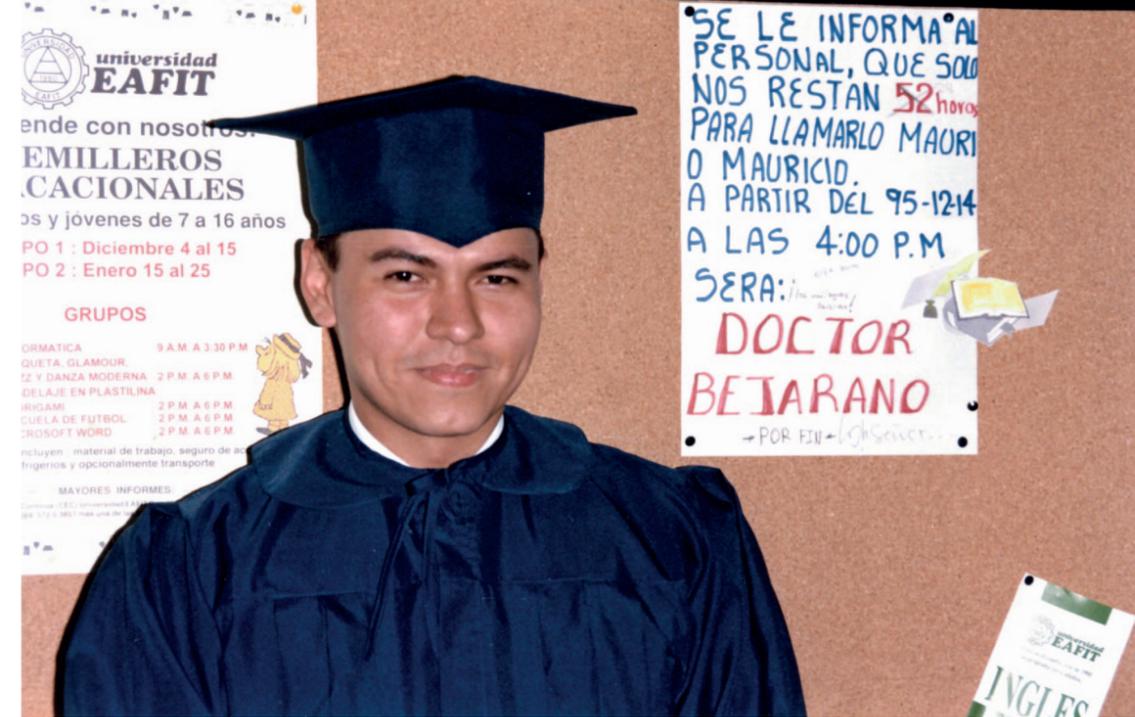
que cómo se le ocurría, pero me animó: “Vamos, yo te acompaño y hacemos la clase a dos voces”. Hicimos la sesión juntos y al final nos aplaudieron. Quedé muy impresionado porque no me lo esperaba, así empecé a tomar confianza. No se me olvida otro profesor que tuve en pregrado, en español, que cuando yo estaba exponiendo me preguntó por qué había detenido la presentación y le expliqué: “Pensé que estaba extendiéndome mucho”; y él respondió: “La gente estaba súper interesada en lo que decías, pudiste haber seguido una hora más y estaríamos acá”. Y siempre me acuerdo de él cuando a veces siento temor sobre lo que estoy diciendo, así lo diga o no, y pienso: “Ya lo he hecho bien antes, creo que lo puedo hacer otra vez”.

Empecé como docente en 1995. Yo nací en la Costa Atlántica, en Montería. Mi papá es caleño, mi mamá de Salamina, Caldas. Nunca he sido de ninguna parte: los costeños dicen que soy cachaco, los cachacos que soy costeño, tampoco soy de Bogotá, pero mi esposa sí, entonces ese “no lugar” siempre ha sido muy significativo en mi vida, porque me hace cuestionar sobre la diferencia, por cómo somos, qué puedo aprender de los demás.

Llegué a Medellín a los diecisiete años, quería ser sociólogo o antropólogo, pero pensé que iba a trabajar con mi papá en unos negocios que tenía en Montería y por eso elegí Administración. Luego, empecé a descubrir otro montón de temas que me gustaron; encontré que mercadeo podía ser un espacio dentro del mundo de los negocios que me agradaba; también abría un espacio muy grande para otros temas que me interesaban, a propósito de lo que mencioné antes sobre la diferencia y los matices que hay entre las culturas: las palabras, la forma de ver las cosas, los contextos. Entonces encontré allí una combinación muy interesante, para resolver preguntas o dudas o hallar espacios para entenderme y entender mejor lo que pasaba, con argumentos. Fue una combinación muy afortunada.

Empecé como profesor de cátedra en Extensión, en Educación continua, y estuve un par de años allí, hasta que apareció la oportunidad de hacer la maestría. Cuando volví, Belisario Cabrerós, jefe del Departamento, me preguntó cuáles áreas me gustaban y yo elegí Análisis de Consumidor e Investigación. Así empecé.

Los primeros cursos que enseñé fueron en Fundamentos de Mercadeo, como profesor de cátedra. Me sentía nervioso, muy preocupado por saber, por tener la respuesta correcta, no equivocarme frente a los estudiantes, por cumplir ese rol que uno tiene del profesor que es el que sabe, el que tiene todo muy controlado y puede responder cualquier pregunta. Yo lo disfruté, pero me pareció sobre todo muy retador. Sigue siendo muy retador, pero de manera distinta, en ese momento era más el estrés por tener la respuesta correcta y no equivocarme frente a mis estudiantes.



Me acuerdo mucho de una ocasión, durante una de las evaluaciones que tuve en un curso, me mandaron a Barranquilla y yo me puse corbata, porque quería parecer muy serio, terminó la clase y me quedé viendo las evaluaciones, en una de ellas, una estudiante escribió: “El profesor primero se ve muy joven y parece que no sabe nada, pero después empieza a hablar y sí sabe”. Entonces digamos que esa realimentación de los estudiantes va dando confianza.

También sentí nervios. El primer día llevé un vaso de agua por si me daban nervios, afortunadamente, tenía tapa, porque cuando lo agarré me empezó a temblar el vaso, tuve que salir, respirar y volver. Sí, nervios siguen dando, pero ya los disimulamos más. Empecé a dar clase cuando tenía más o menos veinticuatro o veinticinco años.

ELECCIÓN PROFESIONAL

Yo estudiaba Administración, me gustaban muchos temas, por ejemplo, las finanzas. Hice la primera práctica en la Cooperativa Cafetera. En esa época hacíamos dos prácticas, y yo quería hacer la segunda práctica en finanzas. Pero, en la entrevista, un amigo que tenía más experiencia que yo en finanzas, fue el elegido, y yo volví a trabajar en mercadeo. Siempre trabajé en mercadeo, me encantó. Pienso que uno tiene que tomar decisiones; si la vida, si las oportunidades se estaban dando en mercadeo, y me gustaba, si lo disfrutaba, entonces debía asumirlo y seguir trabajando en mercadeo. Pudo haber sido otra cosa, seguro, pero ahí encontré un lugar donde pude hacer muchas de las cosas que deseaba.

En mi trabajo, el mercadeo es visto como un área muy instrumental, como una herramienta para vender; empezar con investigación de mercados y análisis del consumidor, cambió la perspectiva por las lecturas sobre psicología, antropología y lo que se aprende en el diálogo con las personas. Sin embargo, era muy difícil lograr una conversación que llegara a un punto profundo, interesante, donde realmente hubiera una conexión con alguien y luego sacar de ahí unos hallazgos susceptibles de traducir en una promesa de venta. Yo me sentía traicionando a esa persona que me había hablado de una manera tan desinteresada; entonces, era necesario encontrar un espacio profesional donde pudiera desempeñarme, aportar a las empresas y, al mismo tiempo, darme gusto, pues yo disfrutaba un montón. En ese momento, yo no tenía muchas preguntas existenciales sobre lo que hacía. Empecé a cuestionarme: ¿qué sentido tiene, realmente?, ¿cuál es el impacto, y sobre todo la responsabilidad, que tenemos en la sociedad?

Me estoy adelantando mucho en el tiempo, pero antes de empezar a crear el pregrado, yo tenía que resolver esas preguntas: ¿para qué formar estudiantes en mercadeo?, ¿hacen falta en esta área? ¿O nosotros tenemos la capacidad, y las herramientas, y obviamente con otras disciplinas, para entender las necesidades de las personas, no como consumidores, sino como ellas mismas? ¿Podemos ayudar a las organizaciones a responder a esas personas, pero de una manera que genere bienestar para ellas y para la sociedad? Si es así, entonces el mercadeo ocupa un lugar fundamental, porque todos tenemos necesidades que no precisamente generan bienestar. Esa es una pregunta más compleja porque las empresas pueden satisfacer nuestras necesidades de crecimiento de muchas maneras, que no necesariamente son constructivas. Entonces, la articulación entre esos dos mundos puede orientarse por muchos caminos; pienso que nosotros tenemos una responsabilidad enorme con las empresas, con las personas, y un rol importante para desempeñar. Eso me dio la seguridad de ofrecer a la comunidad e invitar a padres y a hijos y decirles: “Este es un camino que vale la pena recorrer y que tiene un sentido importante en esta sociedad, podemos aportar”. Esa reflexión llegó después, siempre estuve preguntándome, sobre qué hacer con esta información, con estos hallazgos, con lo que la gente dice: ¿cómo lo convierto en algo tan utilitario como para venderle algo a alguien? Eso siempre me produjo tensión. Hace un tiempo decidí trabajar no solo en diseñar la promesa, sino también en la entrega de esa promesa. En mercadeo identificamos necesidades que se traducen en una propuesta de valor, pero la economía se está transformando en una economía circular, en la que predominan los servicios.

También me preguntaba: ¿cómo aprovechamos los recursos –métodos y herramientas– que tenemos en mercadeo, para que las personas y empresas generemos

bienestar y al mismo tiempo, seamos responsables en el uso de los recursos naturales, corporativos, y también de lo que ocurre con el ambiente en nuestra época? Por esa razón, además de investigar al consumidor, estoy trabajando en mercadeo de servicios, y especialmente, diseño de servicios, para ayudarnos a crear valor a partir del uso, no tanto de la compra y consumo, sino del uso y re-uso de los recursos. Ahí he encontrado una nueva manera de responder a esa pregunta desde el campo mismo del mercadeo y tal vez ayudar, en lo posible, a transformar una sociedad de consumo en una sociedad más responsable con los recursos, que nos ayude a estar bien, a crear bienestar.

De todos modos, la organización necesita crecer, o por lo menos mantenerse, generar utilidades, por eso tienen un impacto importantísimo las familias en el bienestar. Esa dimensión económica está presente y también tenemos que hacer que las personas estén contentas, satisfechas, que disfruten su entorno. Cuando se diseña una oferta de valor se deben cumplir esas condiciones, generar bienestar para la organización y para la empresa y en ese momento uno puede tomar decisiones muy importantes sobre el modelo de negocios, sobre cómo es el diseño del producto, cuál es el rol en el que yo ubico a las personas, nos ubicamos, porque vamos a cocrear o a construir juntos una experiencia. Los de mercadeo tenemos un rol fundamental, sobre todo en este momento: en el lugar en el que estamos podemos tomar decisiones muy importantes que afectan de manera positiva a todos en el sistema.

PREGRADO EN MERCADEO

Nosotros somos un departamento que necesita metas comunes, necesita crecer, necesita proyectos. Cuando asumí la jefatura del Departamento y estuve a cargo de un grupo de personas estaba buscando un proyecto que nos aglutinara: hacer crecer la maestría en Mercadeo, crear un pregrado también en Mercadeo, por una parte, pero, por otro lado, estaba la pregunta existencial: ¿qué sentido tiene un pregrado en Mercadeo? Porque no se trataba de algo como: somos cinco personas con deseos de crecer, inventémonos un pregrado. Afortunadamente, pude unir esa preocupación existencial sobre el sentido del mercadeo en la sociedad con la necesidad de crecer y hablé con muchos padres de familia, con estudiantes, con directivos, con el vicerrector, con el rector, con los decanos. Había muchas posiciones al respecto. Unos decían: “Mercadeo es una herramienta, solo sirve para vender, no tiene otro propósito. Y yo me preguntaba: ¿por qué no? En ese momento no respondí la pregunta, no fui capaz de seguir adelante con

el proyecto, por respeto a mis colegas, a las familias, a la sociedad, a mí mismo, porque de otra manera, no hubiera tenido sentido.

Ya después, fue muy interesante, porque fluyó muy bien y encontramos que tenía un campo profesional grandísimo, con grandes oportunidades que realmente le abre el mundo a las personas. Yo me siento feliz, muy tranquilo, muy orgulloso, muy contento; con toda la confianza le digo a un papá, a un estudiante, al adolescente: este es un camino muy interesante para crecer personal y profesionalmente.

Nosotros estamos en esta Universidad y la Universidad tiene un propósito. Yo no llevo una lista de qué he hecho, qué no he hecho, si fui gestor o no del pregrado; la verdad, nunca me he hecho esa pregunta. No, es algo más de lo que estamos haciendo para abrir nuevas posibilidades a las personas y verlos felices. El mejor resultado consiste en saber que a los egresados les está yendo bien, que están creando empresas importantes, produciendo soluciones positivas para la sociedad. Nunca he visto la creación del pregrado como un hito que defina algo...

PROYECCIONES Y LOGROS

Me siento muy contento, pienso que el pregrado en Mercadeo todavía se está haciendo, está en proceso y está creciendo. Me alegra ver cómo ese proyecto que es del Departamento, y es de todos, va muy bien. Me siento muy afortunado de haber participado en este momento. Para mí es tan importante como una clase, tan importante como una conferencia que damos, o como cualquier otra cosa que hacemos. Tal vez puede tener una vida mucho más larga, ser menos efímero, pero es uno de los tantos proyectos que podemos crear acá.

A mí me ha gustado dejarme guiar por la curiosidad, no tengo unas metas muy ambiciosas, muy grandes, no; tengo un montón de preguntas a corto plazo, más relacionadas con lo que está pasando por la profesión, acerca del rol de nosotros en las sociedades, de las maneras en que el mercadeo puede trabajar, de los cambios que están ocurriendo en las investigaciones. Yo vivo feliz tratando de responder esas preguntas en mi cotidianidad e intentando conectarlas con el contexto general, con lo que está pasando con mis estudiantes, con lo que está pasando conmigo. Mi meta es intentar seguir disfrutando el tiempo acá, seguir trabajando con los estudiantes, alimentando sus preguntas, descubriendo nuevos interrogantes, tener la energía, el tiempo y la pasión para seguir las desarrollando; espero que eso no se me pierda jamás. Esa es mi meta, seguir disfrutando el tiempo que estoy acá y hacer lo mejor que puedo todos

los días. Si puedo, me gustaría escribir algo, para que la gente sepa lo que se pensaba en esta época, no para que sea una guía para el futuro, sino para dejar memoria. Me parece chévere este cambio que nos hace pensar en escribir y en dar un testimonio, un recuerdo, un legado, aunque yo no lo veo como un legado sino más bien en el sentido de una memoria.

METODOLOGÍA

Al principio uno siente que le encargan enseñar un contenido, pero, en realidad, la responsabilidad más grande es con el Departamento que te confía a esas personas para que dominen o conozcan un contenido. La preocupación es que lo enseñe de la manera correcta. Entonces, mi enfoque más importante se centraba en la búsqueda de ejemplos que permitieran a los estudiantes aterrizar la teoría al contexto, porque el concepto ya estaba definido, entonces, se trataba de cómo conectar ambos, y me la pasaba buscando casos, y que me fuera bien, que la clase les gustara, que yo les agradara, que me calificaran bien. Uno al principio está muy ansioso por sorprenderlos y llevarles cosas nuevas, pero en términos de ejemplos. Después uno empieza a aprender de ellos también, de las preguntas que tienen, de las evaluaciones que te hacen, de lo que no entienden y de lo que uno ve que se apropian o que no se apropian.



La Universidad dio un giro muy grande en la metodología del aprendizaje, cambió, eso fue muy chévere porque ya el lugar de partida es desde la pregunta. Siempre he querido abordar los temas de una manera muy natural, para ayudarles. A veces uno piensa que ayuda más poniéndoles retos y haciendo que ellos desarrollen esa capacidad de superarlos. Pero eso lo he ido descubriendo a partir de decisiones que he tomado con ellos, que pueden ser duras, por supuesto, las pueden tomar como que no les quise ayudar, que se las puse más difícil. En esos momentos he tomado decisiones con estudiantes que han sido aparentemente contradictorias, pero a largo plazo he podido ver que han sido buenas para ellos, que han podido aprender y superarlas.

MAESTROS INOLVIDABLES

Hay varios maestros que para mí son especiales por su capacidad de escuchar, de conectarse con la pregunta, con lo que uno realmente quiere saber, que no se limitan a darte un contenido, sino que hay una conexión, eso es muy particular, uno siente que te están hablando a ti y que quieren entenderte realmente. De ellos he aprendido, o aprendí, a respetar ese espacio con los estudiantes. Es bueno señalar algunos aspectos a los estudiantes; a veces uno como profesor ve asuntos y no se los dice, pero para uno como alumno es muy chévere cuando un profesor te hace notar algo que tú no habías visto en ti y eso te ayuda a tener seguridad. Como cuando el profesor de español que me dijo: “Lo estabas haciendo súper bien ¿por qué paraste?, si ellos estaban súper interesados, tú cuentas muy bien esto”. Y todavía me acuerdo de él cuando me siento inseguro. Gabriel Torres, por ejemplo, me decía: “Nunca dejes los cursos de pregrado, los cursos de posgrado son muy fáciles de llevar, son muy exigentes de otra manera; los de pregrado son más difíciles, son más retadores, ellos no tienen preguntas, ellos se te aburren en clase, por eso te obliga a replantearte, a reinventarte, a buscar la manera”, entonces, gracias a Gabriel Torres yo no dejo mi curso de pregrado, porque me parece que me ha alimentado muchísimo.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

Ser educador va mucho más allá del salón, eso te vuelve muy consciente de todo lo que haces, dónde lo haces, de esa coherencia que tiene que haber entre lo que dices, lo que piensas y sobre todo cómo actúas, porque integridad significa ser coherente entre

lo que dices y lo que haces. Ser docente es un reto enorme, un llamado a esa coherencia en tu vida, en lo que enseñas y en esas decisiones que tomas. Pienso que es transversal y omnipresente, no solamente en tu trabajo, sino que se vuelve un rol en la sociedad, independiente del lugar en donde estés. Todos los que somos profesores en la Universidad tenemos la responsabilidad de educar en todos los contextos, es un compromiso para siempre. Entenderlo me ha ayudado un montón en mi rol como papá, como persona, como hijo. Agradezco mucho que la vida me haya puesto en esta situación, porque me invita a ser coherente, consecuente y me siento en paz conmigo mismo.

FAMILIA

A mi hijo Emanuel le gusta que yo sea docente. Yo he visto que él se relaciona con sus profesores, habla con ellos. Él admira mi trabajo; me pregunta mucho por mis estudiantes y por las cosas que pasan acá; las compartimos, le llevo preguntas de las que planteamos en clase, discutimos y leemos.



Testimonios para Luis Mauricio Bejarano Botero Docente que inspira de la Escuela de Administración

Ricardo Escobar Rúa, estudiante de la Maestría en Mercadeo:

Para mí, Mauricio ha sido la cara visible de la Universidad; creo que he tenido la oportunidad de compartir con él diferentes materias, durante mi vida estudiantil en esta Institución. Desde el pregrado, pasando por la especialización y ahora en la maestría. Mauricio siempre ha estado como el referente de marketing en la Universidad. Me ha gustado mucho, no solamente por todo lo que ha contribuido a mi formación como estudiante y como profesional, sino que, adicionalmente, lo he visto evolucionar durante todos estos años como profesor. Él pasó de ser el profesor de Consumidor, a trabajar en temas de servicios y estar a la vanguardia de lo que hay en marketing. Es algo muy interesante que, finalmente, a uno como estudiante, lo inspira para avanzar y crecer en diferentes temas.

Con Mauricio, tuve la oportunidad de estar en un grupo de investigación. Y creo que los hallazgos que él genera, a través de esas investigaciones que hace con las diferentes empresas con las que trabaja, o con las personas, hacen que uno también como estudiante se pregunte, se cuestione, quiera investigar y quiera sacar hallazgos similares. Tuve la oportunidad de trabajar en un proyecto, en especial, de masculinidad y feminidad, que fue bastante interesante y todavía, después de ocho años de haberlo hecho, recuerdo muchos de esos hallazgos que me han servido después para trabajar en grandes compañías y poder desarrollar productos que han sido maravillosos.

Mauricio, ¡muchas gracias! De verdad que como estudiante y como profesional, siempre me he sentido muy inspirado por cada una de tus palabras, por cada uno de tus aprendizajes, por las preguntas que generabas, porque finalmente creo que, en esta etapa, las preguntas que un maestro le hace a un estudiante son las que producen la curiosidad suficiente para seguir avanzando, seguirse inspirando y seguir creando. Gracias por ser ese punto de referencia en EAFIT, no solo internamente, sino también en la calle; y por permitirme pensar que un profesional, como profesional de marketing, tiene que ir más allá siempre, desde la pregunta hasta encontrar la respuesta que finalmente va a producir nuevas preguntas para poder crecer.

María Fernanda Puerta Gutiérrez, estudiante del pregrado en Mercadeo:

Durante toda mi carrera he definido unos profesores pilares, que me han dado las bases para lo que sé en este momento y Mauricio es uno de ellos. Tuve la oportunidad de ver una materia que se llama Gerencia de Servicio con él. Allí se enseña cómo podemos servirle a los demás y creo que él nos sirvió a nosotros, de buena manera. Es una persona que es transparente, colaboradora.

Él me ha inspirado para crear las cosas de manera diferente en el mercadeo, a mirar desde otro punto de vista, el del servicio, a las personas, no solamente como clientes, sino como seres humanos a quienes debemos darles.

Mauro, muchas gracias por todo, fuiste una de las personas que creó y fundó mi carrera de Mercadeo, no todos tienen la oportunidad de marcar a una persona o a un profesional en el futuro y tú fuiste una de ellas para mí, muchas gracias por todo.

Tatiana Ortiz Padilla, profesora del Departamento de Mercadeo:

Yo a Mauro lo conozco no solo como docente sino como jefe. Fui su estudiante en el posgrado, en la maestría en Mercadeo y también ha sido jefe del Departamento de Mercadeo desde hace mucho rato y he tenido la fortuna de que él haya sido jefe mío.

Y como jefe, lo yo valoro mucho, creo que de Mauro he aprendido algo muy bonito y es que él es una persona muy humana; siempre está preocupado y quiere que el otro ser humano esté bien, esté en las mejores condiciones y brinda un montón de apoyos para que todos los que trabajamos con él se sientan cómodos, y den lo máximo de sí mismos. Él da mucha libertad, claramente hay unas metas, pero te da mucha libertad en cómo puedes aproximarte a esas metas, eso permite que uno pueda ser muy creativo en el trabajo. Entonces eso es chévere, he aprendido mucho con él.

Mauro, para mí es un placer poder trabajar con vos, es una dicha, porque aprendo muchísimo como persona y también como profesional, con esas conversaciones personales que tenemos, cuando reflexionamos sobre la vida, sobre qué vamos a hacer con este proyecto, qué vamos a hacer con este nuevo reto que tenemos. Siento que aprendo un montón y valoro mucho el tiempo que nos dedicas. Aprendo mucho de ti y te lo agradezco bastante.

“Queda luego la tarea más difícil: poner la cultura científica en estado de movilización permanente, reemplazar el saber cerrado y estático por un conocimiento abierto y dinámico, dialectizar todas las variables experimentales y darle finalmente, a la razón, motivos para evolucionar”.

Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*.





Juan Diego Jaramillo Fernández

Docente de la Escuela de Ingeniería

29 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Ingeniero civil de la Universidad de Medellín, magister y doctor en Ingeniería de Estructuras de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). Docente del pregrado en Ingeniería Civil. Actualmente coordina las materias Mecánica del Medio Continuo, Análisis Matricial de Estructuras y Métodos de Elemento de Frontera.

INGRESO A EAFIT

Me gradué como ingeniero en el año 1981 y luego me vinculé con una empresa del sector consultor; todavía existe, se llama Sedic, de proyectos hidroeléctricos. En esa época se estaban haciendo muchas centrales hidroeléctricas y me dediqué al diseño de esas obras. Al cabo de dos años, en el año 84, aunque ya lo había pensado bastante, me dije: “Necesito prepararme más, esto me quedó grande, es muy complejo, quiero entender mejor lo que hago y quiero hacer mejor las cosas”. Decidí estudiar en la UNAM; escribí unas cartas, el trámite era muy lento, muy complicado. Me respondieron que el proceso debía ser presencial y presentar un examen. Entonces, organicé viaje para México; pero me fui con la idea de estudiar unos cursos, hacer una especialización corta, no sé, seis, siete, ocho meses, un año a lo sumo, no más, y regresar a mi trabajo, porque me gustaba mucho lo que hacía. Llegué allá en el año 84 y en el 85 ocurrió el gran temblor. Vi cosas terribles, por supuesto, pero fundamentalmente, llegó mucho

dinero para estudiar sobre el fenómeno; llegaron investigadores, muy reconocidos, académicos, profesores europeos, americanos, asiáticos y se abrieron muchas oportunidades. Yo no tenía eso en mi cabeza, no lo tenía pensado, pero la vida es así, yo la verdad no puedo creer que exista alguien que haya planificado su vida, le ponen a uno las opciones y uno caminando, se va haciendo a partir de esas elecciones.

Terminé quedándome siete años en México, allí hice la maestría y después el doctorado y luego, no sé cómo, llegué a Colombia; también fue algo absolutamente accidental, muy bonito. Yo ya estaba terminando mi doctorado y mi profesor, tutor, (todavía está vivo, el doctor Esteban, era una eminencia, una figura mundial en el área de la ingeniería sísmica; esa fue el área de mis estudios, debido al temblor, por supuesto) impartía un curso para la OEA (Organización de Estados Americanos) de ingeniería sísmica. Debido a que por esos días él estaba muy ocupado, me dijo: “Jaramillo, usted me reemplaza porque me tengo que ir del país a atender una serie de compromisos”. Yo acepté, a eso me dedicaba en ese momento, no había ningún problema. En el curso había estudiantes de toda Latinoamérica, patrocinados por la OEA. Cuando terminé mi primera charla, eran varios días de conferencias, uno de los asistentes se arrimó y me dijo: “¿De dónde es usted?, porque no tiene ningún acento, es muy raro su acento”. Cuando le dije que era colombiano, de Medellín, resultó que éramos paisanos. Esa persona era Roberto Rochel, el profesor de aquí de EAFIT. Terminada la semana y las charlas, Roberto me pidió la dirección para escribirme –cuando eso no había internet– y al cabo de más o menos tres meses, me escribió proponiéndome que regresara a Colombia, ya había hablado con los directivos de la Universidad. Eso me sorprendió, hasta ese momento no había pensado regresar, mi vida estaba allá, mis amigos, todo estaba en México, en la UNAM. Le pedí tiempo para pensarlo y luego acepté. Sin embargo, sentí que estaba traicionando a México que me había dado todo, absolutamente todo; allí me preparé; soy hecho a imagen y semejanza de mis profesores, tal cual. Pasé casi una semana sin dormir, no sabía cómo les iba a decir. Hasta que finalmente tomé fuerzas, le pedí una cita a mi asesor y le dije: “Doctor Esteban, me hicieron una propuesta en Colombia”. Sin pensarlo, respondió: “Váyase, a usted lo necesitan allá, váyase para Colombia, no hay ningún problema. No nos debes nada, fue fantástico trabajar contigo, sigo atento a lo que requieras, seguimos trabajando juntos”. A mí me tomó una semana pensarlo y eso se resolvió en cinco minutos, pero de manera natural, absolutamente, fue fantástico, y regresé a Colombia.

Una de las razones que me motivaron para regresar fue mi familia; por otro lado, sentí muchos deseos de traer lo que había aprendido allá.

Eso sucedió en 1990; no me pareció difícil el regreso, siempre me sentí muy bien, tengo esa capacidad de adaptación. En México me sentí como en mi casa, nunca tuve problema con nadie, me pareció fantástico y cuando regresé aquí, todo se dio de forma natural. A la Universidad me vinculé en el año 1991. Cuando eso la Institución era muy pequeña, no existían posgrados, o por lo menos no en el área nuestra, en ingeniería, de pronto existía algo en sistemas, pero en el área de ingeniería civil, absolutamente nada. Entonces llegué como profesor, y seguí haciendo algo de investigación; finalmente, me quedé en lo segundo. Traje de México ese virus de entender cosas y buscar, entonces diseñamos un proyecto de investigación, ya luego vino la maestría, después el doctorado y los grupos de investigación, Colciencias, todos esos asuntos. Desde entonces, esa ha sido mi área y mi campo de desempeño en EAFIT.

Hugo Maya era el Director Administrativo de la Universidad. Y yo recuerdo una vez, cuando me encontré con él en los estacionamientos, me saludó y luego me dijo algo que me marcó mucho: “Dime qué necesitas porque yo estoy para servirte”, y ya eso me ancló de por vida. “Dime qué necesitas, ese es mi trabajo: resolver tus problemas, porque tú viniste a hacer otras cosas”, eso fue fabuloso, fue muy especial, no se lo he dicho a él, pero sí a mucha gente. Si alguna vez Hugo lee esto, seguramente se sentirá bien, porque eso fue muy importante para mí.

TRANSFORMACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

El avance que ha tenido EAFIT es asombroso, pareciera que fueran cientos de años los transcurridos entre lo que era en 1990, 1991 y 1992, a lo que es hoy la Universidad. Efectivamente, no había mucha investigación, muy pocos profesores tenían una descarga laboral para poderse dedicar a ello, a publicar, presentar los resultados de sus trabajos, y aunque yo creo que no existía como política institucional, porque la Universidad estaba dedicada sobre todo a la docencia, sí había personas dentro del cuadro directivo que tenían esa visión y no se requirió de una política para apoyar e impulsar la investigación; se contaba con las intenciones, la visión, los deseos de algunas personas. Entre ellos, el Rector, Guillermo Sanín, doctorado en física, sabía en qué consistía la investigación y su importancia. Gracias a esos apoyos, las cosas se fueron dando.

Yo no tengo esa visión de futuro, más bien me digo: “Trabajemos, a ver qué pasa” y en ese camino fue natural que en un momento dado necesitáramos una especialización, después fue natural que tuviéramos una maestría, porque la investigación se hace con estudiantes, de lo contrario es muy costosa; ese es un esquema que el mundo

entero ha usado durante cientos de años; los países desarrollados hacen investigación con la participación de estudiantes. Por lo tanto, así apareció la maestría, con alumnos que hicieron la investigación. El doctorado fue igual: necesitábamos estudiantes de más largo aliento, que estén aquí anclados, para poder hacer proyectos de investigación de más alcance, más profundos y ellos fueron surgiendo y fue muy importante, porque los posgrados, por lo menos los de la Escuela de Ingeniería, surgieron de la investigación, no fue al revés, y eso me parece que les da mucho valor, los vuelve muy sólidos, muy rigurosos, porque ellos se deben a los grupos de investigación y así es como debe ser.

Yo venía de una institución en la que el proceso de enseñanza estaba centrado en el estudiante, por eso, para mí fue perfectamente natural continuar así en EAFIT; allá en la UNAM los profesores contaban qué hacían, qué investigaciones estaban desarrollando y el resto era nuestra responsabilidad: “Estos son los libros, lean estos artículos, y luego preguntan y conversamos”. Allí aprendí que el proceso de docencia es una conversación y mi metodología siempre ha sido esa. Para mí el discurso es fundamental, absolutamente fundamental. Considero que los estudiantes son unos amigos a quienes les voy a contar qué hago, qué he encontrado, para qué me sirve, por qué lo hago. Aunque sé que ha llegado la tecnología, que existen todas esas herramientas, para mí el aula de clase es un templo para conversar, eso es sagrado. Cuando apareció el *PowerPoint*, hacía mis presentaciones, mostraba la primera diapositiva y no más, por eso, la tecnología en clase simplemente no me sirve. Pero no es solo en el aula de clase, en una conferencia me pasa igual, es terrible, el camino lo determino a medida que lo voy haciendo, eso es lo que me marca la ruta, entonces, cuando estoy en una conferencia o estoy dando clase lo que quiero decir es: “Por favor me preguntan en el camino”, entonces, eso conduce a otros lados. Sí hay un libreto, y está claro, hay que respetar un currículo, los programas, pero en el caso mío va más allá de lo que la gente se imagina y de lo que quisiera contar.

Yo no he encontrado mucha diferencia entre lo que hacía en esa época y lo que hago hoy, se trata de conversar, me encanta ir a clase a hablar con ellos, no hay presentaciones, no hay diapositivas, no hay nada de eso.

ELECCIÓN PROFESIONAL

Cuando elegí mi carrera era absolutamente claro que era esta y ninguna otra y solo me presenté a Ingeniería Civil y lo volvería a hacer, lo tuve claro desde muy chico,

desde sexto de bachillerato, cuando no existían esos números para definir los cursos: 10, 11 y 12, todavía no sé qué significa eso. Sí, desde niño tuve una curiosidad insaciable por saber cómo funcionaban las cosas. Lo que más recuerdo de mi infancia era el sanitario: “¿Cómo funciona esto?”. Entonces yo quitaba la tapa, jalaba la pitica: “Este se levanta, este jala a este, este resorte empuja a este”. El carro, ¿qué mueve qué?, ¿cómo funciona? La mecánica de las cosas me apasionó desde siempre.

Mi papá era ingeniero, ingeniero químico y aunque no era de esta área, era un ingeniero químico de otra generación. Él se graduó con otras cinco personas, y su saber iba más allá, él sabía calcular pisos, edificios, acueductos; a eso le llamaban ingeniería química, porque tenía dos químicas más que ingeniería civil, pero todavía no se diferenciaba de la civil como hoy, que es absolutamente diferente, ni de la mecánica, la eléctrica, la electrónica y todo lo demás. En esa época la ingeniería civil dominaba todo el panorama y las otras carreras apenas estaban dando unos pasitos. Entonces mi papá, aunque en el cartón decía que era ingeniero químico, jeso era cuento chino!, porque en realidad él era ingeniero, en términos generales. Y le fascinaba eso y me llevaba a ver cuando él hacía cosas, le gustaba fabricar cosas con las manos, entonces me decía: “Vamos a hacer esto con herramientas de carpintería”; tenía torno, soldador, todas esas cosas y eso me encantaba y sigue igual, a mí me buscan en la Escuela de Ingeniería y buena parte del tiempo estoy abajo con un overol en el laboratorio, eso está muy adentro de mi ser, no es posible separarlo.

La elección por la ingeniería sísmica tuvo mucho que ver con el tema del temblor, eso fue definitivo. Cuando yo fui a México a hacer la especialización yo no sabía que existía esa rama de la ingeniería; nunca he tenido muchos planes, no estaba en mi agenda; pero la sísmica es pura mecánica, son ondas que se propagan, es una muy buena disculpa para hacer mecánica. Sin embargo, si no hubiera sido ingeniería sísmica hubiera sido mecánica de fluidos, o aeronáutica, o mecánica, en general, la mecánica. De hecho, la materia que más me apasiona de las que enseñé es Mecánica del Medio Continuo, es absolutamente espectacular, pero esa no distingue nada, no distingue esas ramas o esas especializaciones, es la mecánica clásica: ¿por qué se mueven las cosas?, ¿cómo funciona el mundo macroscópico? Otra cosa es el mundo atómico, es mecánica cuántica, eso es otro cuento muy diferente, no sé nada de eso. En el mundo macroscópico las preguntas son: ¿por qué el agua se mueve?, ¿por qué los ríos corren hacia abajo?, ¿por qué los sismos?, ¿por qué se propaga el movimiento? Entonces sí, efectivamente, elegí la ingeniería sísmica debido al temblor del año 85, y es una disculpa magnífica para hacer mecánica.

SER DOCENTE

Ser profesor es una gran responsabilidad: muchos estudiantes, más de los que uno se alcanza a imaginar, ven en nosotros el modelo a seguir, así que ese es un compromiso enorme. Hay que ser muy cuidadosos, tremendamente cuidadosos, porque ellos ponen a nuestros pies todos sus sueños y nosotros podemos, o pisotear esos sueños, o ayudarlos a que se vuelvan realidad. Es una labor de sumo cuidado.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Un estudiante es una persona, un ser humano que está dispuesto, nos entrega todo, casi que nos dice: “Haz conmigo lo que tú quieras”. Es un ser humano lleno de emociones, proyectos, sueños y nos los entrega. Yo me doy cuenta, más ahora –antes no era tan consciente porque seguramente la madurez hace que nos fijemos en otras cosas diferentes, y una de ellas son tal vez los hijos– de la inmensa responsabilidad que tenemos como profesores, y me digo: “los estudiantes son como mis hijos y hay que ser muy cuidadoso con ellos”.

MAESTROS INOLVIDABLES

Soy egresado del colegio San José, Lasallista, en esa época el colegio quedaba arriba, en Boston, donde ahora es el ITM (Instituto Tecnológico Metropolitano de Medellín). En el colegio había muchos profesores que eran hermanos cristianos, así como en el San Ignacio había muchos profesores que eran jesuitas. Entonces, tuve la suerte de que mis profesores del área de matemáticas y física fueran doctores, preparados en Europa, aunque, obviamente, ellos eran hermanos cristianos. Eran muy preparados; por ejemplo, mi profesor de álgebra, el hermano Francisco Vélez, que seguramente no está porque en ese entonces ya era una persona adulta, tenía una rigurosa preparación. Mi profesor de física, el hermano Ernesto Maya, el hermano Néstor Suárez, el hermano Daniel, que fue rector de la Universidad de La Salle, era un científico reconocido en el ámbito mundial, era profesor de biología. Entonces, desde ese momento, el discurso de ellos hacía la diferencia, de qué hablaban y cómo hablaban, eso me marcó mucho. El hermano Daniel no hablaba del libro, él hablaba de lo que él hacía, entonces esas clases eran como ver una película.

Después, en la universidad, en el pregrado, un profesor en particular, Pacho Mejía, Francisco, profesor del área de hidráulica, era también una persona con un gran entendimiento, era un profesional, no era académico, pero tenía dotes de académico, porque profundizaba. Para él era muy importante entender la esencia de esos modelos físico-matemáticos, por qué los escogíamos, por qué los trabajábamos; no era alguien que enseñaba un procedimiento, el procedimiento para él era algo secundario.

Y en la UNAM también. Hubo muchos maestros. Ellos eran académicos, eran lo que yo soy ahora, no lo digo con soberbia, yo sí me considero un académico, esto es lo que me gusta, me fascina, eso es lo que soy. Si le preguntas a un profesor de esos, aunque a veces no suene correcto decirlo: “¿Por qué estás haciendo lo que estás haciendo? Y él, con seguridad, va a responder: “Porque me da la gana”.

Eso es muy importante, seguramente hay muchos escenarios donde eso no se puede decir. Pero, por ejemplo, al profesor Sánchez Sesma, al doctor Esteban, a ese todavía le digo doctor porque ese fue mi mentor: “¿Usted por qué hace lo que hace?”, él contesta: “Porque esto es lo que me apasiona, ¿sirve para algo? No sé y no me interesa, no me importa”. No es tan político decirlo hoy, pero ese es un ingrediente fundamental. Porque, además ser exitoso en investigación requiere dedicarle toda la vida, no es un problema de una noche, no es un problema de una semana, de un mes, de un año, requiere una vida entera, y yo no puedo creer que alguien se dedique a trabajar algo porque otra persona se lo dijo. Solo con ese ingrediente de la pasión auténtica es que puede estar uno dedicado toda una vida, a solo una pregunta, y solo así se alcanzan resultados.

ESTUDIANTES QUE DEJAN HUELLA

La mayoría de los estudiantes que tuve son ahora mis colegas. Están en la oficina del lado: Juan David Gómez y Doriam Restrepo fueron alumnos míos y ahí están haciendo lo mismo. Hace poco tuve una conversación con el decano, con Ricardo, y con algunos profesores que pronto nos vamos a jubilar. Él nos hizo una pregunta: “¿Se van tranquilos?” y hubo algunos profesores que dijeron: “No, yo no me voy tranquilo, porque falta mucho por hacer. Falta esto y esto y esto, esto es una tarea que arranqué hace tanto, está inconclusa”. En cambio, yo no pienso así; en mí no existe absolutamente ningún sentimiento de esos, los estudiantes están ahí, formados, están hechos a imagen y semejanza mía, tal cual. Me voy absolutamente tranquilo, la escuela quedó

ahí con ellos. Hay otros estudiantes que recuerdo, están trabajando por fuera de la Universidad, algunos en el sector productivo. Un estudiante, después de que se graduó, me dijo: “Trabajé en el sector de ingeniería civil, pero no me gustó, así que me voy a dedicar a los bienes raíces, a vender carros. Pero me marcaste la vida”. Entonces, desde ahí entendí que no se trata únicamente de enseñar los aspectos técnicos, en el área profesional, no, los docentes causamos un impacto muchísimo más profundo, que no tiene que ver con lo académico; ese estudiante ni siquiera va a ejercer la ingeniería civil, él quiere vender carros, y eso no se puede ver de forma despectiva, es solo diferente. Recuerdo que él agregó: “Me marcaste por la manera de argumentar, de pensar, de tomar decisiones”.

Hubo algo que me ocurrió una vez por accidente, todo en mi vida ha sido accidental, hace muchos años. Traje mi libretto preparado y estaba solucionando un problema en clase y tuve dificultades para resolverlo, me equivoqué, no funcionó. Eso fue lo mejor que me pudo pasar, porque en ese momento salió el Juan Diego en su esencia. En ese momento surgió el docente que soy hoy: cómo pienso, cómo argumento, cómo razono, cómo busco. Trato de que mediante la espontaneidad surja el aprendizaje, eso lo incentivo, lo promuevo.

FAMILIA

Mi familia ha sido muy importante durante mi desempeño como docente; mis hijos son felices conmigo, yo siento por parte de ellos un respaldo enorme. Cuando me dieron el reconocimiento por mi labor en investigación, vine con mi señora y mis dos hijos. Se leyó un texto y salió un video donde había algunas entrevistas a personas que me conocían y, después de recibir el premio, cuando regresé a mi puesto junto a mi familia, mi hijo dijo algo muy espontáneo, muy lindo, porque eso es lo que él siente: “Papi, yo no merezco este apellido”, eso es muy bello porque, en sus palabras, ese es un reconocimiento gigantesco y eso es muy importante. Yo me siento querido, apreciado, muy valorado, no solamente por mi familia, mi señora y mis hijos, sino por mis hermanos, mi mamá y mi papá, que ya murió hace once años –a él sí le tocó ver que yo era exitoso en mi oficio, en lo que hago, en la academia y se sentía absolutamente feliz–; a ellos les debo muchísimo.



INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

Me duele muchísimo cuando veo los problemas de fraudes, la falta de honestidad de los estudiantes, no lo entiendo, y me preocupa porque, para mí, esas personas no han encontrado su lugar. Eso no tiene cabida; cómo puedes ser deshonesto en un lugar que es tu espacio, en donde uno es lo que es, donde se desempeña; entonces, ¿a quién engaña? Por eso, simplemente no entiendo esas actitudes y quiero pensar que eso les sucede a esas personas porque no han podido encontrar su sitio y, desafortunadamente, parece ser que ese problema está muy generalizado, no únicamente en los estudiantes, en general en la sociedad, la gente está muy desubicada y cuando se está desubicado piensa en otras cosas. Esa idea de lograr las cosas por el camino incorrecto, a alguien que esté en su sitio ni siquiera se le ocurre, es que ese es un pensamiento que no tiene cabida, ¿por qué haría eso? Yo por qué defraudaría, por qué diría esta mentira, por qué falsearía este documento, ¿cómo así? Si esta es mi vida, si esto es lo que yo soy, es donde yo me muevo, no tiene sentido.

Es muy preocupante; mucho, no todo probablemente, tiene que ver con la falta de oportunidades, de manera que la gente, como en el caso mío que tengo mucha suerte, encuentre su sitio; una vez encontrado, estos comportamientos no tienen cabida, simplemente desaparecen como un efecto secundario. Además, nos vendieron la idea de que no hay que encontrar el sitio, sino ser exitoso en términos seguramente de cuentas bancarias, de poder, y eso es absolutamente equivocado. Si a mí me ofrecen un cargo diferente a ser profesor, aunque agradezco y me siento honrado, no significa que lo vaya a hacer bien en otro lugar, porque yo sé que este es mi sitio; es decir, ser exitoso no significa ascender, sino encontrar el sitio. Por supuesto, eso va ligado a que todos los oficios sean dignamente reconocidos, porque si no es así, claro, aparece la sensación de que tengo que cambiar de lugar. Es desafortunado lo que se está viendo en asuntos de corrupción desde hace mucho tiempo, pero siento que la solución radica en cambiar de enfoque.

PROYECCIONES Y LOGROS

Seguramente encontraré algo que hacer cuando salga de EAFIT, pero para mí la Universidad es muy importante, es mi espacio, esta oficina, las de los lados, el laboratorio, los compañeros, las salas de reunión, los chistes, las secretarías, absolutamente todo es muy importante. Hace poco tuvimos una reunión donde trataban de promover, desde

la Dirección Administrativa, el teletrabajo, debido a los problemas de movilidad, porque la ciudad está muy complicada. Pero yo no quise quedarme en la casa, les dije: “Cómo me voy a quedar en la casa, no, esta es mi casa, yo no me hallo por fuera, necesito venir a la Universidad, levantarme temprano, estar aquí, en mi oficina, ir a tomar el tinto, conversar con los compañeros, preparar mis clases, trabajar en mi investigación, bajar al laboratorio; no se trata solamente de la actividad, sino del ambiente. Alguien me preguntó una vez si todavía seguía en EAFIT y antes de que yo respondiera, otra persona que participaba en la conversación le dijo: “Cómo le haces esa pregunta, es lo mismo decir Juan Diego que decir EAFIT.

Yo tengo mucha suerte, estoy infinitamente agradecido con todo lo que me ha pasado, tengo tantas satisfacciones: en mi vida personal, en mi vida familiar, en mi vida académica. Tengo una convicción: la felicidad está ahí, y mientras más entrego, más feliz soy.

Testimonios para Juan Diego Jaramillo Fernández Docente que inspira de la Escuela de Ingeniería

Juan David Gómez Cataño, docente Departamento de Ingeniería Civil:

A mí Juan Diego me marcó en la vida y sé que también a muchas otras personas. La cualidad que más quiero resaltar de Juan Diego es, definitivamente, su comportamiento como persona íntegra. Él es capaz de tratar a cualquier persona con el más sumo respeto, incluso es capaz de decirle a uno, cuando ha estado en la posición de estudiante, que probablemente no es el más brillante, y sin embargo uno no se siente mal. Él tiene esa sensibilidad y esa capacidad, y para mí, eso habla muy bien de él como persona.

Julián Vidal Valencia, jefe del Departamento de Ingeniería Civil:

Juan Diego tiene una capacidad de razonamiento tal que puede contemplar diferentes tipos de eventos y sacarlos adelante. En él resaltan su forma de ser estricto, y su humildad. Y, sobre todo, la gran pasión con la que desarrolla cualquier actividad. Además, tiene un sentido del humor muy fino, muy especial; Juan Diego, es tolerante y comprensivo. Nosotros, en el Departamento de Ingeniería Civil, podemos decir que ha sido un líder, casi que el papá de la ingeniería civil.



“Solamente jugamos como al tablero. Con problemas superfluos malogramos el filo de nuestro razonamiento: eso no nos hace buenos, solamente eruditos. La sabiduría es algo más obvio que los contenidos escolares; sí, fuera mejor si la educación sirviera para adquirir sentido común, en vez de desperdiciar, como desperdiciamos todos nuestros demás bienes, también la misma filosofía para propósitos superfluos. Como de cualquier otra cosa, sufrimos también de una adicción excesiva a la erudición: no para la vida, sino para la escuela aprendemos”.

Séneca, Epistulae morales ad Lucilium.



Alejandra María Velásquez Posada

Docente de la Escuela de Ingeniería

20 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Diseñadora industrial de la Universidad Pontificia Bolivariana, especialista en Diseño Estratégico en la misma universidad y magister en Ingeniería de la Universidad EAFIT. Actualmente es docente del pregrado en Ingeniería de Diseño de Producto en las materias Modelos, Proyecto 3, Taller de Diseño y Proyecto Especial IDLE (*International Design Learning Experience*).

INGRESO A EAFIT

Me vinculé a la Universidad como profesora de planta en el año 2000. Llegué a EAFIT por cosas del azar, un día me encontré con el profesor Juan Diego Ramos y él me preguntó: ¿Qué estás haciendo?, y le dije que trabajaba como diseñadora *free lance*, entonces me propuso ser profesora y me pidió la hoja de vida. Nunca lo planeé realmente. Desde el punto de vista académico fui siempre muy juiciosa y desde que me gradué algunos profesores me ofrecieron ser monitora, ser profesora, sobre todo en el último año de carrera.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Inicié con una materia que se llamaba en ese entonces Maquetas y prototipos, muy relacionada con la disciplina del diseño; consistía en crear productos en tres dimensiones. Yo trabajaba con los estudiantes las técnicas de cómo manejar la madera, el balsa,

el cartón, los aerosoles, las pinturas, porque siempre me ha gustado mucho el trabajo en el taller. Fue muy retador, fue también una oportunidad para decidir qué contenidos poner y cómo organizar los cursos. Recuerdo que, por ejemplo, el día que llegué a enseñar por primera vez, nadie creía que yo era la profesora, tal vez por la juventud o la cercanía con esa primera generación que me tocó. Fue rico, había mucha libertad en ese sentido, y yo pienso que cuando uno tiene la posibilidad de escoger es muy bueno.

Me sentí muy acogida desde el principio y muy cómoda en la Universidad, como en casa, quizá por ser una Institución tan organizada, en donde todo funcionaba tan bien; me sentí muy identificada desde el principio. Lo más difícil siempre ha sido calificar, hasta hoy, es algo que ojalá uno no tuviera que hacer como profesora, porque, finalmente, uno se convierte en esa persona que le pone valor a los trabajos, debe cuantificar, dar un número como si uno fuera un juez. Ojalá uno no tuviera que poner notas, porque, como son proyectos tan prácticos, a veces ellos discuten: “Profe, yo me esforcé” o “yo hice todo lo que pude”; está la disyuntiva del esfuerzo versus el logro, entonces, ese punto medio es el que yo veo que a veces no es tan fácil. Hay una anécdota muy linda, algunos estudiantes hicieron unas entregas increíbles y yo les puse 6.0, ¡porque el trabajo era absolutamente descomunal (en el buen sentido de la palabra)! Perfecto, impecable, ellos se sorprendieron: “¿Cómo así que 6.0?” y yo les dije: sí, 6.0 no lo puedo poner en el sistema, pongo el 5.0 pero les queda una unidad de más para el próximo trabajo porque era bellissimo, consistía en unos modelos, unas réplicas de unas carcasas de unos productos en cartón paja.

A lo largo de estos años como docente, yo no pienso en experiencias dolorosas, sino de pronto exigentes desde el punto de vista del manejo del tiempo, para poder cumplir en ambos frentes. Me gradué de la maestría en ingeniería en el 2016, fue duro, fue difícil, porque simultáneamente debía cumplir con las tareas, lo que uno tiene asignado desde el punto de vista de la maestría más el proyecto de investigación y las clases. Esa fue una época muy retadora en mi vida, de mucha demanda, de muchos frentes y, además de eso, también era mamá. Entonces, fue difícil, no lo llamaría doloroso, puede ser que estuve distante de los alumnos.

METODOLOGÍA

Me he caracterizado por ser una persona rigurosa, porque pienso que la disciplina es muy importante; debes demostrarla con tus actos y en tu trabajo; fui capaz de entender que había elementos que se podían negociar; yo les explico a los alumnos que la parte

del cumplimiento es importante, porque uno no solamente les está entregando a ellos contenidos, sino que también está el tema del profesionalismo.

Y ser muy consciente del día a día, tener una conciencia del momento. Antes uno era muy dado a escoger los temas, las temáticas, el tipo de ejercicio, el tipo de actividad. Obviamente, la duración sí la tiene uno que planear porque el semestre tiene un límite, pero, por ejemplo, algo de eso que yo he cambiado últimamente consiste en que ofrezco diversos temas, no se los impongo, sino que les doy a escoger y les digo: “hay estas cinco temáticas, ¿en cuál quisieran trabajar?”. O a veces yo la propongo, a ellos les gusta, hacemos la actividad de ese tema y después les pregunto: “¿Cómo se sintieron?”.

Por ejemplo, este semestre vamos a hacer un trabajo final que consiste en una réplica de una figura de un lego, pero en escala aumentada 10:1 y todos están muy entusiasmados, ¡claro!, porque son chicos entre los diecisiete y dieciocho años. Pienso que mis hijos Antonia y Miguel, también me han dado esa flexibilidad, esa capacidad de ponerme en los zapatos del otro, en que no debe ser solo lo que yo diga, y lo que yo piense, sino oírlos a ellos también.

Yo les digo a mis hijos que cuando uno está más grande tiene más autocontrol (son muy distintas las dinámicas que ellos viven en sus colegios), pero les cuento que soy una profesora estricta y amable, una combinación de las dos cosas.



Pienso que uno como docente no tiene que estar siempre bien y hacer todo perfecto, pero sí debe tratar hacer su trabajo correctamente. Eso incluye, por ejemplo, ser amable, amigable, profesional; si le escriben a uno un correo, responderlo máximo en uno o dos días, no quince días después. Porque, así como uno exige y demanda de ellos esa respuesta, el trabajo, la entrega, yo pensaría que esa demanda es de doble vía. Cuando los estudiantes preguntan, o nos buscan (porque en Ingeniería de Diseño de Producto la asesoría es fundamental, es importante la atención al alumno, porque se trata de un trabajo muy personalizado), es necesario tener las puertas de la oficina abiertas, y si uno dice que va estar en asesoría, estar ahí, pendiente; uno también debe cumplirles, así concibo yo la entrega en este trabajo. Y creo que en ese cumplimiento es que ellos ven si esa figura que encarna el profesor es o no un modelo que ellos quisieran seguir.

FAMILIA



Durante este proceso de crecimiento no solo laboral y profesional, sino también personal, he tenido la fortuna de contar con el apoyo de mi familia. Cuando me refiero a mi familia, además de mis padres quienes me educaron con amor, y mis hermanas con quienes compartí y aprendí muchísimo, igualmente están mi esposo y mis hijos. A Juan Pablo le tengo una gran admiración, él me ha enseñado a través del ejemplo que con sacrificio y dedicación siempre se alcanzan los sueños. Con él conocí el verdadero significado de la palabra persistencia, puesto que su apoyo y acompañamiento han sido muy importantes para mí. A todos, los amo profundamente, quiero aprovechar esta oportunidad para decirles: ¡Gracias! Y a mis hijos, resaltarlos porque me enseñaron, tal vez, una de las cualidades más bonitas que debería tener un docente: la tolerancia.

TECNOLOGÍA EN CLASE

Las nuevas tecnologías apoyan tu labor como docente, facilitan muchos procesos de construcción y de fabricación para los alumnos, complementan tu trabajo. Es muy importante contar con ellas, especialmente en la disciplina de nosotros. Y con la corriente del aprendizaje basada en el estudiante, él tiene la posibilidad de conseguir más rápido algunos resultados, de tener otras opciones; es una gran ventaja contar con estos recursos, porque facilitan la obtención de resultados concretos de manera más eficiente, o más oportuna o inclusive más precisa. Desde el punto de vista de la manufactura, que es el campo en el que yo me muevo, el taller en el bloque 21 tiene las máquinas de CNC (Control Numérico Computarizado), la máquina de corte láser, fundamentales para mi trabajo.

SER DOCENTE

A mí me encanta, me siento muy feliz de ser profesora, muy orgullosa. Cuando me preguntan dónde trabajo y digo que en EAFIT, la gente se sorprende también gratamente, dicen: “Qué rico trabajar en esa universidad, cómo ha cambiado, cómo es de linda”, y yo agrego: “¡No solo lo bonita, sino lo delicioso que es estar allí!”. Trabajar en esta Universidad es un orgullo muy grande, poder hacer parte de la planta de profesores de Ingeniería de Diseño de Producto. Tengo mucho que agradecerle a Alberto Rodríguez, el decano anterior, quien estuvo más de treinta años acá en la Institución,

y quien creyó desde el principio en el programa como carrera, y en mí como persona. Entonces para mí es muy satisfactorio y me siento feliz de ser profesora, es todo, es mi vida, no me imagino haciendo otra cosa.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Un estudiante es una persona que puede transformarse o ser “tocado”. El papel como mamá, y con la opción que me dio la vida de tener dos hermosos hijos (Antonia y Miguel) que han sido mis grandes maestros, me ha dado la posibilidad de ver eso en el alumno.

ALUMNOS QUE DEJAN HUELLA

Hay estudiantes con los que uno siente mucha afinidad, como que te copian el mensaje, porque no se trata de que todos sean exactamente iguales a uno, pero sí sembrarles la semilla del diseño, de la estética, de la belleza, la historia del diseño de producto, la importancia de los detalles. Algunos elementos que son como mi legado, podría decirse. El grano de arena que uno pone dentro de la carrera. Los que han trabajado conmigo como monitores, han sido alumnos muy cercanos a mí que han querido estar ahí para apoyarme y ayudarme. Siempre he tenido monitores, porque son materias que exigen de mucha asesoría, de mucho acompañamiento. Sería inalcanzable poder ayudar a resolver todas las dudas que ellos tienen, uno lo hace hasta donde alcanza, pero a veces el monitor es un gran apoyo, entonces pienso que todos ellos me han acompañado a lo largo de estos años y han sido los más cercanos; uno sabe que ha dejado una huella en ellos y ellos en uno.

Por ejemplo, Isabel Cristina Restrepo, una egresada de Ingeniería de Diseño de Producto fue monitorea durante muchos semestres, trabajó conmigo en la materia de modelos, que es donde hacemos maquetas y modelos en tres dimensiones. Isa ahora trabaja en Tablemac, viaja por todo el mundo, visita ferias, analiza tendencias de mobiliario, de materiales, de productos laminados, y pienso que es una gran persona y una profesional increíble.

MAESTROS INOLVIDABLES

Yo recuerdo a una de mis mejores profesoras del colegio, me gradué en Pinares. Una profesora que fue directora de grupo en noveno, décimo y once. Ella se llama Luz Stella Lara, era la profesora más exigente que tenía, de Español y Literatura, muy estricta, a ella le agradezco su enseñanza de que uno logra cosas muy buenas cuando es muy juicioso, muy persistente, muy bueno en lo que hace. Todavía me comunico con ella, vive en Estados Unidos, trabaja en un colegio muy prestigioso que se llama *The Taft School* y tuve la oportunidad de visitarla hace unos meses cuando viajé a ese país. Conocí el colegio donde ella trabaja, me recibió allá con mi familia, entonces ha sido muy bonito porque no solo fue una relación de aprendizaje, sino que surgió una amistad que ha perdurado por muchos años. Tengo también una profesora que recuerdo con mucho cariño de la carrera de Diseño Industrial, Elsie Arbeláez, fue mi profesora de la materia de Modelos. De ahí viene mi gusto y mi pasión por fabricar elementos en tres dimensiones, a ella también le aprendí mucho el rigor, el ser muy persistente en lo que tú haces hasta lograr tu objetivo; le aprendí también mucha parte de conocimiento de las temáticas, de los materiales; sí, la veía tan apasionada en el taller con su delantal y su bata, que yo quería ser así cuando fuera grande. Y ya aquí, cuando me vinculé a la Universidad como docente, hay varias personas que me han marcado: Juan Diego Ramos, Alberto Rodríguez, Luis Fernando Patiño, a quienes agradezco sus lecciones.

De Juan Diego admiro ese amor con el que hace su trabajo, cuando uno tiene la oportunidad de compartir con él puede ver el disfrute, la hermosura, los alumnos, todo es divino; él es amigo de los alumnos, no sé, maneja esa cercanía. Lo que yo más le he aprendido a Juan es esa capacidad de entender al otro, de acoger al alumno, de ponerse en los zapatos del estudiante, de que no todo es solo como uno quiere. Yo he tenido la tendencia a ser muy rígida, muy estricta, y con Juan he aprendido que el universo es un poco más flexible, eso me ha dado un equilibrio; porque es muy difícil abandonar la forma de ser, de pensar, aunque hay gente que lo logra, yo todavía no, pero procuro hacer una combinación y tener un balance. Continuar siendo una persona con rigor y exigencia, pero entendiendo que el otro no necesariamente responde a la misma velocidad o logra lo que uno espera que todos logren. No se trata de ser pesimista, sino que uno debe entender que hay diferentes niveles de compromiso, o de aprendizaje, o de maneras de ver la vida, de asumir la carrera. Esa diversidad con la que Juan Diego ve el mundo me ha dado a mí también la capacidad de entender que los seres humanos somos todos diferentes y aceptar esa diferencia, eso es lo que más le agradezco a Juan, aparte de muchas otras cosas, su sentido del humor y su comprensión, y esa capacidad que tiene de oír cuando tú necesitas hablar.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

La integridad es el centro de mi vida, no solo como profesional y como profesora, sino como persona. Yo lo resumiría con otra palabra cercana: coherencia; uno en la vida tiene que hacer lo que piensa. Si yo pienso que de esta manera es como me debo comportar o como debo enfrentar esta situación, si lo pienso de la manera correcta, debo ejecutarla de esa misma forma. Quiero decir, actuar de acuerdo con lo que se piensa. La integridad lo que busca, no solo en la Universidad sino en la persona, en uno como profesional, es hacer correctamente su trabajo, saber hasta dónde llega el profesor; es el respeto precisamente por la diversidad. Yo pienso que la integridad es algo que también me acompaña como persona, es un valor muy importante.

Muchos alumnos llegan muy jóvenes a la Universidad, inclusive, me atrevería a decir que no todos llegan de hogares en donde tienen la oportunidad de que les inculquen valores, porque no solo se trata del colegio, también la familia tiene un rol fundamental en este aspecto. Algunos estudiantes tienen la confianza de decirte su historia o sus problemas, a veces son muy comunicativos y uno sabe que de pronto hay familias o alumnos que no han tenido la oportunidad de formarse en valores, entonces, yo pensaría que la labor de uno como docente, no solo consiste en transmitir un conocimiento y que vengan y entreguen un trabajo y uno lo califique, sino que uno está aquí para enseñar muchas otras cosas. Y pensaría que ese aprendizaje también lo pueden tener ellos de la mano del ejemplo, de lo que uno hace, de cómo se comporta. Uno con su labor cotidiana aporta un conocimiento para la vida, en donde el ejemplo ayuda a educar. Uno no dice: “Hoy vamos a estudiar el valor del cumplimiento o de la puntualidad, saquen el cuaderno que voy a dictar clase”, no, uno enseña con el ejemplo en su labor diaria, eso me parece fundamental.

El docente, con su labor, con su trabajo y su permanencia en la Universidad logra inspirar, contagiar, irradiar en los estudiantes muchos aspectos, no solo en el salón de clases... lo cual tal vez les muestra a ellos que uno aquí es feliz.

PROYECCIONES Y LOGROS

En los congresos en los que he tenido la oportunidad de participar, uno de los elementos más gratificantes es sentir el apoyo de la Universidad, que valora mi trabajo, que sabe que uno va a representar bien a la Institución en otro lugar. O, por ejem-

plo, la oportunidad que tuve en enero del 2018 de viajar durante quince días a Alemania con un grupo de doce estudiantes y otros tres profesores y poder visitar fábricas, universidades; yo no hubiera podido hacer eso sola. La parte más gratificante, aparte de irradiar en los estudiantes o de dejar una semilla sembrada o de impactar en ellos o de transmitir conocimiento, es también lo que yo he ganado como persona y como profesional. El apoyo, por ejemplo, para estudiar la maestría, los viajes, la lista sería muy larga, porque son muchos años... y continuar con los convenios internacionales, organizar los simposios y traer profesores invitados; es maravilloso poder continuar de la mano de un invitado internacional en las materias y poder contar con otros más, eso le imprime un carácter global al programa.

Testimonios para Alejandra Velásquez Posada Docente que inspira de la Escuela de Ingeniería.

Tomás Lopera Jaramillo, egresado de pregrado en Ingeniería de diseño de producto:

Alejandra ha sido una de esas profesoras que vos nunca olvidás, a mí me tocó desde primer semestre, después tuvimos Maquetas, después Teoría de la Forma, incluso vimos clase juntos. Para mí, es la persona por la que yo me enamoré del diseño, por la que yo me enamoré de la forma, de un ejercicio de la profesión más serio. Es una inspiración completa en mi trabajo de cada día.

Juan Camilo Gómez Tobón, coordinador de los Talleres de diseño:

Alejandra Velásquez me ha inspirado para ser una persona íntegra, tanto en el nivel personal, como profesional. Me ha aportado en la vida muchas oportunidades, y una de ellas, quizás ha sido la más importante, es haber podido ingresar aquí a EAFIT, recomendado por ella y con todo un bagaje de conocimientos y experiencias para aportarles a los estudiantes de toda la Escuela de Ingeniería.

Laura Calderón Pardo, estudiante del pregrado en Ingeniería de Diseño de Producto:

Uno no solo asiste a una clase de Alejandra para aprender, sino que uno se encuentra con una profesional integral, por sus valores, su disciplina, su manera de comunicarse y la gran pasión por lo que hace. Pienso que, junto con su exigencia, que es bastante alta, logra impulsarnos a dar lo mejor de nosotros mismos en todos los aspectos, no solo en sus materias, sino en toda la carrera. Cuando en algún momento yo pensé en desistir, quería dejar la carrera, y tras hablar con ella –que además es algo muy importante en ella, que sabe escuchar muy bien a sus alumnos y siempre sabe qué decir– logré recuperar la motivación y la determinación con más fuerza que nunca para seguir luchando por ser esa profesional que quiero ser. Ojalá, en algún momento, pueda ser tan buena como ella. Es una profesora que sabe apasionarlo a uno en lo que hace y ese es para mí, quizás, el valor más importante que un profesor puede tener.

“Tus verdaderos educadores y formadores te revelan lo que es el genuino sentido originario y la materia básica de tu ser, algo en absoluto susceptible de ser educado ni formado, pero, en cualquier caso, difícilmente accesible, apretado, paralizado: tus educadores no pueden ser otra cosa que tus liberadores”.

Friedrich Nietzsche, *Schopenhauer como educador*.



Mauricio Vélez Upegui

Docente de la Escuela de Humanidades

25 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Graduado en Literatura y con posgrado en la misma área, trabajó durante once años en la Universidad de Medellín. Actualmente enseña en el pregrado de Literatura que acaba de crear EAFIT; también es profesor en el pregrado de Ciencias Políticas y en las maestrías de Estudios Humanísticos, Escrituras Creativas y Hermenéutica Literaria. Antes de eso, fue profesor del Departamento de Humanidades (cuando este pertenecía a la Escuela de Administración), Decano de la Escuela de Ciencias y Humanidades, Vicerrector Académico y Rector encargado, y luego, profesor, durante ocho años, en el programa de Comunicación Social.

INGRESO A EAFIT

Me vinculé a EAFIT en el año 1995. Desde entonces han pasado casi veintitrés años, y a lo largo de todo este tiempo he estado al frente de distintas asignaturas, ciertos proyectos colectivos relacionados con la creación de nuevos pregrados, nuevos posgrados, así como he tenido la oportunidad de desempeñar algunos cargos administrativos. Por lo tanto, he contemplado el quehacer universitario desde varios puntos de vista. Mi ingreso a EAFIT representó una suerte de choque, aun cuando mucho más tarde comprendí que se trataba de un choque asentado más en preconcepciones que en hechos reales. Mi primera experiencia docente consistió en hacerme cargo de cuatro cursos del programa de humanidades de ese momento; programa que

incluía materias como: Lingüística 1, Lingüística 2, Psicología de las Culturas, Antropología de las Culturas, Historia de las Culturas y Ética, y que eran impartidas para estudiantes de todos los pregrados de la Universidad. Los cursos eran muy numerosos (la mayoría de más de cuarenta estudiantes). Aun hoy recuerdo que una pregunta no dejaba de darme vueltas en la cabeza: “¿Qué voy a decir a estudiantes de ingenierías o a estudiantes de administración?”. Cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que un gran número de estudiantes no solo gustaba de estas asignaturas, sino que además propiciaba diálogos fecundos una vez terminada la clase. Para mí empezó a ser claro que, más allá de los saberes administrativos o científicos, se estaba creando un espacio académico muy importante para insertar en la vida institucional diversas reflexiones procedentes del ámbito de las humanidades. Es decir, hace veintitrés años, porque ese el tiempo que voy a cumplir en esta universidad, sentí que se podía hacer un trabajo serio en muchos ámbitos del conocimiento que no tenían una relación directa con los saberes desplegados en el seno de las Escuelas de Ingenierías y de Administración. Y fue gracias a esas y otras iniciativas como creo que poco a poco se fue cimentando el terreno sobre el cual se habría de levantar un proyecto humanístico-cultural tan sólido como el que hoy tenemos en EAFIT.

Cierto que, para 1997, había programas menores, áreas menores de formación humanística que se impartían en todas y cada una de las carreras existentes (menor en este caso significaba, sobre todo, que las Humanidades no se concebían todavía como una unidad académica independiente). La visión del doctor Juan Felipe Gaviria Gutiérrez consistió, como él mismo decía, en “crear un espacio en el que esos dos saberes, esos dos grandes saberes –el de las matemáticas y las humanidades– poco a poco pudieran alcanzar la mayoría de edad y fueran capaces de proyectarse hacia la consolidación de programas propios, tanto en pregrado como en posgrado”. Una vez abierto el espacio, empezamos a soñar, y los sueños nos condujeron en primer lugar a reformular esa área menor en humanidades, gracias a una iniciativa que puso a circular el doctor Álvaro Pineda Botero (recién llegado a EAFIT); él impulsó un proyecto muy fecundo denominado Rutas Disciplinarias y estas fueron, por así decirlo, el germen a partir del cual se produjo el gran desarrollo de las Humanidades en la universidad. Las rutas dieron origen a unas primeras especializaciones; estas a su vez, nos condujeron a la creación de dos pregrados (el de Comunicación Social y el de Ciencias Políticas); luego transformamos la especialización en Hermenéutica Literaria en una maestría correlativa. Y con estos primeros programas empezamos a considerar, razonablemente, que teníamos el campo cultivado para que otras iniciativas académicas surgieran y prosperaran. No está demás señalar que poco a poco se fueron vinculando al departa-

mento nuevos profesores y, así, entre todos, y mediante un intenso trabajo colaborativo, fuimos levantando lo que en la actualidad es la Escuela de Humanidades.

DECANO Y VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Fui decano sin buscarlo (y, sin duda alguna, sin merecerlo). Álvaro Pineda Botero había sido nombrado primer Decano de la Escuela de Ciencias y Humanidades; pero a los seis meses de su nombramiento se produjo un hecho lamentable: la muerte del doctor Guillermo Vélez Vélez, entonces Vicerrector Académico. El Consejo Superior tomó la decisión de otorgar la plaza de Vicerrector al doctor Pineda Botero y a mí me contactaron para ofrecerme la de decano. Alguna experiencia administrativa había tenido en la Universidad de Medellín como coordinador de la Especialización en Literatura Latinoamericana y como jefe de carrera del pregrado de Literatura de la misma universidad, más la coordinación de la revista *Con-textos*. No sin dudarlo, terminé aceptando el ofrecimiento. La labor consistía, en esencia, en sacar adelante ese gran triángulo de saberes constituido por las matemáticas, las humanidades y la música. En otras palabras, debía contribuir a fortalecer lo que ya se tenía (cierta tradición en el despliegue de los saberes humanísticos y físico-matemáticos) e intentar ver de qué manera se podía construir un escenario prospectivo, cuyo amplio horizonte garantizara la creación de programas de pregrado y posgrado propios, necesarios para expandir la oferta académica de la Universidad e incidir de algún modo en la vida de la ciudad. Estuve ocupado en ello durante tres años, pues tal era el tiempo nominal establecido por los estatutos de la universidad para desempeñar el cargo de decano. Aunque los estatutos contemplaban la figura de la reelección, yo sentía que mi vida académica se había puesto entre paréntesis y, por ende, que optar para un nuevo período no era una opción que realmente deseara. El final de mi desempeño como decano coincidió con el derecho a tomar un período sabático, tiempo durante el cual me consagré a escribir un libro dedicado a reflexionar sobre distintos aspectos del diálogo. El libro fue publicado por el Fondo Editorial de la Universidad y, en buena medida, recoge buena parte de mi experiencia administrativa como decano. Al cabo de seis meses, debía reintegrarme a la universidad, pero lo que no sabía es que el doctor Pineda Botero estaba ya en trance de jubilarse. De nuevo el doctor Gaviria Gutiérrez, a través de su secretario y decano de la Escuela de Derecho (creada al tiempo que la Escuela de Ciencias y Humanidades), Juan Diego Vélez Maya, me ofreció la Vicerrectoría Académica. Acepté el cargo

porque coincidió con el momento en que la Institución intentaba obtener su primera Acreditación Institucional. La intención era que acompañara a quienes estaban al frente del proceso, porque se trataba de un proceso respecto del que no sabíamos cómo se hacía. Sin duda se trataba de un aprendizaje para todos. Resultó muy interesante porque comprendimos, aparte de otros muchos aspectos, que el acto dialógico de la deliberación es uno de los sellos distintivos de esa corporación denominada universidad. En consecuencia, nos dimos a la tarea de crear un sinnúmero de micro-grupos de deliberación. La finalidad era una sola: se trataba de hacer un ejercicio tendiente a autocontemplarnos como institución educativa, tomando en cuenta la memoria de nuestro pasado y la entrevisión de nuestro porvenir. El resultado no pudo menos de ser alentador. Obtuvimos una acreditación por seis años, la primera de las que más adelante hemos venido obteniendo gracias al compromiso, entrega y dedicación de todos quienes trabajamos aquí.



Estuve dos años y medio en la Vicerrectoría, porque el doctor Gaviria Gutiérrez cumplió su segundo período, de cuatro años, tal como lo establecían los estatutos de entonces; a él le ofrecieron la gerencia de EPM (Empresas Públicas de Medellín) y aceptó. Juan Diego Vélez Maya se retiró de EAFIT y acompañó al doctor Gaviria como parte de su nuevo equipo de trabajo. Durante cuatro meses quedé como Rector encargado, Vicerrector Académico y Secretario, tres cargos que debía desempeñar en simultáneo. No podía creer que estuviera al frente de esos tres cargos tan demandantes; afortunadamente, conté con el acompañamiento del Presidente del Consejo Superior de entonces, doctor Jorge Iván Rodríguez Castaño. Desde luego, llegó el momento en que había que hacer el nombramiento de rector. La persona elegida fue el doctor Juan Luis Mejía Arango. A poco de él ser nombrado, le comuniqué mi decisión de querer volver a la academia como profesor, y él supo entender perfectamente mi situación. Tomé esa decisión porque yo literalmente no tenía tiempo para leer lo que me gusta, para escribir dos o tres modestos textos, y para comunicarles a otros los resultados o apreciaciones de esas lecturas y escrituras (es decir, los estudiantes).

ELECCIÓN PROFESIONAL

Debo confesar que al optar por la carrera que elegí (Estudios en lengua española y literatura) no tenía idea de que la docencia era el nicho laboral que me aguardaba. Digamos que fue una comprensión tardía. Yo quizás empecé a estudiar Literatura porque venía de un colegio (*El Sufragio*, de los padres salesianos) en el que el fomento de la lectura era un rasgo primordial del plan de estudios. Después me ocurrió lo que le ocurre a cientos de adolescentes: ser parte de un grupo de amigos con intereses comunes, entre ellos el de la lectura. Cuando le planteé a mi papá el deseo de estudiar literatura, me dijo lo que seguramente muchos padres dicen a sus hijos: “Estudie alguna carrera que le sirva para conseguir plata; de lo contrario, se va a morir de hambre”. Tras algunas discusiones, ciertamente amigables, él terminó aceptando y yo me matriculé en la Universidad de Medellín, tras aprobar el examen de ingreso. Pero, insisto, en ese momento no tenía claro que mi futuro profesional contemplaba la posibilidad de ser profesor. Una cosa sí logré comprender a poco de iniciar mi formación: no se puede ser buen maestro sin el conocimiento riguroso de un saber determinado. El aprendizaje de contenidos pedagógicos al margen de un saber disciplinar no tiene sentido.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Cuando estaba estudiando Literatura, en sexto semestre, un profesor me propuso dar clases: “Conozco su trayectoria académica y necesito que me imparta unas siete clases en las que usted analice un texto a mitad de camino entre la poesía y la narrativa, *El sueño de las escalinatas*, de Jorge Zalamea Borda. Yo había hecho algunos pinitos como docente (en el Colegio San Carlos), pero él quería que trabajara con estudiantes de octavo semestre. Me arriesgué, pero la verdad es que no sé cómo hice eso, honestamente. Y tampoco recuerdo si fueron seis o siete clases, en todo caso estuve ahí.

Al principio me sentí muy extraño, yo no sabía muy bien de qué hablaba; en segundo lugar, no sé cómo hablaba; en tercer lugar, no sabía si lo que decía suscitaba en el auditorio algún tipo de interés o no. Lo que ahora recuerdo es que hice lo que se me pidió. Tampoco recuerdo haber tenido conciencia de que esto de la pedagogía o de la docencia me gustara. Y luego, cuando terminé la carrera y me hice la pregunta, “¿ahora qué hago?”, tuve la oportunidad de reemplazar a uno de los profesores que yo más admiraba, el de Literatura Hispanoamericana. Él todavía vive. Un hombre muy lúcido, de un humor muy fino y de un conocimiento más que enciclopédico sobre la tradición literaria hispano-latinoamericana. Era el curso de Literatura Hispanoamericana 3, en el cual se debía enseñar la literatura producida en América Latina durante las primeras tres décadas del siglo XX; entonces, también lo hice.

Pero a la sexta semana ocurrió una especie de insurrección de parte de los estudiantes. Yo escribía mis clases y mi cátedra consistía en que leía en voz alta lo que había escrito y al tiempo que leía salpicaba la lectura de notas, glosas, apuntes adicionales, relaciones, digresiones. Pues bien, una tarde, en un curso que se impartía de 6:00 p.m. a 9:30 p.m., después de desarrollar la primera parte de la sesión, luego de un breve descanso, un estudiante levantó la mano cuando regresamos y, en nombre de los demás, dijo: “Profesor, no queremos recibir más clases con usted”. La intervención me tomó por sorpresa; imagínese la situación. Yo me asusté, pues era mi primera experiencia oficial como docente. Haciendo de tripas corazón, le respondí: “Cuéntenme a ver qué pasa”. Yo notaba que entre ellos murmuraban, había rumores, miradas indirectas, risitas, no de timidez, sino de cierto temor, hasta que alguien más tomó la vocería y dijo, palabras más, palabras menos, lo siguiente: “La cosa es muy simple, nosotros no le entendemos nada de lo que está diciendo, nada, ni de lo que dice, ni de lo que lee, y por tanto tenemos que hacer algo, porque llevamos seis clases y muchos, si no todos, sentimos que no agarramos nada”. Lo que recuerdo es que, en lugar de molestarme, o en lugar de ponerme a la defensiva, o callarme, les dije: “Me

gustaría que fueran un poco más explícitos, y trataran de explicarme con más detalle lo que creen que les ocurre”. Tras una hora de conversación, descubrí que el problema residía en el hecho de que yo, por cuenta propia, había venido estudiando a un grupo de teóricos europeos que abordaban la literatura sirviéndose de lo que ahora se denomina un metalenguaje y que intentaba usar dicho metalenguaje para hacer el análisis de las obras que conformaban el objeto de estudio del curso. Yo no sé si yo había asimilado bien ese metalenguaje; lo que sé es que lo intentaba aplicar en una novela de Mariano Azuela llamado, *Los de Abajo*. Al parecer, dicho metalenguaje representaba para los estudiantes una suerte de lengua extranjera. Comprendí que su queja no era quizá contra mi quehacer, sino contra el tipo de enseñanza que todos habíamos recibido. Yo quería abandonar la costumbre de leer literatura yendo más allá de la comunicación de meras impresiones simpatéticas, de suerte que pudiéramos someter los textos a una reflexión un poco más elaborada, más densa si que quiere, más aguda y afinada. El asunto se aclaró y acordamos una serie de acciones tendientes a reestructurar el modo de hacer el curso. Pero entonces ocurrió algo inesperado. Por vez primera en muchos años la Universidad Medellín sufrió un paro, si mal no recuerdo, de dos o tres meses. Se estaba discutiendo el alza en las matrículas, la extensión de los semestres académicos, etcétera. El rector de entonces, Jaime Tobón Villegas, impartió una instrucción invitando al profesorado a diseñar algunas estrategias pedagógicas y metodológicas con el fin de culminar satisfactoriamente el semestre, al margen de los resultados de la suspensión de actividades.



Esa experiencia me sirvió para reafirmarme en la convicción de que la lectura literaria placentera se puede hacer, y debe hacerse, pero sin renunciar a practicar una lectura diferente: aquella que Nietzsche denominaba “de filólogo”, es decir, hecha con morosidad, detenimiento y atención a los detalles y relaciones textuales.

METODOLOGÍA

A este respecto, es difícil tener una autocontemplación. Muy a menudo es gracias a la reacción de los estudiantes como normalmente uno, de un modo incompleto, algo sabe de sí respecto de su propio quehacer docente. Habiendo trascendido tantos años de ejercicio docente, ignoro si haya desarrollado una metodología particular de enseñanza. Lo que sí puedo afirmar es que procuro actuar en atención a tres o cuatro principios básicos.

Lo primero, es procurar no llegar a clase sin antes haber realizado una cuidadosa preparación. Haya pasado lo que haya pasado, la preparación es esencial, porque los estudiantes son muy agudos, perceptivamente hablando, a este respecto. Por eso suscribo plenamente la definición de profesor planteada por Nuccio Ordine: “Un profesor es un estudiante infatigable”. Yo la reformularía así: “Un profesor es un estudioso infatigable”. Estudioso, en este contexto, significa que nunca se deja de aprender, ni siquiera cuando damos la impresión de que repetimos un curso, pues no hay repetición que no engendre alguna clase de diferencia. Por ejemplo, puedo ir a clase con el mismo paquete de lecturas que el colegio profesoral ha establecido previamente como selección de esa organización del saber llamada *curriculum*, pero estoy seguro de que el modo de encarar ese paquete de lecturas siempre será diferente. Pues no hay lectura digna de ese nombre que, en rigor, no sea una relectura. Y como no hay relectura que, a su vez, no sea en propiedad un ejercicio de reinterpretación, muy seguramente lo que en cada caso alguien capta es, al tiempo, lo mismo y otra cosa, algo más. Lo interesante del asunto es mostrar ese *pedacito de otredad*, así permanezcas como titular de un curso durante varios semestres, o incluso años. Y ello se consigue cuando el hábito de estudiar sirve de soporte al acto docente.

El segundo elemento consiste en estar muy atento al lenguaje corporal del auditorio. Erving Goffman lo llama “dialecto corporal”. Atender al dialecto corporal de los estudiantes es vital para llevar a cabo un buen desempeño de clase. Y ello a sabiendas de que nada hay más ambiguo, nada más equívoco, nada más plurisignificativo que un gesto, una mirada o una postura corporal. De ahí la doble exigencia del acto docente:

de un lado, la dimensión verbal que nutre de expresión y referencia un tema curricular; de otro, la dimensión no verbal, que salpica de significados callados o escondidos la escucha del auditorio. Es claro que el profesor no está ante una masa anónima, aunque así lo parezca al comienzo. Dicha masa se compone de individuos, cada uno con nombre propio, con una historia personal propia, con unas expectativas e intereses propios cuya sumatoria, o mejor, cuya correlación de fuerzas es preciso tener en cuenta, si se desea que algo del orden del acontecimiento (cognitivo) se produzca en el seno de la misma. Así lo he entendido siempre.

En tercer lugar, es vital crear condiciones en el aula de clase para que brote la pregunta (tanto el docente mismo como en los estudiantes). Olvidamos algo muy obvio: sin el cuestionamiento... el conocimiento sale sobrando. Lo que no es obvio es que preguntar de un modo razonable llega a ser una operación cognitiva muy compleja. Como quiera que una pregunta razonable se formula con la intención de obtener una respuesta razonable, entonces es preciso cultivar lo que me gustaría llamar la danza de las preguntas y respuestas. En mi caso, gusto de las respuestas provisionales, no de las taxativas o categóricas, pues aquellas y no estas dejan siempre un margen de maniobra para encarar ciertos asuntos. Desde luego que hay áreas del conocimiento en las que ciertos problemas se resuelven con respuestas concluyentes; pero hay otras en las que es preferible que el horizonte de comprensión quede abierto, a fin de que la investigación nunca se cierre o no se clausure definitivamente. Y allí donde haya la ocasión de propiciar una mínima certidumbre, conviene hacerlo notar, no como una certeza sino como una mínima certidumbre.

Y el cuarto elemento guarda relación con un sentimiento que debe acompañar el acto docente (o, en general, muchos actos humanos): la pasión. Entiendo por tal el grado de compromiso, sinceridad y vinculación afectiva y cognitiva que ciertos asuntos del conocimiento despiertan en nosotros. Pasión no significa que haya que convertirse en un saltimbanqui en el aula de clase; tampoco, que un exceso de gestos, a cuál más dramático, se sobreponga al habla que se pone a circular en el salón de clases; y menos, que una emoción exacerbada que termine obnubilando el ejercicio de la razón. No hay que confundir, por ejemplo, un habla lenta, pausada, organizada con ausencia de pasión, como tampoco un habla avasallante, encabalgada, rápida con una suerte de evidencia de esta.

Respecto de lo que acabo de plantear, agregaría tres breves comentarios.

Tenemos un sistema educativo que, en lugar de favorecer el surgimiento de la pregunta en el estudiante, pone el énfasis en sus respuestas. Por razones que no viene

a cuento considerar, nos hemos formado en el seno de un modelo educativo que nos ha hecho creer que quien pregunta es el profesor y que quien responde es el estudiante. No conozco el primer ejercicio evaluativo, llámese parcial, seguimiento o final, para utilizar los términos que aquí empleamos, cuya dinámica consista en que un estudiante formule –por decir algo– tres preguntas, en lugar de proferir o redactar tres respuestas. Es como si diéramos por sentado que sabemos cómo se forja una pregunta, solo porque disponemos de los operadores gramaticales con los que se pregunta. Creemos que, por usar el cuándo, el dónde, el por qué, el cómo, el para qué, etc., ya tenemos el saber necesario para configurar una pregunta determinada. Pero ¿acaso no preguntamos acerca de la naturaleza, estructura y funcionamiento de la pregunta misma? ¿Cuál es el contenido proposicional de una pregunta? ¿Cuál es el horizonte al cual se dirige una pregunta? O, al revés, ¿cuándo una pregunta, queriendo abrir un horizonte de contestación, lo que termina haciendo es cerrándolo? En fin, como diría Gadamer, la experiencia hermenéutica de la pregunta es muy importante en el aula de clase y más allá del aula de clase. No hay modo de que yo haga del saber una fiesta, a menos de que en mí prospere la renovación del asombro.

Un segundo aspecto tiene relación con el protagonismo del habla en el aula de clase y con la atrofia de la escucha. Asentir no significa que estoy escuchando. Si yo asiento cuando alguien habla puedo estar fingiendo. Una escucha concernida es muy difícil de lograr, pues esta implica que *yo voy con el otro*, con lo que el otro plantea. Tal vez por querer hablar tanto, ya no nos disponemos a encarnar una escucha concernida. Hemos estudiado la interacción habla-escucha en el aula de clase; pero la persona que habla, tal como habla ¿si propicia una escucha concernida? No lo sé. Hay hablas que parecen entorpecer la escucha, que producen ruido, que molestan, bien porque son constitutivamente descuidadas, bien porque resultan desprovistas de sustancia.

El tercer elemento que me gustaría mencionar es este: quizás ya vaya siendo hora de que abandonemos la idea de que los exámenes no son más que relatos obligatorios en los que un profesor quiere leer lo que ya oyó decirse a sí mismo. Sé que al decir esto simplifico en demasía el complejo problema de la evaluación docente. Pero también sé que, muy a menudo, los profesores cometemos el error de creer que una respuesta correcta, respecto de ciertos instrumentos evaluativos (no de todos, desde luego), es aquella ante la cual sentimos un cierto placer por estar contemplándonos en espejo. Sobra anotar que es un problema que sigue abierto, un problema para el que se han proporcionado muchas respuestas, pero que, aun así, debe ser una preocupación constante para quien guste de reflexionar sobre su propia actividad docente.

SER DOCENTE

Encarnar la condición de docente tiene mucho de valentía. Enfrentarse a un auditorio cambiante cada semestre, no solo una vez, sino dos o tres veces por semana, dependiendo de los cursos que un profesor tenga asignados, implica tener que vérselas con la contingencia. No en vano es, en muchos aspectos, un acto de exposición pública. Uno siempre entra a clase sospechando, de modo consciente, que cualquier cosa puede suceder. El aula de clase es un acto de programación, pero también de contingencia. En nuestro caso (digo nuestro para referirme al ámbito de las humanidades), la tarea implica, en buena medida, contarle al otro –el grupo de estudiantes– el resultado de una tarea previa llamada lectoescritura, en el entendido de que eso que uno cuenta como resultado del acto de lectoescritura previo, pueda suscitar o causar algo en el grupo, del orden de lo impredecible. Lo causado admite ser nombrado de múltiples formas: estupor, asombro, indignación, rechazo, festejo, inquietud, etc. En últimas, se trata de *en-señar*, de hacer ver señas, de develar signos, de desocultar líneas de sentido, respecto de asuntos varios que guardan relación con la condición humana, la vida en sociedad, la cultura, el arte, la comunicación y demás aspectos semejantes. De ahí la necesidad de que el profesor, como señalaba antes, *deba ser un estudioso infatigable*. No es cuestión de leer en cantidades alarmantes; es cuestión de que yo pueda dar a conocer a otro el resultado de mis lecturas (insisto, en el ámbito de las humanidades). Y hablar mi lectura supone ser capaz de agenciar operaciones complejas de pensamiento; relacionar, establecer continuidades, causalidades, discontinuidades, a fin de que se privilegien operaciones cognitivas complejas, no simples. Privilegiar ese tipo de operaciones, puesto que *en-señar* consiste, por qué no, tal como muchos psicólogos del aprendizaje lo han señalado, en llevar a cabo procesos de desestructuración y reestructuración de conciencia. En las clases de tres horas, se dan dieciséis encuentros, o treinta y dos en los cursos de sesenta y cuatro horas, pero en cualquier caso hay que ver la manera de que por lo menos en un 5% o 6% de los estudiantes sientan que hubo una sacudida de todo su ser.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

Más que del tema de la integridad (asunto que convoca la reflexión ética), déjeme considerar un asunto que solo de manera indirecta guarda relación con él. Siempre es bueno someter a la prueba de duda ciertas expresiones que se van volviendo frases de cajón, es decir, que sirven para todo y para nada. Por ejemplo: excelencia académica

o calidad académica, ¿qué decimos cuando tal cosa decimos? Yo estoy seguro de que tendríamos respuestas diferentes e incluso opuestas, contradictorias. Por supuesto, no se trata de llegar a ninguna definición verdadera, pues no hay tal cosa, y tampoco se trata de evitar configurar alguna. En todo caso, siempre aliento una actitud de sospecha frente a las palabras que se vuelven estereotipos o que pueden volverse estereotipos si no están acompañadas de un “entendiendo por tal cosa”. Lo que planteo es que la excelencia, sea lo que fuere que entendamos por ello, no debe ser un fin. Pues, imaginando que tal cosa existiera y que a ello se llegara ¿qué haríamos luego? ¿Qué podríamos hacer después? Aun cuando no lo parezca, afirmar de alguien que es excelente en algo equivale a matarlo simbólicamente. Más bien yo me preguntaría otra cosa: “¿cómo hacemos bien la tarea?”. Nada más. Luego, “¿cómo podemos hacer bien la actividad docente?” es una pregunta muy sencilla, pero de una enorme complejidad en sus contenidos.

MAESTROS INOLVIDABLES

A mí me marcó profundamente una persona, de quien cada vez que tengo oportunidad hago mención: el profesor Saúl Sánchez Giraldo. Murió hace dos años y me mostró una manera de leer, de encarar reflexivamente los textos, que pocos me han mostrado. Dicho en breve, leía con atención de filólogo, y no solo en el sentido literal del término sino en uno más vasto: hermenéutico. Creo que, en efecto, hay personas que, respecto de la formación profesional o académica, dejan algo en uno, una huella; huella imperecedera que abre caminos o prefija sendas que ameritan ser recorridas.

Supongo que las dos posibilidades quedan contempladas: que dejemos una huella en alguien o que no. Es muy difícil saber si en una conversación, sostenida acá en la plaza grande de la Universidad, en una de las cafeterías o en el aula de clase pudiste producir algo en alguien. O no produjiste nada, también puede darse, uno está abierto a esas posibilidades. Algunos me han dicho, “Usted me hizo comprender las bondades de leer textos, sin necesidad de que la práctica estuviera sometida a coacciones académicas, y yo se lo agradezco porque no creí que se me pudieran abrir semejantes universos de referencia” o “Yo le agradezco porque usted, de tanto insistir en la necesidad de agenciar un oficio de escritura, logró que cuidáramos al máximo todo lo que tenga que ver con la escritura”. Son pequeñas cosas, pero producen placer, porque de cierto modo uno se ha jugado buena parte de la vida laboral en ello.

PROYECCIONES Y LOGROS

Me gustaría dedicar el último trecho de vida que me queda a seguir leyendo y a seguir haciendo viajes inmóviles (bueno, un par de viajes reales y una cantidad de viajes inmóviles). No quiero preguntarme mucho si dejé alguna estela... No, ahí se enreda uno, es mejor no hacerse ese tipo de preguntas para no alimentar fantasmas. Mejor, intentar seguir haciendo las cosas que deban hacerse con responsabilidad, honestidad, dedicación y sin renunciar a eso que yo llamaba hace un rato la pasión. El día que uno sienta que la pasión ya no está... retirarse en silencio y dejarle el espacio a otros (que vienen ya en camino y que lo están haciendo muy bien). Por lo tanto, es difícil tener una mirada sobre su propio pasado. Con frecuencia, tendemos a mistificar nuestro propio pasado, a sobredeterminarlo, a disfrazarlo o a ocultarlo porque hay cosas que producen desagrado. En conclusión, ir con el día a día más bien, haciéndolo, insisto otra vez, de la mejor manera posible.

PROGRAMA DE LITERATURA

Que una universidad haya tomado la decisión de abrir un espacio en donde quepa un saber que es constitutivo de lo humano desde que tenemos memoria histórica como especie, es una prueba de que se están haciendo bien las cosas. ¡Cómo no reconformarme con eso! Solo aquel que desconozca lo que se puede encontrar en un texto literario no podrá comprender la significación del acto consistente en abrir un programa llamado “Literatura”. Solo aquel que ya se haya topado con eso que llamamos universo literario y haya sentido que tiene una vida al tiempo que puede imaginar mil (la idea es de Vargas Llosa), estará en capacidad de festejar una iniciativa institucional como la que mencionamos.

Una sociedad está incompleta si es incapaz de reconocer que en la literatura tiene su mejor registro social, histórico, político, etc. Dicho de otro modo, una sociedad está incompleta si no es capaz de comprender que en la literatura hay un enorme depósito de experiencia cultural. Tender por cultivar la lectura o escritura literarias es la mejor definición de lo que los antiguos llamaban *el modo optativo de la vida*, no el modo necesario, ni el modo fáctico, sino el modo optativo de la vida. Y podría seguir.

Luego, experimento un enorme placer al tener ahora este programa entre nosotros. Espero que la ciudad comprenda lo importante que puede ser. Y espero

además que esas preguntas infaltables que nos hacen – “¿para qué sirve la literatura?”, o “¿un hijo mío podría vivir de la literatura?”– dejen de hacerse porque ellas dicen más, mucho más de quien pregunta que de quien tiene el deseo de consagrarse a la literatura; y dicen más de quien pregunta porque lo que él resuena no es otra cosa que una preocupación instrumental o mercantilista.

Testimonios para Mauricio Vélez Upegui Docente que inspira de la Escuela de Humanidades

Testimonio Sonia López Franco, profesora del Departamento de Humanidades

Sin proponérselo, sin que me enseñe o me haya enseñado o me haya dicho “sigue esta ruta”, Mauricio ha sido mi maestro en el área de las pedagogías, en las estrategias de enseñanza. Como él siempre dice: todos los días se están aprendiendo cosas. Uno cree que sabe mucho, pero él dice, hay que seguir aprendiendo. Porque a él le encanta el mundo griego y ese es un mundo que todos los días le está abriendo puertas.

Gracias por ser mi colega, mi compañero, por compartir todos tus conocimientos y esas ganas tan enormes de aprender, eso es increíble y eso es lo que nos inspira a todos. Honesto, justo, estudioso e interesado por sus estudiantes. Todo esto es Mauricio; nos genera confianza porque es un docente real.

Testimonio de Laura Fuentes Vélez, estudiante de la Maestría en Estudios Humanísticos

El proceso de formación con el profesor Mauricio ha significado para mí la oportunidad de hacer de la lectura un oficio, es decir, un quehacer en el que al interrogar el texto me interrogo a mí misma sobre los recursos con los que cuento para comprenderlo. Es un docente que invita a la pregunta, yo creo que eso es básicamente lo que ha hecho el profesor Mauricio, alimentar la curiosidad y enseñarme a trabajar, a trabajarla. Inspira en mí esto justamente, las ganas de seguir estudiando, de seguir construyendo, fomentando y trabajándole a la curiosidad, a las preguntas. Creo que, aunque parece lo más básico, es también lo más dicente poder decir: gracias.

Testimonio Mario Alberto Montoya Brand, profesor del Departamento de Derecho

Cuando hablo con Mauricio tengo la sensación de una proximidad casi infantil a una reflexión muy profunda y no hablo, tanto de él como de mí. Tengo la sensación de que, si me acerco a Mauricio, sin necesidad de que citemos libros o autores, me acerco a un maestro, en el sentido de la posibilidad de generar siempre un espacio de reflexión profunda.



“Uno no puede preocuparse por sí mismo sin pasar por la presencia de un maestro. Pero lo que define la posición de este es que se preocupa por la inquietud que aquel a quien guía puede sentir respecto de sí mismo. [...] El maestro es quien se preocupa por el cuidado que el sujeto tiene respecto de sí mismo y quien encuentra, en el amor que siente por su discípulo, la posibilidad de preocuparse por la preocupación de este en relación consigo mismo.

Michel Foucault, *La hermenéutica del sujeto*.



Sonia Inés López Franco

Docente de la Escuela de Humanidades

21 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Licenciada en Español y Literatura, magister en Lingüística Hispanoamericana y doctora en Humanidades. Fue la primera graduada del Doctorado en Humanidades de la Universidad EAFIT. Fue jefa del Departamento de Humanidades hasta el 2019. Actualmente es coordinadora del NFI (Núcleo de Formación Institucional) en Habilidades Comunicativas, docente del área de lenguaje del pregrado en Comunicación Social y en Literatura, así como docente de las líneas de lenguaje en las maestrías en Estudios Humanísticos y Comunicación Política.

INGRESO A EAFIT

La docencia y la maternidad son decisiones muy serias. En mi caso se trata de profesiones que van de la mano: ser docente y ser mamá. Son muy complejas, cargadas de ires, venires, frustraciones, éxitos; pero, sobre todo, son humanas, cercanas al sujeto real, al sujeto que tiene una historia y que tiene también un pasado y que tiene, lo más importante, un futuro que está casi en manos de uno.

La docencia fue una decisión casi natural en mí. Nació y ha estado siempre al frente de mis perspectivas, toda la vida, desde muy pequeña, nunca me concebí de otra forma, de hecho, no sé hacer nada distinto. Es una labor, desde mi punto de vista, que ofrece la posibilidad de obtener conocimientos gracias a la permanente socialización; a estar a la vanguardia de los desarrollos teóricos en el área; a oxigenarse con la juventud y vivacidad de los estudiantes y a que se profundizan relaciones con los colegas.

Llevo veintiún años en EAFIT, entré en 1999. Entré a ser parte de un equipo de docentes a quienes conocí en la Universidad de Medellín. Todos egresados de allí de la licenciatura en Español y Literatura. Me refiero al profesor Mauricio Vélez, por ejemplo, a Raúl Gómez, que también lo conocíamos en la Universidad de Medellín, a Clemencia Ardila, Juan Fernando Agudelo, entre otros.

Ellos empezaron a montar el Departamento de Humanidades en una universidad que para entonces no tenía ese norte, y nos invitaron a varios profesores a ser parte de ese macroproyecto. No creía tener el perfil para ingresar a la Universidad. Me decía: “yo no tengo el perfil para EAFIT” debido, seguramente, a los rasgos estigmatizadores que tiene uno en la cabeza. Pero, cuando la profesora Clemencia Ardila, con quien yo trabajaba en la UPB, se presentó y pasó a la convocatoria, me animé. En ese momento se estaba montando toda la Ruta de Estudios Literarios y requerían una Ruta en Estudios Comunicativos. Entonces lanzaron otra convocatoria y pasé junto con otros dos profesores.

Ese fue un momento que recuerdo mucho porque me entrevistó el Vicerrector, que era Álvaro Pineda; el Decano de Humanidades, Mauricio Vélez; el jefe del Departamento de Humanidades, Raúl Gómez. Fue una conversación entorno a la lingüística y la pragmática como bases fundamentales para formar a un comunicador social. Ese era el enfoque que en el momento se perfilaba como componente teórico del Comunicador Social de EAFIT, muy orientado a la interacción real y a los estudios culturales. Y pasé la convocatoria, entré el 19 de febrero de 1999. Hace mucho rato.

Por fortuna, había un equipo de trabajo muy consolidado, abanderado por Raúl y por Mauricio. Las discusiones en la cafetería eran de largo aliento y de mucho cigarrillo y café. Pero también de mucha escucha y de mucho debate. En eso consistió el trabajo de unos 10 años, en construir, bajo la metodología de la palabra, un Departamento académico completo con materias de base, especializaciones, maestrías y doctorado. Es de lo más valioso que me ha pasado, porque significa que la Universidad no nos ha dejado de escuchar pues cada idea era debatida, pasada por la criba y la reflexión. Una vez “armada”, se ejecutaba. Con eso, ganamos legitimidad, credibilidad, teníamos un camino abanado. Con aquellos primeros años de mi vida laboral aquí, rompí el estereotipo con el que había llegado: “¿Qué van a querer saber de lingüística, de lenguaje, de lo simbólico, de la lectura y de la escritura?”. Y resulta que teníamos una gran oportunidad al frente, con un equipo humano invaluable.

Además, fue muy simbólico ir viendo cómo, a medida que íbamos montando un edificio conceptual de Humanidades, se iba construyendo el edificio de Humanidades

en el bloque 38. Inicialmente esas discusiones se hacían en las llamadas células, luego pasaron a rutas (rutas en estudios comunicativos, filosóficos, literarios). Esas formas de nombrar los equipos de trabajo tenían un alto contenido colaborativo, cooperativo, de escuela. Eran bautizados de ese modo por Raúl y por Mauricio bajo el lema: “Es necesario discutir permanentemente, porque esto está por hacer”. A las humanidades hay que debatirlas siempre, a los humanistas nos esculcan mucho, hay que argumentar bastante. Eso es lo que forma, es lo que da músculo conceptual. Y eso nos permitió esta Universidad, un espacio para ello.

Específicamente, mi cédula de trabajo era la de Estudios Comunicativos. De ella se desprende la Ruta, el pregrado de Comunicación Social, las materias de lectura y escritura que se constituyen luego en Núcleo de Formación Institucional en habilidades Comunicativas. Esta cédula se ramifica, busca sinapsis, se agrupa, crea su propio cuerpo y se independiza. Esa era la forma y así se hizo.

El Rector Juan Felipe Gaviria, un hombre humanista, por supuesto, nos retó académicamente a todo el equipo. Había una Escuela de Humanidades con un pregrado en Música. Se requería un Departamento cuya tarea era ubicarse en medio de esos dos extremos: una Escuela de Humanidades y un pregrado en Música. ¿Qué hay fuera de esos dos extremos? No hay nada, todo debía estar ubicado dentro de ellos.

Esa tarea fue lenta, pero muy fructífera: rompió con el paradigma de las Humanidades en EAFIT gracias al pregrado en Música, por supuesto, a Comunicación Social, Ciencias Políticas, y, ahora, a Literatura. Hace 25 años se dio la transición de una Universidad orientada solo a la administración y finanzas a una institución que abordaba otras áreas del conocimiento, consideradas hasta ese momento lejanas.

En su momento, los primeros contactos con los estudiantes se daban a través de una materia que se llamaba Hombre y Lenguaje. Se quería abarcar, justamente, ese concepto del hombre con la facultad de lenguaje que le pertenece y del cual se debe apropiarse para poder hacer grupo, tener identidad, crear contexto. Entonces, entendimos que debíamos orientarnos un poco más hacia la lectura y la escritura académica como medio y como fin. Como medio para que el estudiante resuelva todo lo que debe hacer en el proceso académico (informes, ensayos, exámenes, quices, talleres) y como fin porque enseñamos con intención a leer y a escribir para hacer comunidad y para lograr identidad.

Una de las experiencias más valiosas para mí, en relación con el trabajo con los estudiantes, fue con la primera promoción del pregrado en Derecho, porque fui la primera profesora, de la primera clase, del primer grupo de Derecho. Un lunes a las 8:00 de la mañana, hace veinte años. La materia se llamaba Hermenéutica del

Lenguaje. Fue un ejercicio precioso, porque era anual. El primer semestre se trabajaba la escritura y el segundo semestre con lectura. Hicimos módulos, talleres –todo está publicado y sistematizado–, y a nosotros eso nos queda, lo mismo que las huellas de esos encuentros con los estudiantes. Una labor muy ardua, de alta creatividad, serenidad, pero también de investigación y construcción. Ideal un año con una materia, pero muy exigente. Fue una experiencia absolutamente trascendental para la Universidad y para el Departamento en Humanidades, porque significaba poder incidir en el currículo de un pregrado tan importante, que en ese momento arrancaba. Tiempo después ese material se replicó en otras carreras.

Cada 8 días nos reuníamos un equipo de trabajo dedicado a la creación del pregrado en Comunicación Social. Juntos leíamos obras que nos ayudaron a fundamentar el pregrado, una de ellas fue *Velocidad de escape: la cibercultura en el final del siglo* de Mark Dery (1998). La lectura entre filósofos, lingüistas, literatos, comunicadores sociales, periodistas, creativos, hizo que esta obra fuera dando luces a cuestiones que en el momento apenas eran hipótesis y que ahora son una realidad porque, lo decíamos: “en un momento dado, las nuevas tecnologías incidirán en nuestra cotidianidad” y alguien tiene que pensar en eso y tiene que formarse para eso y debe advertir y prepararse para las nuevas y los nuevos lenguajes. Profesores como Carlos Mario Correa, Fernando Mora, Mauricio Naranjo, Mauricio Vélez, Germán Vélez, Juan Fernando Agudelo, Raúl Gómez, fuimos visionarios, porque pensamos que este comunicador social de EAFIT debe ser formado para el mundo que viene, un mundo crítico y debe tener unas fuertes bases en lenguaje, de nuevas tecnologías, de periodismo para el siglo XXI mediado por internet, esto es, por la velocidad, el control y , la cibernética.

Entonces, eso que inicialmente era una especie de colcha de retazos de puntos de vista, de temas y posturas, se volvió muy visionario. Con este pregrado queríamos formar comunicadores muy conscientes de su lengua materna, muy sensibles a lo simbólico y muy críticos frente a la inserción de las nuevas tecnologías en la vida cotidiana.

De eso nos ocupamos un buen tiempo. Significó tomar decisiones, asumir posturas y renunciar a otras porque construir un pregrado no es fácil, es una tarea de largo aliento y al principio no se tiene todo el panorama en la cabeza. Por lo tanto, es justo agradecerle a las primeras promociones por haber creído en nosotros. Ellos nos representan como egresados en el mundo digital, periodístico, audiovisual, incluso, organizacional. Varios son y han sido docentes del pregrado, lo cual habíamos proyectado desde un inicio: que sean los egresados los que se ocupen en un futuro del pregrado.

Comunicación social, a mi modo de ver, lo digo con el alma, es lo más significativo que yo he hecho en esta Universidad. Con el paso del tiempo y de los cambios

institucionales vienen otras propuestas como el Centro de Estudios en Lectura y Escritura (CELEE), todo el montaje del NFI en Habilidades Comunicativas, la nueva Maestría virtual en lectura y escritura, que también han trascendido y que tienen un lugar en vida académica. Pero, estoy convencida que con Comunicación Social se marcó nuestra bandera de las humanidades en EAFIT, allí instalamos un lugar, junto con Ciencias Políticas, porque las dos nacieron de la mano.

METODOLOGÍA

La maestría la hice en el Instituto Caro y Cuervo, eso tiene unas consecuencias en relación a las prácticas pedagógicas y didácticas. Creo en el taller como recurso didáctico poderoso para el desarrollo de las habilidades competitivas, de cooperación y lectura y escritura. Está centrado en el fomentar la colaboración y el aprendizaje. Con el taller no es necesario “dictar” clase. Con el taller se “trabaja” la clase en un espacio de intercambio, participación múltiple y plural sobre un saber-hacer. Con “El Taller”, en el aula de clase se establece un sistema de interacción en el que se actualizan códigos lingüísticos y no lingüísticos, como la palabra y la escritura, los gestos, el espacio, los tonos de la voz, los silencios, los movimientos del cuerpo, los colores, lo visual, el tacto y las cercanías. “A grandes rasgos su dinámica consiste en que el docente actúa como el artífice de un escenario proactivo donde se generan posibilidades de interacción y se evitan los cierres conceptuales; mientras, el estudiante ejerce un rol de aprendiz de un acercamiento particular a un objeto de conocimiento, cualquiera que este sea, y, al tiempo, hace las veces de maestro de sus pares, con quienes colabora en procesos tanto de recepción como de producción discursiva. Estos rasgos le son comunes a diversos tipos de taller y los cursos-taller de esta propuesta no son la excepción, sin embargo, quizá si existe una diferencia en cuanto a la didáctica que se implementa en esta propuesta para guiar al estudiante en su aproximación a los diferentes géneros académicos a los que se enfrenta en la universidad”.¹

Es una estrategia vygotskyana en la que se favorece la tutoría bajo la figura de la pregunta como acto de apertura al saber. Vygotsky habla de tres zonas de desarrollo: una zona de mucha dependencia, que es el chico muy joven que depende de un instructor; una de paridad entre el instructor y el estudiante y una zona de liberación. Esas son las zonas que se trabajan en un taller. Tenemos tres momentos: un momento teórico (el estudiante termina diciendo “yo sé”), un momento lúdico y de construcción

¹ Ardila Jaramillo, A. C., y López Franco, S. I. (2016). ¿Analistas o lectores? *Boletín Redipe*, 5(10), 61-70. <https://revista.redipe.org/index.php/1/article/view/124>

(dice “yo sé hacer algo) y el último que es de producción y apropiación dada la independencia cognitiva (con el que afirma “yo sé hacer algo especial”).

El taller cuenta con uno de los elementos didácticos más valiosos del aprendizaje: la pregunta. Para ello, nos valemos de Gadamer y su reflexión por la pregunta, los preguntados, la distancia entre la pregunta y lo conocido y por conocer. La pregunta orientadora, la que cierra, la limitada, la pregunta retórica, la pregunta de la enseñanza. Sugiero leer "El Hombre y el Lenguaje" en Gadamer, H.-G. (1996). *Verdad y Método I*. Sígueme.

SER DOCENTE

Tengo muchas definiciones de lo que yo quisiera que fuera un profesor. Siento que la connotación es muy humana por lo que tiene una gran responsabilidad de formar. Por eso me pregunto: ¿quién soy yo para erigirme formadora de quién, bajo qué modelo? Eso me parece un enorme compromiso. Aun así, el docente acerca. Cumple esa función social: acerca sujetos, textos a sujetos, sujetos entre sí, teorías, prácticas, acciones, siempre tiene esa labor. Por eso es transformador y reestructurador de consciencias.

Pero es muy difícil, yo todavía no considero que haya terminado de formarme como docente. La pregunta sobre las acciones del educador permanece. Recabo sobre los equívocos que tenemos, porque muchas veces creemos que somos dueños de la última palabra, que poseemos un saber. Y lo que tenemos en nuestras manos es el futuro de los chicos. ¿Cómo acercar al horizonte de la formación profesional a un estudiante que tiene un mundo que trasciende nuestros límites? Yo muchas veces me siento superada por los estudiantes, si me siento superada por mis hijos, ¿cómo no me voy a sentir así con los estudiantes?

Le manifiesto respeto a mis estudiantes al preparar mis clases y al construir evaluaciones con mucha rigurosidad y atendiendo a un proceso. Estoy muy atenta a las reacciones de los estudiantes, soy obsesiva con eso: si se mueve, si no vino, si lo seduzco con mi discurso y mi quehacer, si se duerme, si está distraído.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

A un estudiante no lo puedo definir con un adjetivo sino con un verbo, porque definitivamente el estudiante es un hacer, es un vivir. Su dinamismo es vida, es movimien-

to, todo el tiempo, es un sujeto social, tiene una estructura social, una historia, una ideología, es un sujeto social. Cuando socializamos con los estudiantes, sabemos que hay un grupo social detrás de cada uno; él no representa a un sujeto sino un colectivo, entonces debemos responsabilizarnos de ese colectivo.

Cuando los miro en conjunto me asusto, porque siento una gran responsabilidad al confrontarlos, hablarles, y, sobre todo, hacer lo que hacemos nosotros en EAFIT, formarlos.

Eso me cuesta un poquito todavía, por eso es necesario estudiar para lograrlo, para formarlos a partir del estudio, de la convicción, de la rigurosidad, de la didáctica.

FAMILIA

Mis dos hijos nacieron durante mi ejercicio docente. De ahí que me cueste separar esos dos roles, yo no los separo muy fácil. Soy muy maternal con los estudiantes y con mis hijos soy muy profesora. Como mamá soy buena profesora y como profesora soy buena mamá. Pero es una combinación muy bonita, aunque a mí me cuesta separar, quiero insistir eso, porque yo le pongo pasión a las dos tareas.

A mí me dicen que mis hijos son extraordinarios, eso es muy cierto, lo que pasa es que si yo lo digo no soy tan objetiva; pero también es porque, más que decir, ellos nos ven al papá y a mí haciendo nuestras labores y siendo tan honestos ambos en nuestro quehacer y tan cotidianos y tan rutinarios, entonces yo creo que eso se va aprendiendo. Lo cierto es que yo quiero que mis hijos sean tan nobles y honestos como el papá.

En la Universidad yo me apego mucho a los estudiantes, tengo unas relaciones muy profundas con ellos, pero no soy invasiva y tampoco siento que ellos sean invasivos conmigo. He construido unos profundos afectos con algunos estudiantes que ahora son mis colegas. Eso no me molesta en lo más mínimo. Todo lo contrario, lo aplaudo y lo valoro.

Yo sí creo que ahí funciona mi instinto maternal y ese instinto ha servido para muchas cosas en la Universidad, me ha favorecido para construir unas relaciones muy profundas, sin excepción. No puedo decir que tengo una distinta relación con alguno por ser maternal, no, todo lo contrario. Y como las mamás nos equivocamos, los docentes también; aquí hay que cuidarse un poquito más, hay que cambiar el discurso, pero sigue siendo igual de afectivo.

Cuando terminé mi doctorado e hice mi exposición acá, mis hijos estuvieron presentes y al finalizar me dijo Sofia: “Gracias mami por volver a mi vida”. Claro, durante



el doctorado abandoné a mi familia. Un doctorado es un trabajo solitario, aislado, encerrado y monotemático. Por eso es por lo que uno necesita un compañero tan firme como mi esposo, como mi familia, un acompañamiento, porque los chicos ya sabían lo que estaba pasando, pero había momentos en los que me necesitaban y la mamá no estaba.

Sí, la construcción profesional femenina se da a costa de una debilidad en la formación de la familia, por fortuna, insisto, yo estaba bien acompañada y el proyecto no se vino abajo.

MAESTROS INOLVIDABLES

El trabajo no es individual, nunca, muchísimo menos el de la academia. Siempre he estado rodeada de gente muy competente y afectuosa a quien imitar. Yo vengo de un pueblo, hice toda la escuela y el bachillerato allá. En la escuela tuve unas profesoras que marcaron mi vida. De hecho, quería ser como la señorita Oliva, desde chiquita, porque ella me enseñó a leer y a escribir con mucha pasión. Me ponía tacones para parecerme a ella.

Entré a la Universidad de Medellín a estudiar por la noche, porque tenía que trabajar de día, y encontré personas tan cálidas como el maestro Rómulo Naranjo, como el maestro Leonardo Arango, que me introdujo en el mundo de la lingüística. Pero, creo que también los compañeros en la universidad lo forman a uno. Los recuerdo mucho porque en el día eran docentes y en la noche alumnos. Eso para mí fue muy impactante y me dejó como tarea seguir estudiando mientras enseño.

En el Instituto Caro y Cuervo tuve el honor de asistir a sesiones con el maestro Luis Alfonso Ramírez, Cándido Arauz, quienes desde la lingüística, el análisis del discurso, la pragmática, me señalaron sendas a seguir. Tuve el honor de ser alumna de Doña Lucía Tobón de Castro, una lingüista impecable a quien quise imitar también.

Y en el doctorado conocí a mi asesora, Luz Stella Castañeda, lingüista de la Universidad de Antioquia, trabajadora, constante y luchadora de los estudios lingüísticos regionales. O siendo nunca mi maestra, sino mi compañera de labores, también siento que nos formamos en el trabajo conjunto. En este mismo proceso es muy significativo haber estudiado con la Doctora Adriana Bolívar, a quien conocí en la pasantía. Científica del discurso en América Latina. Analista del discurso político latinoamericano. Gran promotora de las interacciones como formas de transformar las relaciones. En efecto, su perspectiva analítica es el modelo interaccional en el que la relación autor-texto genera el sentido.

Encontré en ella, además de una gran científica, a una gran mujer. Ahora es mi referente, nos hemos vuelto muy amigas por el asunto del destino, por cosas de la vida, es increíble. No solamente porque la leo, también la replico en mis clases, en mi investigación, sino por su vida misma, por la lucha constante por su país, Venezuela, por haber sido desterrada de su tierra y desconocida como lingüista en su tierra. Eso es muy desafortunado y por eso la acompaño, pues en lugar de dejar de trabajar, estas dificultades la llevaron a divulgar más su saber entre docentes formadores de la lectura y la escritura académica y de analistas del discurso.

Indudablemente también han sido maestros los compañeros colegas del día a día porque entre los comentarios, las discusiones, las confrontaciones, las lecturas compartidas, los trabajos en equipo, se van quedando huellas de la palabra del otro. Nos oímos en sus voces y replicamos lo que dicen. En mi caso, Clemencia Ardila y Mauricio Vélez son maestros con los que he crecido y aprendido muchísimo.

Eso en términos profesionales; en términos de mi vida cotidiana a mí me han marcado mucho mis compañeras con las que crecí en Montebello. Ahora hemos retornado a las fincas. Allá nos volveremos a encontrar.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

La integridad es la base para todo. Por integridad entiendo un conjunto de valores coherentes con un hacer, con un decir y me esfuerzo al máximo por mantener esa coherencia entre el decir y el hacer hacia el otro, respetando sus diferencias, sus distancias.

Es lo que me hace devolver hacia atrás, siempre. Y en mi calidad de docente, en mi calidad de representante de los profesores al Consejo Académico, en mi calidad de miembro de comités, permanentemente prevalece esa coherencia entre el decir y el hacer, en dejar en suspenso ciertos juicios, rescatar ciertas acciones.

PROYECCIONES Y LOGROS

Me faltan pocos años de labor. En ellos quisiera reunir energías para hacer de CELEE un centro potente, de gran apoyo al estudiante, que trascienda las aulas, que sea un referente de colaboración, competitividad y cooperación. Que sus tres líneas de trabajo se lleven a todo nivel académico: persuasión (con debate crítico), corrección (con las clases del NFI y las tutorías) y claridad (por el derecho a la comprensión).

Hacer de CELEE un centro de apoyo en lectura y escritura de textos académicos, pero, sobre todo, donde se respete la lengua materna y donde la argumentación, que sirve para persuadir, sea el principio; donde la claridad, que sirve para entender, sea una obligación; y donde la corrección, que sirve para la lectura y la escritura, sea una acción permanente.

También concentrar todos los esfuerzos para iniciar la maestría virtual en lectura y escritura como un reto abarcador, llegar a todos los rincones de Colombia para mos-

trar a los gestores culturales, a los promotores de lectura y a los docentes, estrategias de enseñanza de la lectura y la escritura como prácticas sociales.

Por supuesto quisiera apoyar el pregrado de Literatura, específicamente la línea de lenguaje. Este pregrado es otro logro académico y afectivo de mis compañeros Mauricio, Clemencia, Efrén, Liliana, Alejandra, entre otros. Desde el principio hemos dicho que debemos estar en los primeros semestres del pregrado dejando nuestro trabajo en manos de los futuros editores, hermeneutas y creativos. Hacer todo lo posible por sensibilizarlos ante la palabra escrita, hablada, leída y por escribir.

Y, finalmente, agradecer al Rector, a la Universidad y a los colegas la escucha, la paciencia y por creer.



Testimonios para Sonia López Franco

Docente que inspira de la Escuela de Humanidades

Yonathan Alexander Escobar Arboleda, egresado del pregrado en Comunicación Social):

Son muchos los aspectos que debo resaltar de la profesora Sonia: la paciencia, la dedicación, la rigurosidad, la capacidad investigativa, la capacidad para ser persona. Gracias a la profesora Sonia yo creo y siento que he aprendido y estoy aprendiendo, no solo a ser investigador, sino a ver el mundo con ojos de humanista, con compasión, desde una perspectiva muy íntegra y más completa, que me permite poder entender distintos procesos que son el resultado de estrategias de un trabajo fuerte, duro y muy riguroso, sobre todo. La rigurosidad, el método, el tratamiento de toda la información y el tratamiento con los demás, creo que son aspectos muy importantes para resaltar. Porque si hay algo que hay que subrayar de la profe, es su capacidad creadora, para transformarse a sí misma y transformar a todos los que están en su entorno.

Mi profe querida, mi guía, aunque estoy lejos, siempre la he tenido muy, muy presente. Aquí todos la conocen como la profe Sonia, mi guía, mi angelito, mi madre académica. Hoy me uno desde la distancia, desde México, lejos de la casa que me vio crecer. Le envió un abrazo enorme y gracias por ser ese referente que yo quiero alcanzar en algún momento. Gracias por ser esa guía y esa brújula para mí.

Paulina Yepes Villegas, docente del Departamento de Humanidades:

Me gustaría decirle a la profe Sonia que es una excelente *coequipera*. La he conocido como jefe y como profesora. Pero también hemos compartido muchos otros momentos, hemos estudiado juntas, hemos analizado, hemos investigado. Y, definitivamente, la palabra que la nombra es esa, es una *coequipera*, piensa siempre en sus estudiantes, piensa en los demás docentes, en las personas que tiene alrededor, en su familia, es una excelente mamá, esposa y siempre está dispuesta a brindar lo mejor de sí.

La conozco como analista del discurso y me encanta, porque me incluyó en esa rama del discurso, como lingüista, pero también como una excelente docente que realmente inspira a otros.

Clemencia Ardila de Robledo, docente del Departamento de Humanidades:

Sonia y yo empezamos juntas el recorrido como docentes hace más de treinta años, pasamos por distintas universidades hasta que hace veinte años llegamos a EAFIT a trabajar en el Departamento de Humanidades. Sonia para mí es muy importante y son muy significativas tres características que tiene como docente. La primera, su generosidad; ella es muy generosa con el saber, lo comparte con todos los demás. Es una persona que siempre está ansiosa de que los otros disfruten y vean cómo los estudios del discurso, los estudios del lenguaje, la reflexión sobre la lectura y la escritura, pueden cambiarle la vida a alguien. Sonia siempre está intentando que los demás se impregnen de ese entusiasmo que ella tiene.

Esa es la segunda característica de Sonia como docente, su entusiasmo es arrollador. Para ella no hay nada que sea imposible de lograr en la docencia. Cada clase es como si fuera la primera que va a dar, a todas llega con un entusiasmo y una alegría impresionantes.

Y tercero, el dinamismo. Ella ha sido una persona absolutamente activa, se apunta para todos los proyectos que sean posibles y ha tenido una característica: durante estos años hemos sido cómplices y compañeras en muchos proyectos en los que yo he resultado incluida, sin darme cuenta. Ella simplemente me llama y me dice: “Clemencia, no puedes decir que no, pero vamos a hacer esto, y esto y esto” y entonces no puedo negarme. Y hemos emprendido muchas cosas juntas que siempre han resultado muy buenas para las dos. Entonces, para mí, Sonia es una persona muy, muy especial en ese sentido, también es mi amiga del alma, ha estado conmigo a lo largo de toda mi vida familiar. Tenemos una historia de vida juntas, una historia de docencia juntas. Por eso, Sonia, te quiero.



“La tarea del educador moderno no es transmitir contenidos autoritarios sino que debe ayudar a los individuos a orientarse en situaciones conflictivas, y a dominar con coraje cierto número de antinomias. Comencemos por la antinomia más simple. Es necesario iniciar a los individuos, a la vez, en la soledad y en la vida pública”.

Paul Ricoeur, *Éduquer à quoi bon? Ce qu'en disent philosophes, anthropologues et pédagogues.*



Mario Alberto Montoya Brand

Docente de la Escuela de Derecho

21 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Abogado y Magíster en Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Estudió su doctorado en Derecho Público en la Universidad Autónoma de Barcelona, España. Actualmente es jefe en el área de Derecho Público y docente de los cursos Teoría del Estado y la Constitución, y Régimen y Sistema Político Colombiano, ambos en el pregrado de Derecho. Asimismo, acompaña la materia Orgánica del Estado de la Maestría en Derecho y el curso Teoría de los Derechos y Acciones Públicas en la Especialización en Derecho Urbano.

INGRESO A EAFIT

Me gradué entre los años 92-93 y en el 94 me llamaron para ser profesor de la Universidad de Antioquia en algunas cátedras de Participación ciudadana. Me gusta el arte, soy un pintor bastante precario, pero me gusta mucho. Hubo un período en el que falté mucho a la universidad, para dedicarme a la pintura; hacia el final de la carrera tuve la fortuna, como mucha gente, de ser estudiante de Carlos Gaviria Díaz, y él y algunos otros profesores, por ejemplo, Julio González Zapata, me llamaron a trabajar en la universidad, en ese momento, sentí que ese era mi lugar, que tenía que desarrollar muchas actividades en ella como estudiante.

En el año 1998, Juan Diego Vélez Maya y el Rector de aquel entonces decidieron abrir la escuela de Derecho en EAFIT. Y por recomendación de Julio González Zapata, y con la anuencia de Juan Diego Vélez, me llamaron a la Universidad a integrar el

equipo que iba a pensar la Escuela de Derecho. A mí me tocó ver la primera hoja de papel donde estaba planteada la idea inicial del plan de estudios. Y Juan Diego, muy acogedor conmigo, me dijo: “Te voy a entregar el área de Derecho Público para que la pienses, para que la diseñes, para que reflexiones qué podríamos hacer acá”; para mí fue relativamente sorprendente porque yo era un profesor más bien nuevo, pero fue muy emocionante. Un reto muy valioso para mí.

Así empecé, inicié no solo diseñando el plan de estudios, sino conversando académicamente con muchos docentes de la ciudad y del país acerca de cuál sería el mejor proyecto posible del área del Derecho Público. Esto ha sido una construcción, una aventura constante; desde luego, no siempre ha dependido de mí, ha dependido de un montón de compañeros que le han metido el hombro. Así empecé en EAFIT.

No me imaginé que la Escuela de Derecho fuera a ser un referente tan importante en la ciudad y en el país, un referente de construcción, de vida académica, tan valioso. Y no estaba seguro de que para mí también lo fuera. Luego lo fue, hoy en día lo tengo clarísimo: lo fue, lo es, ojalá lo siga siendo.

En ese momento yo tenía claro que iba a integrar una Escuela en una universidad muy importante, muy interesante, pero todo era incertidumbre, no sabíamos hacia dónde íbamos. El equipo humano era muy valioso, tenía compañeros excelentes con los cuales construir el resto de áreas y el resto de la Escuela, de manera que tenía además un escenario donde aprender y donde crecer muchísimo. Sin embargo, no nos podíamos imaginar qué venía a continuación. Cometimos equivocaciones, yo creo que muy interesantes, de las que aprendimos mucho; en aquel momento no imaginé que, no solo toda mi carrera académica iba a estar fundamentalmente concentrada en la Universidad, sino que la Escuela iba a tener la relevancia que tiene actualmente. Yo creo que todavía tenemos muchos retos, entre ellos, una de las cosas a la que más apuesto es que la Escuela de Derecho llegue a ser un lugar en donde se genere una nueva reflexión académica nacional y, ojalá, también de impacto internacional.

Estamos en esa ruta. Yo creo que dieciocho años es un tiempo significativo, muy corto institucionalmente hablando, pero es una experiencia muy valiosa y a mí me marcó y me ayudó muchísimo a formarme.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Más allá de la referencia a mis dos maestros, es decir, al maestro Carlos Gaviria Díaz y a Julio González, yo quería cobrar distancia en relación con la manera como se

pensaba y se enseñaba el Derecho público en aquel entonces; yo tengo la sensación de que ese campo del Derecho era ajeno a la vida cotidiana, ajeno al ciudadano, remoto, solo para los órganos del Estado, para los estadistas, para las personas que se preocupaban por la Nación.

Siempre me moví en el campo del Derecho público, allí uno se mueve en el campo del Derecho constitucional, del Administrativo, de la Teoría del estado. Y yo me centré en el Derecho constitucional y en el de la Teoría del estado, no estoy tan próximo, como mis compañeros, al Derecho administrativo.

¿Por qué me parecía tan importante este campo? Porque creo que hace referencia a las reflexiones acerca del orden en su sentido más profundo, es decir, el orden de la sociedad, del orden que constituye un reto para Colombia hoy: hacia dónde va el país, qué normas jurídicas, por ejemplo, debemos o no debemos obedecer, cuáles son las exigencias más importantes de un orden social, cómo podemos crecer como comunidad académica, pero, además, como sociedad. Todo eso hace parte de la esencia de ese tipo de derecho. La importancia de los derechos, la importancia de las instituciones, eso a mí siempre me apasionó. Y en eso he estado trabajando siempre. Obviamente, con el cambio en 1991, con la Constitución, este derecho se hizo más próximo al ciudadano. En los distintos sentidos, incluso en lo que uno podría llamar el sentido dramático de que el ciudadano se da cuenta de las dificultades que enfrenta su vida cotidiana, que enfrenta el país, todo esto.

Entonces, tanto la reflexión del Derecho público, como la enseñanza del mismo, se convirtieron para mí en un asunto crucial, algo que tenía que ver con mi vida cotidiana. Nunca me asumí propiamente como una persona que se preocupa por este campo del saber solo como docente, sino que siempre tuve la convicción de que este era lo más íntimo de mi vida, lo más cercano. Cuando oigo decir que la política no le interesa a alguien, yo me pregunto: “¿Cómo puede no interesarte la política si es la esencia de nuestras vidas? Nosotros somos políticos”. Y entre la política y este segmento del Derecho, y todo el derecho, la proximidad es total. Pero, en particular, el Derecho estatal, la política y el Derecho constitucional, están absolutamente ligados, entonces, mi interés pasaba por ahí, y claro, en tanto era una reflexión que emerge del fondo de las preguntas más profundas que yo tengo, esa pregunta por el Derecho público, los primeros años de mi formación académica, hacia el final de mi carrera de pregrado, y el tiempo que pasé con mis amigos discutiendo sobre esto, me condujeron a una postura que era en cierto sentido socrática. Es decir, una reflexión conversada a propósito de las preguntas fundantes del Derecho y la Política. Y en esas conversaciones pasaron años, yo con estos amigos tuve infinidad de reuniones que siempre giraron

alrededor de esos cuestionamientos centrales y claro, después no quedaba más remedio sino, con la convocatoria de la Universidad de Antioquia, ya como profesor, tratar de compartir eso con los estudiantes, de compartirlo con el resto de compañeros allí en la universidad y luego aquí en EAFIT; intentar producir una reflexión pertinente y fresca también para esta sociedad, y... en eso estoy, no he salido de ahí.

Y en cuanto al montaje de los primeros cursos, fueron para mí un reto muy importante porque yo estaba recién egresado, pero quería apostar por lo que señalé anteriormente, por una reflexión fresca, distinta, por una nueva manera de ver el Derecho constitucional, y, por tanto, era necesario cambiar también el orden de los autores a los que estábamos acostumbrados y que frecuentábamos. Empezar a pensar en otras personas que nos ayudaran a reflexionar el asunto; el reto para mí más importante siempre fue en este sentido: ¿cómo pensar el Derecho público?, ¿cómo ponerme en el lugar del ciudadano, en el lugar del estudiante, del investigador que apenas iba a empezar a ser?

Luego están los retos normales, unos retos tan obvios como, ¿cuál es la bibliografía? Yo creo que ahí hay un trabajo enorme para un docente, ¿en qué autores va a anclar su lección? Y eso implicaba, en el caso mío, mis lecturas de varios años atrás; se trataba no tanto de a quiénes incluir sino a quién excluir de esa bibliografía, pero, en esa reflexión colectiva que es la que nos nutre al iniciar en la Universidad, en ese grupo muy interesante que configuramos con otros profesores del Derecho público y del Derecho constitucional, tomamos la determinación de qué autores, qué tipos de autores dejar en un segundo plano y a cuáles situar en el centro para construir un nuevo tipo de academia. Estos últimos siguen haciendo parte de nuestro *core* bibliográfico aquí en EAFIT.

LOGROS Y DIFICULTADES

Los profesores nuevos tenemos varios retos muy importantes y que se nos vuelven a veces unas dificultades insalvables, y pasa el tiempo y no las logramos superar. Yo creo que un asunto muy importante es cómo resolver la vastedad.

En el mundo contemporáneo, las corrientes teóricas, el material bibliográfico, los episodios que acompañan la vida cotidiana, que retan tu academia, son numerosísimos y también ese asunto de saber a qué campo le vas a apostar, qué vas a seleccionar, qué fenómeno político, cultural es el que le va a dar sentido a toda tu apuesta académica, a todo tu saber. La vastedad es un asunto central.

Otro asunto muy importante es la relación con el estudiante, es un aspecto decisivo. Para mí, debo admitirlo, no fue un problema muy crítico, porque yo ya tenía una proximidad en relación con esa manera de aprender, si se quiere conversando, cuestionando, cuestionándome sobre todo a mí mismo. Yo no tenía problema de asuntos como, qué vergüenza que los estudiantes sepan que no sé tanto, o qué incomodidad que descubran que mi profundidad en el conocimiento es relativamente corta, porque yo tenía la sensación de que esa iba a ser una especie de construcción colectiva, una aventura que íbamos a vivir todos juntos y que yo tenía un montón de preguntas para formularme en aquel entonces y formularme hoy. Algunas se han decantado, se han pulido, se han reorganizado, pero yo mantengo mis cuestionamientos casi intactos, con más respuestas, sí, con respuestas que han venido además de los estudiantes; eso para mí es esencial. Abrir un cuaderno y tomar notas acerca de lo que ellos me ayudan a descubrir en las clases siempre fue muy importante. Pero pasa por ahí, esas son dos cosas son muy significativas para mí.

Lo otro es la relación con los otros docentes, que en mi caso particular aquí en EAFIT, no solo iban a ser compañeros de trabajo, sino colegas que estaban bajo mi coordinación. Siempre fue muy fácil, realmente. Mis compañeros de trabajo son maravillosos, siempre dan ideas excelentes acerca de cómo deben mejorar los proyectos en los que trabajamos en esta área de Derecho Público.

Pienso que ahí estaban los grandes retos míos, y nunca tuve la duda de si mi vida era la academia. Después de pasados unos pocos años en la Universidad de Antioquia y algunos meses aquí en la Universidad, ya tenía muy claro qué era lo que a mí me llamaba la atención. Con toda la versatilidad que permite la vida académica, es decir, o investigar, o administrar, o ser docente, o todas esas cosas digamos combinadas, tenía claro que quería ser docente y hoy estoy emocionadísimo de serlo.

METODOLOGÍA

Primero, es importante dejar claro que los docentes, y particularmente los de la Escuela de Derecho, somos bastantes catedráticos. Es decir, para nosotros una clase consiste en transmitir conocimiento a un colectivo de estudiantes. Ya en aquel entonces éramos conscientes de un aspecto que para el mundo del derecho es obvio, y estoy seguro de que también para el mundo del conocimiento, y es que la vastedad temática es imposible de agotar en una clase. Voy a abrir un paréntesis para explicar un asunto muy importante que atañe a nuestra disciplina, aunque sé que no es privativo de esta,

un tipo de preocupación que traíamos desde la Universidad de Antioquia, era por la vastedad que implicaba lo jurídico, lo normativo, es decir, frente al montón gigantesco de normas jurídicas y de la imposibilidad de enseñarlas todas (que era una pretensión de finales del siglo XIX y principios del XX) pero ya hacia los años setenta y ochenta del siglo XX se sabía que era imposible abarcarlo todo. De ahí surgieron dos tendencias en la enseñanza del derecho, que a nosotros nos atravesaban: la tendencia de si el derecho debiera centrarse en enseñar teorías, o ante la gran cantidad de material del ordenamiento, ante la imposibilidad de enseñarlo todo, la segunda opción consistía en enseñar principios. Principios que permitieran entender el funcionamiento global del ordenamiento jurídico. Yo creo que ambas perspectivas son compatibles y muy valiosas. Pues bien, cuando yo llegué a EAFIT, traía en la cabeza ese dilema, pero también la intención de acoplar esas dos perspectivas en la Universidad, es decir, van a ser tan importantes las teorías acerca del derecho público como los principios jurídicos que rigen esa orientación, esto simplemente con la intención de que un estudiante no se pierda en el mar gigantesco de normas jurídicas, sino que sus esquemas básicos de orientación estén determinados por esas dos formas de explicar y de entender el derecho.

En el área de Derecho Público tratamos de construirlo así y mantenemos una perspectiva hasta el día de hoy en ese sentido. Claro que este esquema de orientación nuestro al inicio tuvo cuestionamientos, hubo asuntos que no nos funcionaban del todo bien, en los que de todas maneras nos quedamos cortos.

En relación con el estudiante, este asunto de enseñar desde las teorías, desde los principios, resulta siempre cuestionado, no solo por el estudiante, sino por nosotros mismos, por el efecto de conocimiento que producimos. Porque ni las teorías ni los principios en sí mismos producen una cosa que yo creo es esencial en el aprendizaje: la pasión. Producir en los estudiantes deseo de estudiar por sí mismos aquello que ya no está bajo el control de la cátedra, del aula de clase, ni de la nota, que tenía una expresión más sancionatoria. Entonces, más allá de las perspectivas a través de las cuales debiera enseñarse el derecho en el sentido de este como conocimiento, nosotros nos empezamos a enfrentar a una cosa que es hoy en día condicionante en la manera de enseñar en el mundo contemporáneo, pero también un gran apoyo: la vastedad del ordenamiento jurídico, la vastedad de las teorías del derecho, de los principios acerca del derecho. Por lo tanto, el asunto para nosotros pasaba por –y esto es una discusión de finales de los años 2000 a 2010–, indagar si el profesor seguía siendo relevante para un estudiante y en qué sentido es relevante. Y en nuestro caso particular, empezamos a proponernos que los distintos campos de enseñanza y de construcción

del conocimiento, quiero decir, la docencia, la administración, la extensión y la investigación, hablando en términos muy generales, debieran inducir al estudiante la pasión por el conocimiento! Que el estudiante fuera portador de una reflexión académica propia, se sintiera movido por lo que la cátedra apenas le insinuaba, se sintiera impelido a pensar autónomamente. Esto coincidió con que, en aquel entonces, en los años 2005-2006 empezó a aparecer en el área nuestra toda esta reflexión acerca de la autonomía estudiantil, del aprendizaje de esto que nosotros sabíamos.

Todo esto fue muy importante para cambiar la lógica de la enseñanza. Lo central en adelante para nosotros era, si el aula de clase tenía un esquema catedrático ese esquema tenía que ser portador para el estudiante de unas indagaciones propias. Entonces, empezó a aparecer una manera completamente distinta de pensar la relación estudiante-profesor.

El estudiante no estaba ahí para ser relleno de conocimiento, sino que era una persona que ya traía unos perfiles, una forma de ver el mundo, incluso asuntos que para nosotros eran muy claros, a pesar de que aquí no hay entrevistas o examen para ingresar, pero que en las primeras conversaciones con ellos y en lo que hablábamos los profesores acerca de ellos aparecían, unos perfiles muy claros en los muchachos.



Entonces, en mi caso particular, se volvió muy interesante cómo acoplar la clase a los estudiantes aun si era una clase tipo cátedra y esto se podía suscitar muy fácilmente, más allá de otras metodologías de enseñanza. Pero el asunto es: ¿usted es portador de qué preguntas? ¿De qué pasiones? ¿De qué intereses? ¿A usted la vida de qué manera lo ha moldeado, lo ha golpeado? Y a partir de esas experiencias, que son siempre personales, instalar la preocupación por lo que en mis cursos creía yo era relevante para ellos (el Derecho público tiene mucho que ver con el drama de lo humano, con el drama del ciudadano, con la vida dura de construir una nación, un estado, un país, una forma de orden). Y rápidamente resultaban conectadas las pasiones de unos y otros, de los estudiantes y los profesores, en mi caso particular, mis intereses académicos, es decir, yo notaba que los estudiantes y yo sí compartíamos una preocupación que estaba asociada a que había una misma ciudad, unos mismos problemas de país y sobre aquello yo podía guiar, podía dar respuestas o hacer emerger nuevas preguntas en el estudiante.

TECNOLOGÍA EN CLASE

Durante los primeros años como docente en la Universidad, algunos de mis compañeros de trabajo libraron una batalla que me pareció bastante perdida contra el uso del celular en clase. Yo me distancié de eso por varias razones: primero, porque mi carácter tiende más a la empatía con el estudiante, la simpatía, en relación con sus ideas que a una actitud docente policíaca, de reprobación, de rechazo, yo creo que hay que entender –y en aquel entonces era una cosa muy problemática– que los estudiantes pertenecen a toda esta época digital, de las redes.

Entonces, mi primera actitud cuando reflexioné a propósito del uso del celular en las clases fue: no impedirlo, no rechazarlo, para no empezar a generar rupturas con los estudiantes, cortes, todo esto de una clase basada en el no, en el rechazo, en la negación de lo que el alumno es. Y eso me sirvió, por ejemplo, para usar el celular de ellos como herramienta de clase, eso sucedió hace un montón de años. Pero en aquel tiempo aproximó a los estudiantes a la clase, a mi mundo, a mis preguntas, y yo al mundo de ellos. Posteriormente, aparecieron, con mucha fuerza, las redes sociales y también las utilicé. A lo que me refiero en ambos casos es a que para los alumnos en aquel momento un uso muy básico consistía en: “¿Por qué no buscas esto en tu celular que lo necesitamos para la clase?”, “¿qué nos dicen las redes sociales del episodio que ocurrió

esta mañana?”, “¿qué nos dicen en Twitter?, ¿qué nos dicen... bueno, en cualquiera de ellas, a propósito de lo que comentó –yo que sé– el candidato, o tal actor político?, o, ¿qué se dice en relación con tal norma jurídica?”. Y claro, los estudiantes tenían la sensación de que entonces no había grandes infracciones alrededor de un celular en el interior de una clase.

Adicionalmente, siempre les dije: “Yo no veo realmente problema en que, por momentos, se conecten con el celular en la clase”. Pienso que la cátedra resiste al celular y más bien lo puede considerar un aliado. Era una manera de plantear esta combinación que hay entre la dificultad de lograr la atención de los estudiantes, con la competencia que existe alrededor de esos instrumentos del mundo contemporáneo.

Mi experiencia fue bastante exitosa, es decir, la sensación que yo tengo es que los estudiantes en mis aulas poco utilizan el celular de una manera remota al curso, por el contrario, se vuelven aliados, y me han sacado de muchos problemas sobre actualizaciones de asuntos que yo decía mal, que no tenía claros, de afirmaciones jurídicas que no eran del todo correctas y ahí hay una cosa muy interesante, yo tenía la sensación de que los estudiantes las leían, no como una corrección, sino como un aporte a la clase; a veces en el mundo del derecho decías: “El decreto tal” y el estudiante decía “No, tal vez no es ese, sino tal otro” o “No es tal autor, sino este otro”, pero yo sentía que no me estaba reprochando sino que estaba ayudando a construir la clase. Recuerdo, por ejemplo, hace dos sesiones dije en el aula: “Me parecen un poco tristes los grafitis que se hacen en Medellín; miremos los de Banksy”. Yo quería mostrarles este autor anónimo importante de grafitis en el mundo entero con unos mensajes maravillosos, siempre pensando en que los alumnos contemporáneos son más visuales que nosotros (esto es un lugar común, porque nosotros también somos muy visuales), pero para estos muchachos su mundo es el celular, es Netflix, las redes, etcétera. Pensé que Banksy explicaba para ellos más claramente un montón de asuntos que yo había tratado de expresar hace mucho tiempo y que eran más claros para ellos mediante ese lenguaje que manejan tan bien. Aclaro una cosa, en la clase yo llevaba una serie de imágenes de Banksy para mostrar, pero por alguna dificultad que se presentó, no las podía proyectar, no pasaban de mi memoria USB. ¡Ahí fueron importantes los celulares de los muchachos! ¡Todos pudieron ver a Banksy en ese momento! De lo contrario, no habríamos podido verlo, pero gracias a que ellos tenían celulares, todos empezaron a mirar. Yo les daba los rasgos generales de estos grafitis y les decía: “Más allá de una tendencia a la ruptura que uno puede tener como persona, a mí a veces hay unos grafitis que me molestan y me digo que no se justificó haber ensuciado ese muro pero, si ves a Banksy,

el mundo conserva sus imágenes”. Los muchachos miraban esto y decían, realmente es que tienen una profundidad maravillosa. Estoy poniendo solo el ejemplo de Banksy, pero puede suceder en mil situaciones diferentes, yo los he puesto a ver obras de arte, pinturas, esculturas, en fin... todo tipo de asuntos, y a los muchachos eso se les queda grabado más que cualquier cosa.

De la mano de esto, después me aproximé un poco al Centro para la Excelencia en el Aprendizaje (EXA), y un poco a la Biblioteca. Y allí encontré, obviamente, instrumentos muy interesantes para capturar la atención del estudiante, para que se abriera un mundo para él mismo sin necesidad de hacer registro acerca de su lealtad, la sola pasión mostraba en clase que para ellos este tipo de cosas podían ser importantes. Entonces ahí utilicé en las clases herramientas muy distintas, las posibilidades mediáticas que tiene la Universidad, porque todo el instrumental tecnológico que tiene es muy valioso. He visto con los estudiantes algunos videos que son muy ilustrativos para sus elaboraciones. Y ahora que construyeron estas aulas que permiten escribir alrededor de todo el salón, además con estas sillas que permiten girarse, creo que los alumnos tienen unas clases más dinámicas.

Al mismo tiempo, yo me he ido transformando; me miro hacia atrás y digo “La clase magistral es valiosa”, sigo defendiéndola, pero creo que todo el tema de ayudas audiovisuales, de nuevas formas de enseñanza, de considerar que el estudiante es central en la construcción del conocimiento, me ha ayudado a ser un profesor más elástico, más versátil, y a entender que los muchachos comprendían mucho mejor de lo que yo creía, porque realmente están rodeados de muchos más docentes que uno: vas y ves un documental, vas y ves una película, haces un ejercicio, buscas información en la biblioteca a través de las posibilidades inmensas que tiene y uno piensa: “Yo no estoy yo solo con el estudiante, hay un montón de gente acompañándolos”. Antes nunca reconocía a esas personas, por eso, creo que ahí hay una experiencia por reconocer y por construir.

PRINCIPIOS PEDAGÓGICOS

Para mí, el más importante, aquello que diría es mi esencia, que cuando le fallo a eso me siento mal conmigo mismo, es reevaluarme. Volver a pensar lo pensado. Michel Foucault diría: “hacer temblar el suelo sobre el cual están establecidas mis más profundas convicciones”.

Uno de estos maestros que mencioné, Julio González, tenía en su computador unas palabras que volvían y me alentaban esta sensación a propósito de cómo construir el conocimiento y de cómo construirte a ti mismo. Julio decía algo así como: “Una convicción es importante solo si la puedes reevaluar”. Pienso que esa es la academia, la posibilidad de reevaluarse a sí mismo. La absoluta seguridad no puede ser académica, eso tiene que ser –qué se yo– un valor en otros campos, pero no en el académico. ¿A qué voy con esto? Yo como docente estoy por construirme, es decir, yo todos los días digo: “¿Fallé en las clases?”, “¿Qué mensaje envié con mi postura física o con mi rostro negativo alrededor de un episodio, una situación, de un estudiante?”. Y siempre me siento a pensar cómo podría hacerlo mejor... ¡Y hablo con mis compañeros! Yo tengo compañeros en la Universidad, no solo en Derecho, sino en el resto del campus, que admiro profundamente, e intento siempre copiarlos; tratar de agregar en mí las cosas que creo hacen ellos muy valiosas. Entonces, ese para mí es un principio fundamental.

El otro principio fundamental de mi pedagogía es que si el estudiante es portador de una pasión profunda y de un interés profundo, puede aprender solo. Si eso no se logra producir, la enseñanza es muy vacua, muy vana. Nos reemplaza un libro, o cualquier interés adicional del estudiante empieza a aparecer, por ejemplo, un interés por el celular, o cualquier otro distinto. Solo si nosotros logramos conectar al alumno con ese tipo de pasiones, la academia tiene sentido. La pasión por el conocimiento, el reevaluarse a sí mismo, son esenciales. Con esto quiero señalar que el estudiante es importante en todos esos campos y no solo en la relación docente, es decir, en el alumno de doctorado también se debe despertar mucha pasión, mucho interés, debemos valorar profundamente lo que hace. Lo mismo en la academia, lo mismo en la administración con los compañeros, y con esto quiero enfatizar, la Universidad no es solo la relación estudiante-docente, no solo es la relación socrática si se quiere... o académica, planteada de esa manera, no. Lo que yo he aprendido con mis compañeros en el área, conversando con ellos, sin discípulos formalmente hablando; lo que he aprendido en la investigación casi que conmigo mismo, es invaluable.

Sobre la importancia del estudiante, pienso que es muy importante, es el centro de la academia, la razón de ser de la academia, pero el docente también es un estudiante el resto de la vida, de los aspectos centrales de la docencia, y en ese sentido, nosotros tenemos que entender que la Universidad no se agota en el alumno como lo entendemos fundamentalmente. Es decir, va más allá; el resto de personas que configuran la Universidad son de una valía tremenda y a veces nos quedamos solo en la relación estudiante-profesor.



SER DOCENTE

Ser profesor para mí constituye una alegría inmensa porque puedo construir colectivamente el conocimiento; eso es a lo que más le he apuntado yo.

A veces olvidamos que el conocimiento no es solitario, es colectivo, es por esencia grupal. Yo tengo la sensación a veces de que las academias de historia o los libros biográficos ponen el énfasis en algo que, pienso, es relativamente equivocado, acerca de la importancia del autor como centro de la biografía; en una institución, por definición, las construcciones son colectivas; hemos fallado en resaltar mucho a los individuos, hay que resaltar más un conocimiento colectivo (y creo que eso es parte de cómo históricamente se ha edificado el conocimiento y de la importancia del saber contemporáneo). Y no hablo solamente de grupos de investigación, no, me refiero a que la academia en sí misma crea un entorno en el que ciertos valores que tienes, de los que eres portador, se ven impulsados con más fuerza por ese grupo de compañeros que tenemos. Lo que yo he aprendido de mis estudiantes, que ahora son profesores conmigo (probablemente algún día lleguen a ser además mis profesores en un sentido más formal) es infinito, es decir, tengo unos ocho o diez compañeros muy cercanos que fueron estudiantes aquí o en la Universidad de Antioquia en su momento, ¡lo que yo he aprendido con ellos! La calidad de docentes que son, ¡es que me superan claramente!

Entonces, en ese sentido, creo que todas las universidades, pero en particular EAFIT, debieran impulsar con mucha fuerza la edificación colectiva del conocimiento, no rendirle tanto culto al individuo.

MAESTROS INOLVIDABLES

Carlos Gaviria Díaz y Julio González Zapata fueron dos de mis grandes maestros en la Universidad de Antioquia y también Tulio Elí Chinchilla, un reconocido constitucionalista.

En EAFIT he encontrado gente que me ha llenado profundamente en un sentido académico, Mauricio Vélez Upegui, por ejemplo, en particular...

Acabo de recordar en la Universidad de Antioquia a un compañero mío con quien ahora ofrezco algunas clases en distintos lugares, William Fredy Pérez Toro. William es un académico de tiempo completo, es decir, nunca está dejando de pensar algo nuevo. Y eso a mí me ha inspirado siempre; no es que haya un espacio para la lectura y para la reflexión y otro no, es que todos son espacios de un cuestionamiento profundo y permanente.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

En primer lugar, trato de no engañarme a mí mismo, para mí eso es esencial, es algo como esto: no tengo el conocimiento; no me quedó esto bien hecho; el resultado de la investigación no me satisfizo, no armemos alrededor de esto ninguna máscara, no construyamos ninguna mentira. La academia en Derecho tiende también a ser fallida, a encontrar rutas perdidas, a encontrar sin salidas. Son bloqueos del conocimiento. Pero vuelvo a arrancar, comparto con los compañeros esa experiencia, no voy a decir que es una experiencia perdida, pero digamos que es un camino, una ruta que convendría no seguir de nuevo. Eso aporta mucho, para mí es un principio muy importante.

Estoy convencido de que esos momentos de infracción al orden institucional, al orden moral o de los deberes éticos de un profesor o de un estudiante, son momentos pedagógicos, es decir, son instancias de un aprendizaje muy profundo. Todos tenemos derecho a fallar en algún momento, seguramente yo me engañé a mí mismo, engañé a alguien en la academia. Pero lo más importante de eso es sentarse a pensar si valió la

pena hacerlo, si tuvo sentido, si no era más fácil reconocer que no era para tanto, que no era tan valioso lo que se había hecho, eso lo podíamos reconstruir y a esto es a lo que voy con las instancias pedagógicas. Si no era más valioso en el caso de las infracciones, por ejemplo, que alguien haya tenido conmigo, un estudiante o alguna otra persona, debería aprovechar eso como un momento de construcción del ser humano y no de solo del conocimiento. Es decir, seguramente a mí me han hecho trampa y yo no la he interpretado como trampa, yo me he sentado quizá con el estudiante a decirle: “Ten mucho cuidado con esto”. Hay muchos instrumentos para detectar ese tipo de cosas, pero eso no es lo relevante, lo relevante no es si te van a detectar, lo relevante es que no tiene sentido que esto emerja en la construcción colectiva del conocimiento. Hay otras maneras de plantearlo: “No tuve tiempo, me dio pereza, no alcancé, necesitaba elevar mis resultados porque unos resultados bajos me sacan de la Universidad”, pero habríamos construido una relación distinta o ¿podemos construir una relación distinta!

Entonces esta idea que tengo yo del acto pedagógico a mí me parece muy importante porque es la forma de entender que la academia no tiene que producir resultados a como dé lugar. Es decir, esto de presentar investigaciones infladas o de copiar los resultados investigativos de alguien, o en fin, ese tipo de asuntos, que están más presentes en la docencia, que son escándalos cotidianos en el mundo, en Colombia, o particularmente el estudiante que hace trampa, yo creo que la academia debe cuestionarse en profundidad lo que pasa allí. Siempre he estado convencido de que estas situaciones, sobre todo en el caso del estudiante y diría también del profesor, no deben dar lugar a la expulsión de la comunidad académica, pero sí creo que deben propiciar una reflexión muy profunda de por qué hay una academia o por qué un académico o un estudiante trata de producir resultados a como dé lugar. Yo creo que ahí es donde debemos anclarnos. Ahí es donde ustedes están haciendo un trabajo muy valioso. Ese es el punto nodal de la academia contemporánea.

No es posible hacer una distinción entre el conocimiento como una suma de datos, en cierto sentido, intrascendentes, y una formación del ser. El conocimiento que la Universidad ofrece, el que ofrece para la escuela de Derecho es profundamente formativo y no se queda solo en los datos, es decir, es imposible mantener una conexión entre una cosa y otra en tanto nuestro conocimiento, el conocimiento global, el de las humanidades, el del derecho, el de las técnicas es un conocimiento que tiene que ver con la vida cotidiana, con lo más profundo de los aspectos centrales de formación del ser humano.

Entonces, desde luego, tiene un sentido formar personas, formar seres humanos que tengan unos valores que son altamente apreciados en el mundo contemporáneo, y

diría, en las democracias constitucionales, en la formación de mejores ciudadanos, de mejores personas. Y pienso que una comunidad académica que le apueste a la integridad institucional, crea un entorno, un orden, una relación cotidiana en donde las personas comparten un sentido más ético de lo que es la vida en comunidad, la vida política y, aquí particularmente, la vida académica. Tengo la convicción de que un profesor que para los estudiantes sea un referente ético y un referente académico respetable, es un profesor que llamaría a una mayor integridad del estudiante en el sentido de no jugársela, por ejemplo, por las trampas. Un entorno en el sentido inverso (no el de EAFIT) un entorno en donde la trampa se popularice, se generalice, se haga cotidiana, es un lugar en donde cuesta más a un estudiante íntegro o a un profesor íntegro resistirse a eso o no hacer parte de algún grupo que esté dispuesto a hacer algo de esa naturaleza.

En la Universidad yo tengo la sensación de que la difusión de la integridad, la difusión de un comportamiento ético, el interés de la Institución y nosotros como docentes y los estudiantes como tales de construir una academia más transparente, más comprometida ayuda a que las personas tomen el camino difícil de la construcción colectiva del conocimiento y no de la apuesta del camino corto del engaño, o la estafa académica.

ARTE Y DOCENCIA

Hay una relación entre arte e interés académico. A mí la academia me enamoró a tal punto que me llevó a suspender mi entrega total al arte. Eso es muy importante porque yo sigo conectado con la creación; me gusta pintar y sigo pintando, espaciadamente, pero los artistas saben que es imposible desarrollarlo de esa manera. El arte requiere de una dedicación de veinticuatro horas al día, todo el tiempo y toda la vida. Entonces quiero explicar cómo ocurre de esta manera en mi vida personal. Y es que la academia me produce, insisto, pasión, a mí me encanta ver a los estudiantes todo el tiempo, estar en la Universidad o sea ¡yo adoro absolutamente mi trabajo! Me encanta. Yo todos los días vengo feliz a la Universidad, estoy pensando académicamente todo el tiempo. Hay ahí dos amores que son muy importantes, he tratado de compatibilizarlos en la vida cotidiana; algunas de mis obras de arte reflejan reflexiones académicas y espacios académicos. Pero la parte académica me llamó la atención de tal modo que nunca, nunca me ha dolido en estos dieciocho años en EAFIT que el arte tenga un poco

menos de tiempo del que tiene la academia; tengo la sensación de que por ambas vías me construyo como ser humano de una manera muy satisfactoria. El arte tiene unos componentes dramáticos de cuestionamiento profundo muy fuertes, la academia también; las preguntas que yo tengo no son preguntas superficiales, no son preguntas de las que yo salga rápidamente. Entonces, yo creo que son dos cosas muy conectadas, incluso hoy en día me atrevería a pensar que estoy tratando de hacer de mi vida una obra de arte en la academia. Y es en cierto sentido lo que he logrado, y eso explica que no me genere angustia no estar pintando todo el tiempo.

PROYECCIONES Y LOGROS

He logrado construir mi vida académica tratando de valorar muy bien a los demás compañeros y a los estudiantes. Eso ha sido muy importante. Lo que le he escuchado a mis compañeros, por ejemplo, en algunos momentos, es que mi actitud frente a ellos, frente al proyecto, frente a lo que queremos construir ha sido siempre positiva; intento sacar lo mejor del momento, de todos. Cuando me he sentido derrotado en algún momento, siempre he pensado que es una falla mía, que no he visto el tesoro que ahí hay para poder construir. Para mí es esencial sentir un amor absoluto por la academia y participar con muy buen ánimo en esas construcciones colectivas, ver cómo los compañeros se suman a un proyecto o yo me sumo a uno de ellos, cada vez ayudar más a que la Universidad sea mejor, y la vida de los estudiantes sea más placentera.

ESTUDIANTES QUE DEJAN HUELLA

A lo largo de mi historia docente hubo muchos estudiantes especiales. Tuve la fortuna de que algunos de ellos fueran auxiliares míos como Clara Mira, por ejemplo, Juanita Durán, Carolina Ariza, ¡Nataly Montoya!, ella es una estudiante maravillosa, Alejandro Gómez..., y muchísimos más. En la Universidad de Antioquia, Gloria Gallego, Juan Carlos Álvarez, Norma Nieto, entre muchos otros, son estudiantes que yo digo pues evidentemente que me superaron, pero con amplitud, son referentes para mí muy importantes de lo que yo fui como profesor.

Testimonios para Mario Alberto Montoya Brand Docente que inspira de Derecho

Alejandra Pasqualotto Jiménez, estudiante del pregrado en Derecho:

Mario es un docente que inspira porque se le nota que ama lo que hace, porque está dedicado al cien y porque logra transmitirlo a los estudiantes y, me atrevo a decir, que a los que incluso no lo son. Mario me ha enseñado a ir más allá de lo que a simple vista se ve, a indagar, buscar, resolver, tener dudas y creo que eso es fundamental en un profesor.

Profe, muchísimas gracias por ser el maestro que eres, el ciudadano que eres, el hombre que eres. Definitivamente, sí eres el profesor que más inspira y siempre te he admirado y respetado un montón.

Ana Catalina Arango Restrepo, profesora de cátedra, Escuela de Derecho:

Mario es un docente que inspira porque es capaz de generar curiosidad en los estudiantes, de motivarlos y llevarlos a plantearse problemas. Creo también que su faceta como investigador puede ayudar a los alumnos a entender que no son solo los problemas que se plantean en el curso, ahí no se agotan, sino que siguen una cantidad de problemas detrás y creo que esa faceta de él como investigador, ir más allá, puede motivar también mucho a los alumnos.

La enseñanza más importante que Mario me ha dejado es que, a pesar de su larga trayectoria como docente, siempre está preocupado por replantearse cuál es su verdadera función como profesor. Entonces, Mario siempre está pensando en cómo evaluar a los alumnos, qué metodologías se deben implementar, cuáles son las competencias que los profesores debemos preocuparnos por desarrollar en ellos, cuál es el tipo de abogado que quiere formar la Universidad. Es esa búsqueda constante de Mario por mejorar y por superarse a sí mismo, lo que más me ha enseñado de él. Que el proceso como profesor nunca está agotado, no es una función concluida, sino que se va construyendo todo el tiempo y que estamos en un proceso constante de aprendizaje.

Quisiera agradecerle a Mario el haberme abierto las puertas de la Universidad, esta ha sido mi primera experiencia como docente y ha sido un proceso muy enriquecedor. Quisiera felicitarlo por este reconocimiento que se le hace como Docente que inspira y animarlo a que siga en ese proceso de búsqueda constante para desarrollar su faceta, no solo como profesor, sino también como investigador. Porque creo que un docente que inspira no solo cumple una tarea muy importante en el fortalecimiento de la academia, sino que también es un aporte grande para la sociedad.

“Solo vive su vida el que la observa, la piensa,
y la dice; a los demás su vida los vive”.

Nicolás Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito*.



José David Posada Botero

Docente de la Escuela de Derecho

18 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Es abogado y especialista en Derecho Procesal de la Universidad Pontificia Bolivariana y obtuvo su maestría en Derecho en la Universidad EAFIT. Docente del área de Derecho Procesal, específicamente en los cursos Teoría General de la Prueba y el módulo de Procesal Civil. Hasta el 2019 fue asesor de prácticas profesionales para la Escuela de Derecho.

INGRESO A EAFIT

Yo llegué a la Universidad por allá en el año 2002, cuando estaba surgiendo la Escuela de Derecho, todavía no había egresados. Los primeros estudiantes iban alrededor del 6º, 7º semestre. Yo en esa época estaba estudiando en la Universidad la primera especialización que se ofreció, en Responsabilidad Civil y Seguros. Cuando salíamos a descanso, compartía con los profesores de la Escuela, mientras conversaba con ellos, supe que a medida que los muchachos iban avanzando al siguiente semestre, se iban consiguiendo los profesores para esas materias.

En ese momento, se iba a abrir el curso de Teoría General de la Prueba, y uno de los profesores del área de Procesal, me dijo: “José, ¿no te interesa acompañarnos aquí como profe?”. A mí siempre me había llamado la atención el hecho de ser profesor, me gustaba, no se me había dado la oportunidad, pero era uno de esos proyectos que tenía en la vida, y cuando él me hizo la propuesta, acepté, yo no pensé mucho las cosas, sino que dije: “¡Qué rico!, se me está presentando esta oportunidad”.

Cuando llegué a la Universidad me ocupé de múltiples actividades: era profesor del área de Procesal y también asesor de prácticas profesionales. Todavía no había salido ningún estudiante a prácticas profesionales de Derecho, entonces ese primer semestre yo era profesor del curso de Pruebas y en el otro

tiempo salía a recorrerme toda la ciudad, a tocar las puertas de las organizaciones: “Vamos a ubicar a los estudiantes de Derecho de EAFIT, ¿les interesa tener a un estudiante de Derecho en práctica?”. La pregunta más usual de las personas que visitaba era: “¿Y es que en EAFIT hay Derecho? Y así, poco a poco, se fueron abriendo esas puertas. Entonces me fui incorporando al mundo de la docencia y ya cumplo dieciocho años como profesor, la mayoría de ellos también como asesor de prácticas en la Universidad.

La asesoría de práctica es un ejercicio que tiene dos frentes: acompañar a los muchachos con sus expectativas, que son muy grandes, porque es la primera incursión en el mundo profesional organizacional, donde surgen distintas preguntas: “¿Dónde voy a estar?, ¿dónde quiero estar?”; hay una cantidad de ilusiones y también de angustias y preocupaciones. Acompañar a esos chicos fue algo maravilloso, de hecho, lo hice hasta mediados del 2019, ya terminé esa labor de asesor y me incorporé completamente a la docencia. El segundo frente del trabajo consistía en ubicar y vender el programa de Derecho en la ciudad. EAFIT estaba, en ese momento, muy orientada al tema de la administración y de las ingenierías, pero, poco a poco, fue abriéndose espacio en las humanidades, y era necesario tocar puertas para que la ciudad fuera conociendo que la Universidad ya estaba también en el contexto de las humanidades.

Al principio, fue un poco difícil, pero, dado el éxito, el desempeño, la vocación de estos muchachos, se fue logrando. Al inicio fue complejo, pero íbamos avanzando y los muchachos que hacían la práctica, dejaban el camino abierto y las organizaciones decían: “¡Qué tan rico tener a un estudiante de EAFIT con el acompañamiento de la Universidad!”. Se fue generando un reconocimiento, de tal manera que no solamente en la ciudad sino también en Bogotá, en los espacios de las Altas Cortes, querían tener estudiantes de esta Institución. Y así se fue abriendo el caminito para que todos los estudiantes del programa de Derecho fueran, en la medida de lo posible, ocupando los espacios que para ellos, dentro de su proceso de formación, era llamativo.

Yo no participé en la creación del programa, pero cuando llegué estaba muy fresco todo lo relacionado con el tema de los principios. El programa de Derecho de acá, de la Universidad, tuvo algo muy bonito que todavía se conserva, los muchachos nuestros deben tener una formación básica en todas las teorías del Derecho, que sepan interpretar, conceptualizar y abordar las legislaciones. Nosotros no vamos a tener a unos estudiantes que memoricen códigos y los reciten, sino que tengan un buen criterio, que sepan interpretar las normas, llegar a las personas y eso se reflejó en el momento en que los muchachos iban a ocupar los espacios de práctica.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Es un proceso gradual, que al principio genera angustia. Uno tiene un conocimiento profesional, pero este no alcanza a ser el conocimiento que se requiere para entrar al proceso de formación. Entonces, recuerdo que esos primeros años fueron de estudio permanente, son todavía años de estudio, pero cuando eso yo no tenía fines de semana, los ocupaba preparando la clase y cuando empezaba sesión, en dos segundos se me acababa el discurso. En cambio, ahora uno llega con la clase preparada y no le alcanza el tiempo, los muchachos son yéndose y uno: “Espérense, todavía no se ha terminado”. Pero eso fue un proceso en donde uno, poco a poco, fue generando esa relación con los estudiantes.

De hecho, al principio era difícil llegarles a los chicos, aquí había unos profesores de mucha trayectoria, con un recorrido muy grande en el mundo de la docencia; yo llegué y aprendí a ser profesor en la Universidad. Poco a poco, fui logrando esa cercanía con el estudiante, esa aproximación; fue muy valioso lograr empatía con ellos, uno de los aspectos más importantes en la docencia. Uno no solo es profesor para entregarles el conocimiento, sino que uno es una interacción, uno tiene que ubicarse en el lugar en el que ellos están y en el que todos estuvimos; y cuando se logra esa conexión, se da una empatía maravillosa con los alumnos. Y logra comunicarse y logra llegarles y entender sus preocupaciones.

De hecho, en este semestre, cuando empecé, le pregunté a los estudiantes: “¿A quiénes les gusta procesal?”, que es el área del conocimiento en la que yo estoy en la Escuela. A casi ninguno le gustaba y entonces les pregunté: “Y ¿por qué?”. Me respondieron: “Profe, eso es muy difícil”. Y no solamente difícil, sino que también existe la idea de que es muy aburrida, y yo: “Difícil por qué, vamos a tratar de hacerla amable y agradable, y que sea fácil”. Entonces, en ese proceso de acercamiento al estudiante, me parece fundamental saberles llegar de una manera rica, y que ellos vean que no son cosas complejas, sino que es un área con una aplicación práctica, con una razón de ser y una importancia fundamental en el ejercicio de ellos como abogados.

El procesal no le gusta a todo el mundo, entonces yo les digo: “Así no les guste y no vayan a ejercerlo, tienen que saberlo. Ustedes van a estar en espacios organizacionales y así no sean los abogados para resolver los litigios, van a ser los asesores, van a interactuar con quienes van a resolverlos”. Además, estoy convencido de que el derecho procesal es una herramienta fundamental, porque es la forma pacífica de resolver los conflictos; siempre que hay un conflicto existen polarizaciones manifiestas;

el conflicto no es tranquilo; cuando uno tiene una diferencia con otra persona hay una confrontación, cada uno está defendiendo su interés.

Pero cuando estamos en el ámbito del derecho procesal, lo que hacemos es decir: “A pesar de que tenemos este conflicto, aproximémonos a través del proceso y, de esta manera, encontremos una forma pacífica de resolver esto que nos distancia y que sea un juez quien tome la decisión o que sea un conciliador quien nos acompañe a resolverlo”. Entonces, a mí me parece que, en el contexto de la formación de un abogado, la aproximación que se tiene al derecho procesal, es fundamental.

Trato de ser una persona serena y conciliadora, porque hay pasiones en la vida que le sacan a uno esa faceta oscura, en donde aparece la polarización. Y así uno tenga momentos en los que pierda ese norte, porque todos como seres humanos podemos tener momentos de tranquilidad, pero también momentos de desasosiego, la idea es transmitir que a través del diálogo, de la conversación, de la concertación se pueden lograr efectos mucho más maravillosos que a través de la polarización. Y eso implica saber escuchar al otro; cuando uno sabe escuchar al otro, en ese camino de ser interlocutor, se logran cosas muy positivas. Yo creo que los estudiantes deben saber escuchar al profe como profe y uno también debe saber escuchar al estudiante como estudiante.

El aula de clase es un espacio de doble vía, en donde estás tú conversando con el estudiante en ese proceso de formación; pero, nosotros como profes también estamos conversando con ellos. Y a mí me encanta escucharlos, cuando tengo la oportunidad de sentarme y de preguntarles qué piensan sobre las cosas, cómo están concibiendo el proceso de aprendizaje que se les está dando, las instituciones: si hay comprensión o no. De hecho, en el tema de la comprensión, en cada clase les pregunto: “¿Es claro?, ¿me entendieron? Hagamos aquí el ejercicio, ¿qué han entendido?, cuéntenme”, y si ellos se disculpan diciendo: “Profe, pero es que todavía no hemos estudiado”, les argumento: “Si quedó claro, ya lo tenemos que tener comprendido, ese es el principio de aprendizaje y de conocimiento”. Y eso permite que el muchacho se conecte, que no esté aislado, ni pensando en otras cosas.

En esa construcción de la relación con el estudiante, cuando el muchacho está pensando en otras cosas, y con toda tranquilidad lo manifiesta, la idea es que uno logre atraerlos: “Estemos aquí todos compartiendo y mirando si logramos el propósito común que nos une”.

Se trata del tema de la empatía. Si uno quiere llegarle al otro, tiene que ubicarse en el lugar de él. Ahora, la experiencia durante estos años, es que yo he contado con estudiantes muy respetuosos. El hecho de abrir uno esa dinámica de horizontalidad el muchacho la interpreta positivamente y se abre a una comunicación de respeto y de

interacción permanente y eso permite que el conocimiento fluya, sin duda alguna. Hay algo básico, por ejemplo: yo trato de aprenderme los nombres de todos, a veces lo logro y otras veces no. De hecho, recuerdo a un muchacho que se llamaba Santiago y todo el curso le dije Gabriel, por allá a los días me lo encontré, entonces ya me acordaba que se llamaba Santiago y lo llamé, entonces me respondió: “No profe, para ti yo soy Gabriel, llámame Gabriel que si me llamas Santiago no te voy a entender”.

Es muy importante reconocer al otro en su individualidad y saberse los nombres de ellos es parte fundamental de ese proceso docente. Y se equivoca uno, cuando no me los sé, también les pregunto: “Recuérdame tu nombre que se me olvidó” y ellos se lo recuerdan a uno y ahí se genera una comunicación importante, fluida.

MAESTROS INOLVIDABLES

Mi abuelo materno fue profesor toda la vida, se llamaba José Manuel Botero. Yo no tuve la oportunidad de conocerlo, pero en mi casa siempre estuvo presente su memoria a través de conversaciones de mi mamá, de mi papá, y todavía lo está. Y a mí me marcaba esa idea de: “Mi abuelo fue profesor”, él enseñaba geografía y francés, porque los hermanos cristianos formaban en francés, ese era su idioma. Él trabajaba en el Liceo de la Universidad de Antioquia y toda la vida lo reconocieron como profesor. De hecho, escribió un libro sobre geografía, por ahí en mi casa está guardado, con este muchas personas estudiaron. Y eso me marcó.

Cuando llegó el momento de estudiar en la universidad, el decano de esa época, nos reunió y dijo: “Al alumno que le guste la docencia aquí tendrá las puertas abiertas”. Yo estudié en la Universidad Pontificia Bolivariana, nunca fui profesor allá, pero las puertas se me abrieron en EAFIT y lo disfruté mucho.

Durante mi formación como abogado tuve varios maestros, que recuerdo por allá en primer año: Jorge Parra, Juan Luis Moreno, José Fernando Ramírez y luego, ya cuando iba avanzando, Ignacio Sanín. Él era una persona a la que le teníamos miedo, pero, en el fondo era muy bueno, era su manera de enseñar, obedecía seguramente a los mecanismos de protección que generaban los profesores, sin embargo, todos, poco a poco, me fueron aportando en el proceso de adquirir conocimiento. Además, en la Universidad, en la Escuela de Derecho, todos fuimos empezando desde que era pequeña, y se fue generando una relación de colegaje muy buena entre los profesores. Yo diría que de cada uno de los docentes de la Universidad uno aprende y comparte muchas cosas ricas.



SER PROFESOR

Es una vocación, más que un oficio, un empleo; uno es profesor porque en realidad le gusta serlo y porque lo disfruta día a día. Yo nunca he llegado aburrido a la Universidad durante los dieciocho años que llevo aquí, de pronto con preocupaciones, con afa-nes, atareado, pero, cuando llego, disfruto sentarme en mi oficina, compartir con los estudiantes y en ese compartir con ellos en clase, en las conversaciones, uno termina acompañando a los alumnos en ese proyecto de vida que tienen. Ser docente significa estar cerca de muchas personas en sus planes para el futuro, en una parte inicial de su proyecto de vida, que apenas están empezando a construir.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Un estudiante para mí es un mundo en construcción, y nosotros como docentes los acompañamos, para que, en la medida de lo posible, sea un mejor ser humano y, por lo tanto, de esa manera, ayudamos en el proyecto de construcción de una sociedad que tiene tantas dificultades. Y más en Colombia, donde permanentemente afrontamos una cantidad de conflictos; en nuestra profesión de abogados, que también termina

siendo muy controvertida pero, en donde hay personas muy valiosas y profesionales que ayudan a mitigar esas dificultades del país, de la cotidianidad, de la convivencia humana.

INTEGRIDAD EN EL EJERCICIO DOCENTE

La integridad está presente de forma permanente en cada momento de la cátedra. No es necesario dar elocuentes discursos sobre lo que deben ser el comportamiento, las virtudes y los valores, sino que en la cotidianidad se va incorporando el concepto de la integridad. Acompañar en ese proceso de formación implica dar oportunidades. Porque cuando estamos trabajando tantos seres humanos, con tantas formas de pensar, no solamente de los estudiantes, sino de sus familias, de sus contextos sociales, de sus colegios, aparecen múltiples formas de ver la vida, de concebir la interacción con la sociedad.

Por ello, cuando uno le va dando oportunidades a esos muchachos –que en determinado momento se orientan por una vía equívoca, se separan del deber ser– yo diría que, en su gran mayoría, las acogen y las interiorizan.

PROYECCIONES Y LOGROS

Siento una satisfacción grande de haber podido ser asesor de prácticas. Haberlo sido me permitió comprender las preocupaciones de las personas, sus angustias, sus intereses, su proyección de vida. Me permitió aprender a entender un poco más la condición humana en general y la de los muchachos que están en formación. Si yo no hubiera llegado a este mundo universitario, seguramente estaría como la mayoría de las personas grandes, o de edad, diciendo: “Ay, esta juventud”. En cambio, yo en este mundo universitario digo: “Esta juventud tiene las mismas angustias que nosotros tuvimos y tienen una cantidad de intereses y de ganas de salir adelante y luchan para que las cosas funcionen bien”.

Haber aprendido a ser docente en la Universidad, porque este fue mi espacio de formación, me anima a seguir construyendo ese espacio como profesor, en una interacción más directa con el estudiante durante su proceso de aprendizaje. Y en cuanto al campo de la investigación, quiero escribir y seguir construyendo y acompañando a los estudiantes en su crecimiento.



Testimonios de José David Posada Botero

Docente que Inspira en la Escuela de Derecho

Carlos Julio Arango Benjumea, profesor de la Escuela de Derecho

Hablar de José David Posada es muy fácil, por todas las cualidades que se pueden resaltar de él como persona, como profesor, compañero y colega. Entre ellas están: su capacidad de diálogo, de escucha y la solidaridad. Goza de una muy buena formación jurídica, de muy buena estructura académica. Es un hombre afable, de muy buen sentido del humor y que, como principal característica y en su misión pedagógica, siempre resalta que el centro de las actividades en la Universidad y el centro de sus labores es el estudiante. Es un hombre de una gran generosidad en el conocimiento, comparte con sus colegas, con sus estudiantes, con sus amigos todas sus anécdotas, sus experiencias de vida, todos los resultados de sus estudios. Es una persona íntegra, leal y honesta, es decir, de él se pueden mencionar muchísimas cosas y siempre todas buenas.

Su buen sentido del humor hace que los estudiantes lo acojan, lo busquen, que compartan con él y sobre todo que disfruten mucho de la característica que él resalta, muy personal, de saberse un muy buen montañero, porque siempre comparte con los estudiantes todas las experiencias de las fincas, del campo. Les señala que le cuenten todas las experiencias que ellos han tenido cuando viajan al exterior porque, según sus propias palabras, él a donde más allá ha ido es al pueblo de Titiribí, cosa de la que todos nos reímos, disfrutamos, a sabiendas de que es un hombre que también conoce el mundo. A José David, mil felicitaciones, este es un reconocimiento más que merecido. Queda mucho por hacer, le queda mucho por dar y por ello le deseo muchísimos más éxitos en el futuro.

Melissa Villareal Márquez, estudiante del pregrado en Derecho

De las enseñanzas más valiosas que tengo de José David puede ser su paciencia y su prudencia. Creo que uno en estas edades tiende a ser muy acelerado y a frustrarse mucho si las situaciones no salen como uno quiere, cuando uno quiere.

De José he aprendido a darle tiempo a las cosas, a entender que cada proceso tiene su momento, a no estresarme y a entender que no está mal que las cosas no se den cuando yo lo quiero, cuando yo lo necesito. He aprendido a no tomarme todo tan personal, a entender que está bien que no siempre sale todo como uno quiere, que está bien dejar fluir y aprender de cada proceso.

Y en cuanto a ser prudente, aprendí a tomar un minuto antes de actuar. Pensar y entender cuáles van a ser las consecuencias de lo que voy a hacer y las acciones y situaciones que cada proceso representa.

José, quiero agradecerte por siempre estar, por escucharnos y aconsejarnos con la mejor disposición, por ser tan paciente con nosotros, y también hacerte saber, si ya no lo sabes, que eres muy querido y muy apreciado por los estudiantes y que todas las personas que hemos tenido el placer de conocerte solamente tenemos cosas buenas que decir de ti y solamente tenemos gratas experiencias que nos han acompañado contigo.

“¿Qué es lo que es lo preocupante? ¿En qué se manifiesta en nuestro tiempo, un tiempo que da que pensar? Lo preocupante se muestra en que todavía no pensamos. Todavía no, a pesar de que el estado del mundo da qué pensar cada vez más. Pero este proceso parece exigir más bien que el hombre actúe, en lugar de estar hablando en conferencias y congresos y de estar moviéndose en el mero imaginar lo que debería ser y el modo como debería ser hecho”.

Martin Heidegger, *¿Qué significa pensar?*



Mauricio Andrés Ramírez Gómez

Docente de la Escuela de Economía y Finanzas

26 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Sociólogo y economista de la Universidad de Antioquia. Realizó su maestría en Estudios Políticos con énfasis en Política y Desarrollo en la Universidad Pontificia Bolivariana, y luego, realizó su doctorado en Administración en EAFIT. Coordina los cursos de Teoría Económica e Historia y Pensamiento Económico en el pregrado en Economía.

INGRESO A EAFIT

Entré a la Universidad como profesor de cátedra, hacia mediados del año 1994, ya había tenido una pequeña experiencia como docente en un colegio, que estaba ubicado exactamente al frente, en el Colegio San José de las Vegas donde enseñé algo de economía. Finalicé el pregrado en Economía y Sociología hacia el año 1995. Entonces, cuando inicié aquí como profesor, todavía era un estudiante.

Alberto Jaramillo fue la persona que me abrió la posibilidad, él en ese momento era el jefe de Departamento. De hecho, inicié aquí vinculado con un proyecto de investigación que tenía Alberto en áreas de economía. En esa época apenas empezaba a consolidarse la idea de los grupos de investigación, en Colciencias apenas se estaban creando esas figuras que ahora ya son más comunes.

Empecé con un trabajo investigativo junto con Alberto y otros profesores y al mismo tiempo impartía una cátedra en economía; en esa época, era un departamento de servicios, porque la carrera de Economía inició después, en el 95, y solo entonces fuimos entrando en la esencia misma de la formación del economista. Sin embargo,

ese ejercicio como departamento de servicios ayudó a la formación del posterior pregrado en Economía.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

El antecedente de no tener un reconocimiento formal (un diploma) de la formación al momento de empezar la docencia, aunque yo ya había pasado bastantes años en la universidad formándome en los pregrados, me inquietaba cuando debía enfrentarme al público. Y en esa época estaba muy joven, casi era contemporáneo de los estudiantes, ellos estaban casi en tercero o cuarto semestre de Administración, ya era gente más avanzada. Entonces, a veces el asunto lo sentía muy horizontal, al menos en cuanto a la apariencia física, y eso generaba un temor, indiscutiblemente.

De hecho, recuerdo una anécdota que a veces me repite Alberto, de cuando empecé a dictar los cursos. Llegado el momento de la evaluación docente, él era el jefe en Economía, iba al aula cuando yo llevaba más o menos tres o cuatro semanas, impartiendo clase, y como yo no tenía ninguna experiencia, aparte de esa pequeña práctica en el colegio, estaba muy preocupado y le preguntaba siempre cómo me había ido.

Yo tenía la costumbre de partir el tablero en un tercio y llegaba cinco minutos antes para escribir la bibliografía en la que me iba a apoyar, porque eran cursos en los que había cierta literatura económica. Entonces, Alberto me decía: “No los asustes tanto poniéndolos a leer, porque aquí lo que hay es un programa con un texto guía. Eso de la bibliografía está muy bien, pero ten cuidado porque los tienes preocupados”. Él siempre me recuerda eso, y yo lo hacía por intentar trabajar muy bien. Respondía más a mi estructura como estudiante, no como docente. Esa anécdota efectivamente reflejaba el empeño, no sé si a veces excesivo, quizás sí.

También, posteriormente, en la Universidad tuve una experiencia importante, porque las personas, en general, no venimos a EAFIT con formación de pedagogos, no somos licenciados en educación. Había un curso muy valioso que es un símil quizás, una versión ya más avanzada de lo que vemos ahora, algo que se llamaba Curso de docencia universitaria, así lo conocíamos. Lo ofrecía la Institución para adiestrarnos en cómo manejar una clase, un programa, cómo diseñarlo, entre otras. En ese momento teníamos la pregunta de ¿cómo se enseña? Ahora la hemos invertido y estamos haciendo otra pregunta fundamental: ¿cómo se aprende?

Todos los profesores pasábamos por ese curso (yo lo recuerdo como un aporte muy valioso); me sirvió cuando fui docente de cátedra, simultáneamente, en otras

instituciones: la Universidad Pontificia Bolivariana, el Colegio Mayor, la Universidad Nacional.

Yo tuve que adaptarme en dos aspectos: uno tiene que ver un poco con lo interno y el otro con lo externo. Con lo interno, porque yo traía la estructura de una formación diferente y escribía en el tablero la bibliografía –así lo hacían muchos de mis profesores en la Universidad Nacional, en la Universidad de Antioquia–, porque eran cursos donde se leía, se documentaba mucho y la economía tiene mucho de eso. Entonces, para mí fue un impacto eso de tener un libro guía (aunque una guía es importante para los estudiantes) que hasta el día de hoy se conserva, aunque ahora la hemos flexibilizado de otras maneras. Así que tuve que cambiar un poco mi estructura, de cómo entender el ejercicio en términos de que haya un referente como guía.



Eso parecía ser una cosa tan sutil, pero para mí no fue fácil. Igual, la esencia y el conocimiento están en muchas partes y no limitada a la literatura. Pero, luego ese asunto empezó a normalizarse con el ejercicio. Es que uno como docente tiene que enseñar un concepto en sesiones de dos o cuatro horas; ser preciso, apuntar a lo que es necesario explicar. Por ende, la idea de desarrollar ese conocimiento, transmitirlo, es una preocupación.

Y en lo externo, quizás esa juventud que tenía me producía inquietud, porque, finalmente, era un riesgo. Yo recuerdo alguna vez, durante esos primeros semestres

que vine a enseñar una clase, que los estudiantes conversaban, hablaban mucho. La gente me conoce, yo soy una persona muy tranquila, realmente no entro en conflicto. Y en esa ocasión lo único que hice fue coger la tiza y decirles: “Bueno muchachos, nos vemos la próxima clase”, y un estudiante me dijo: “Profe, ¿por qué se va a ir?”, le contesté: “Porque ustedes no quieren escuchar, yo me voy. Vengo a la próxima sesión, y si les interesa, la seguimos”. Era un grupo bastante numeroso. Cuando regresé, me encontré con ese estudiante y me dijo: “Le pido disculpas en nombre del grupo” y yo le respondí: “Vos no tenés que pedir disculpas por el grupo”. Era una persona que estaba ahí, atenta. Simplemente era una situación que no se podía tolerar, pero igual regresé y desde ese momento la cosa se entendió. Claro, era debido a esa cercanía de edades, eso pesa.

Ahora, los colegas que uno tiene alrededor son gente muy joven y quizás el mundo ahora se ha flexibilizado más frente a ese prejuicio que se construye en esa relación alumno-profesor, porque eso antes tenía una carga bastante fuerte en términos de cómo veían los estudiantes al docente. Esa situación era el reflejo de esas preocupaciones que en su momento sentía y que, en estos escenarios académicos, a veces se repetía. Pero, así se empieza a construir la experiencia, quizá cometiendo algunos errores y corrigiéndolos en el camino.

Yo creo que el asunto de captar la atención del público, en cualquier escenario, es un esfuerzo y un reto muy grande que uno hace como docente, permanentemente, y puede estar alimentada por otros factores externos.

En la actualidad, uno de los grandes efectos que hemos tenido es el asunto de los dispositivos electrónicos. Entonces, el dilema es: vamos a combatir eso en términos de cómo se dispersa la gente o vamos a incorporarlos al aula. Lo que yo hago es moverme por el aula de clase, a veces, inclusive, cuando veo a los estudiantes con el dispositivo, les digo: “Búscate esta palabrita, que no la conocemos a ver qué dice ahí”. Finalmente, consiste en volverlos a enganchar. O si tienen el computador abierto, pues uno está detrás del computador, yo sé que puedo ponerlos a buscar este documento, este párrafo y qué dice sobre eso allí.

Uno sabe que puede haber en algún momento una dispersión, pero yo creo que el campo de la educación, parodiando un poco un texto que alguna vez escribí, no puede ser convertido en un campo de batalla, de conflicto. Y en el ejercicio de enseñar, genera más un efecto negativo que cualquier otra cosa. En un ensayo sobre la educación, Estanislao Zuleta decía: “La educación hay que hacerla con filosofía”. Y lo mencionaba en las dos acepciones: filosofía, porque es amor a la sabiduría y al conocimiento, pero

también porque hay que enseñar a pensar, a preguntar, hay que enseñar en la contradicción, es decir, en el contraste del conocimiento, no crear estudiantes pasivos.

Yo tuve dos etapas en el proceso de enseñanza en EAFIT. Inicialmente nosotros éramos un departamento de servicios, y en el caso mío, yo cumplía un proceso formativo en unos ámbitos específicos de la economía. En esa primera etapa me dediqué a enseñar lo que llamamos Microeconomía, estuve entre cinco o seis años en esa tarea. Es un ámbito muy aplicado de la economía.

Pero hubo una segunda etapa, cuando me incorporé más directamente con el pregrado en Economía, más formalmente. Ahí he trabajado las áreas del Pensamiento y de Historia Económica. Estoy dedicado al área del Pensamiento Económico, eso lo vengo haciendo más o menos desde el 2000, 2001. Cuando uno está en un ambiente académico la economía es muy dada a ser de perfiles, la economía tiene una gran ventaja, es muy versátil. Tiene mucho de lectura, de análisis, de historia, de matemáticas, tiene mucho de intuitivo desde el punto de vista gráfico, geométrico.

Yo estoy más inclinado a esa parte reflexiva y por eso terminé allí. Reflexiva en el sentido de ir en la búsqueda, de enseñar las áreas del pensamiento económico. Y es ahí donde quizá me he podido desarrollar más, con una idea formativa y también de transformar un poco las mentes de los estudiantes. ¿Por qué?, porque yo miro en el pensamiento económico la mejor manera de que ellos rompan con el dogmatismo en las ideas, ¿en qué sentido?, el pensamiento hace un recorrido a lo largo de la historia, eso es lo que yo hago en los cursos, siglo XVIII, XIX, XX. Y lo que hago allí, por ejemplo, es decirles: nosotros somos hijos de nuestro tiempo; los economistas tenemos un tiempo y un lugar. Y cuando uno mira que ese pensamiento se ha formado siempre en contradicción con el anterior, pero el hecho de estar en contradicción con el anterior no significa que lo otro no sirva o no tenga sentido; todo lo contrario, lo afianza. Es otra manera de entender el mundo.

Yo creería que ahí es donde tengo la mayor satisfacción en términos de lo que es el ejercicio docente, la posibilidad de mostrarles. Y ellos son conscientes de eso porque yo hago que sea consciente: “Miren esta idea. ¿Ustedes qué creen, por qué esta idea de este autor con respecto a este plantea todo lo contrario?”. Ahora, la pregunta es ¿por qué?, la respuesta no es, porque él se equivocó o simplemente quiso, en algún momento, escribir sobre algo equivocado; se trata de entender por qué. Entonces, esa es la mejor herramienta, creo yo, para enseñarles que hay múltiples maneras de ver el mundo; se rompe mucho con ese dogmatismo que a veces en la teoría puede llegar a consolidarse y a anular nuevas posibilidades.

MAESTROS INOLVIDABLES

Yo rescato mucho a mis profesores de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional. Diría que cada curso que vi, tanto en Sociología como en Economía, era un mundo, porque desde muy joven siempre tuve la inquietud de leer y hasta el día de hoy soy un comprador compulsivo de libros. De hecho, los estudiantes van a la oficina, empiezan a mirar y dicen: “¿Usted qué hace con todos estos libros?” Y yo les contesto: “Pues, leerlos”. Todos estos profesores y maestros que tuve me enseñaron a entender mucho de ese mundo a fuerza de leer, de interpretar y conocer múltiples autores.



Yo hacía un ejercicio muy particular en la universidad, de uno u otro ámbito de formación académica. En esa época eran autores vivos que no eran docentes directos, a muchos los conocí a través de conferencias. Sin embargo, recuerdo profesores que fueron muy importantes para aprender a enseñar, a estudiar y que todavía vuelvo a ellos leyendo sus trabajos. Por ejemplo, a Estanislao Zuleta lo conocí a través de un profesor que me recomendó su lectura, y leí su ensayo: “Elogio de la dificultad”, yo estaba muy joven, en esa época tendría diecisiete o dieciocho años, allí él dice, palabras

más, palabras menos: “Usted no puede pretender vivir en (los que él llamaba), los países de Cucaña, los ríos de vino, de miel. El mundo es algo complejo”. Él era un filósofo que además de filosofía, escribía sobre educación y economía. Ese ensayo me marcó mucho, de hecho, todavía tengo el libro original, tal como lo subrayé hace treinta y punta de años, cuando empecé a ver esos cursos, y muchas veces lo he releído.

Ese maestro me ha formado bastante, respecto al tema de la educación. Ahora ha cobrado mucha actualidad con todo esto de la educación centrada en el estudiante, en enseñarle a pensar, a ser autónomo, ese es uno de los elementos que Estanislao Zuleta señalaba en esa época. Él lo escribió por allá en la década de los 80 y murió en los 90, yo lo leí por ahí en el año 85 u 86; personas como este autor eran visionarias, entendían cómo era el ejercicio.

También hubo economistas como Jesús Antonio Bejarano que escribieron mucho sobre pedagogía y economía y, obviamente, sobre otras áreas temáticas. Yo leía mucho los trabajos de Bejarano sobre cómo y qué es enseñar la economía, cuál es el papel y la función de los perfiles de un profesional en esta área, que a mí me iluminaron mucho en mi quehacer. Inclusive, muchas veces en las discusiones que teníamos de cómo montar los microcurrículos, años atrás, cuando yo era coordinador de las áreas de Teoría Económica, citaba mucho a Bejarano, estoy hablando de cuando empecé aquí hacia el año 97, 98. Todavía tengo los documentos en donde reflexiono sobre sus posturas. Pienso que siguen siendo vigentes.

SER DOCENTE

Desde la perspectiva individual, para mí es un referente de realización, pues yo vengo de familia de maestros. Mi padre fue profesor de filosofía en colegios, toda su vida. Uno finalmente idealiza, en su entorno familiar, mucho de lo que quisiera ser y yo creo que para mí eso fue un asunto que me marcó bastante. Entonces, en ese sentido, es una realización personal, un proyecto de vida, de un entorno familiar que venía de allí.

Y desde la perspectiva del ejercicio en la Universidad, que es básicamente donde he estado siempre, yo veo la docencia como una posibilidad transformadora. Cuando mis hijos preguntan por qué me dediqué a la docencia en lugar de trabajar en una empresa, les digo: “Porque yo creo que también uno puede transformar el mundo desde acá. Y eso significa, lograr transformar un poco las mentes”. Para uno es difícil evaluar los logros de inmediato, solo al cabo de los años, cuando, por ejemplo, algunos

egresados recuerdan una idea, algo que uno les dijo: “Eso fue muy importante para mí”. Y no son profesores, quizás están en el mundo empresarial, en el área investigativa o académica o algunos están por fuera del país. Pero eso transforma, yo creo que la educación cambia las mentes y da la posibilidad, de uno aportar algo a la construcción de la sociedad y del entorno. Que finalmente es a lo que le apuntamos con esta labor.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Un estudiante en su proceso formativo es una persona que está ávida por conocer. Uno es un orientador, porque la economía puede estar muy contextualizada, y de hecho, siempre hay muchos debates de lado y lado. Por lo tanto, hay que ser muy cuidadosos porque al alumno se le deben mostrar todas las posibilidades, no solo una cara de la moneda, uno tiene que ser muy honesto y solo así es posible que se sienta feliz, porque puede entender y aprender, quizá comprende una idea, o logra entender una realidad.



En los cursos hay una pregunta recurrente por parte de los estudiantes, sobre todo cuando hay posturas tan críticas en la economía, me dicen: “Profesor y usted qué piensa entonces, ¿de qué lado está usted?”, porque son posturas contrarias, yo lo único que les respondo es: “Esa respuesta se la tiene que dar usted a sí mismo. Yo ya tengo una postura, si quieres la hablamos en la oficina, pero lo que yo hago aquí es mostrar todas las posturas y usted asume la suya”, cualquiera es válida, no voy a decir que es verdadera, pero es válida. Porque los asuntos de verdad, en economía, realmente se resuelven es en la validez, en esa realidad.

Un estudiante está esperando, a veces, especialmente en estos discursos de la economía que yo trabajo, que yo asuma una postura, a veces les pongo ejemplos muy críticos. El asunto en la educación no es definir unos lados específicos, por eso les digo: “Ustedes deben tener todas las visiones, luego, quizás en otro escenario, las podemos debatir”.

Otro contexto es el del mundo profesional. Los estudiantes que se han formado profesionalmente aspiran a tener un mercado laboral, a vincularse en ese escenario. Ellos están esperando que uno les aporte a partir de la experiencia, no porque quieran ser profesores, uno no solo les puede hablar de la experiencia de ser docente, también les puede mostrar cómo funciona el entorno, la economía, cómo piensan las personas. Y allí hay otra posibilidad para que el alumno pueda entender qué quiere: “¿Y esto que estudié, para qué me va a servir?”. Yo trato, en algún momento, de darles un mensaje en ese sentido.

APOYO FAMILIAR

La familia es una pieza fundamental para mi desempeño profesional. Y no solo en la docencia, sino en cualquier ámbito de la vida del ser humano; el apoyo del entorno, de esa red familiar, además de los hijos, la esposa, de otras personas que han sido muy importantes, los hermanos y el resto de la familia, los cuñados. Ahí hay una historia importante y yo he sentido la valoración, el reconocimiento, porque en algún momento uno puede ser un referente para dar una opinión o un consejo, a pesar de que uno se mueva en un mundo académico tan puntual como es la economía. Uno puede entender otras cosas, sin pretender desplazar otras profesiones que quizá puedan tener la opinión más ilustrada frente a algo de la psicología o de otros asuntos.

En ese sentido, la familia ha sido muy importante, el entorno inmediato ha sido fundamental. Gran parte de la formación académica en el nivel superior, el doctorado

específicamente, parte de ese proyecto que implicó desplazarme un año por fuera del país, tenía tres hijos, el más pequeño tenía dos años, los otros estaban entre los siete y los ocho; y se quedaba la mamá aquí sola con esos niños, una mamá profesional que también trabaja. Sin ese respaldo no hubiera podido hacer nada, porque se necesita un compromiso. Entonces, eso yo lo he valorado, se los he reconocido, pues ellos ya son grandes, ellos entienden que ese fue un sacrificio inmenso, porque finalmente tenemos un proyecto de familia que se suspendió durante un año. El mayor de los hijos, en algún momento, decía: “Es como si el papá se hubiera muerto, yo me siento huérfano”. Ahora uno mide la magnitud de las cosas, mirando retrospectivamente, sin embargo, existía el sueño por cumplir en lo académico. Ellos fueron fundamentales porque su apoyo me ha posibilitado desarrollarme y proyectarme. Inclusive ahora, al cabo del tiempo, he tenido otras salidas cortas, de meses, y uno no se preocupa mucho porque ya los hijos están grandes. Pero es el apoyo que hay ahí, que es clave para que uno pueda tener un buen arribo a donde uno quería llegar.

PROYECCIONES Y LOGROS

Mirando hacia atrás en el tiempo, ya son prácticamente, desde mediados del 94, casi veinticinco años de labor. Yo le digo a algunos colegas, que uno hacia adelante no miraba mucho en ciertas épocas de la vida, ahora quizá sí lo hace, porque el horizonte lo ve más corto, antes se veía infinito. Cuando miro hacia atrás, me parece también casi infinito; se han hecho muchas cosas, prácticamente he empleado en la Universidad la mitad de mi vida y lo he hecho porque he creído en el proyecto, creo en la educación y creo que hay una gran satisfacción al haber sentido que la Universidad me dio la posibilidad de permanecer, de formarme académicamente.

Y eso es muy gratificante. En los entornos familiares lo reconocen y lo valoran, incluso se refieren a esas grandes posibilidades que se han dado de manera muy positiva. Y si miro hacia el futuro, ya el horizonte es más corto. Como lo diría un economista, a largo plazo todos estaremos muertos, finalmente. Pero, de todos modos, la gran bondad que tiene el mundo académico es que siempre hay cosas hacia adelante por hacer, siempre hay proyectos, es un mundo muy dinámico. Yo creo, por ejemplo, que las grandes transformaciones que hemos tenido, han sido un reto para mí. Ya la pregunta no es cómo enseñar, sino cómo se aprende, eso me transformó mucho y me ha puesto nuevos retos hacia adelante.

Siempre hay una expectativa nueva. A veces puede generar cierta angustia, pero, si me miro cuando estaba empezando, la angustia consistía en que estaba generacionalmente muy cercano a los estudiantes. Ahora tengo que transformar la manera, porque cada vez el público y las demandas son distintas, es otra sociedad, son otros muchachos, son otras expectativas y ahí hay que transformarse. Y eso es gratificante. Si miro hacia atrás, y comparo lo que hacía antes en mis clases, con un estilo muy magistral, con la manera de hacerlo hoy, hay una distancia muy grande en el ejercicio docente. Ahora los recursos son mayores. En el Departamento de Economía estamos en un proceso en transformar esos cursos teniendo en cuenta las tecnologías; el apoyo de EAFIT ha sido muy importante para poder volver virtuales mis cursos. Para mí, eso era impensable quince años atrás. Son los retos de evolucionar cada vez más con este ejercicio y de mirarlo desde otra perspectiva. Por ejemplo, entender cómo se aprende, me ha parecido clave siempre.

Testimonio para Mauricio Andrés Ramírez Gómez Docente que inspira de la Escuela de Economía y Finanzas

Testimonio de Felipe Bedoya Maya, egresado del pregrado en Economía:

Tuve la oportunidad de estar con el profe Mauricio en los cursos de Pensamiento Económico I e Historia de Colombia. El profe Mauricio es una persona de la que uno puede aprender muchas cosas. Digamos que las tres huellas que a mí me gustaría resaltar mucho son las siguientes: primero, el profe como persona, tiene una calidad excepcional. Siempre tiene una amabilidad muy grande para atender cualquier inquietud, cualquier duda por sencilla que sea; él en el aula o en la oficina siempre está muy dispuesto para atenderte, para darte un contexto histórico de ese problema y para resolverte la pregunta. Y como es una persona que lee mucho, tiene una combinación entre conocimiento, amabilidad y serenidad con que te atiende, es algo de lo que me gustaría aprender mucho y admiro muchísimo de él.

Segundo, Cuando empieza el pregrado, uno empieza a ver cursos como: Introducción a la economía Colombiana, Microeconomía General, Macroeconomía General, que son como islas. Y cuando uno llega a donde el profe

Mauricio, uno entiende cómo estas islas se conectan y por qué estamos viendo los temas que estamos viendo en los otros cursos, cómo se relacionan estas áreas específicas de la economía y cómo eso nos denota dónde estamos como economistas y hacia dónde vamos.

Yo creo que es algo muy importante. Algo que yo he encontrado mucho en los años que yo he estado acá, ha sido ver cómo los mejores economistas, las mejores presentaciones, los mejores artículos académicos, las mejores clases siempre tienen un componente de historia, en donde se incluye el contexto del problema y esto lo hace muy interesante. Entonces, es algo que le agradezco mucho al profe Mauricio y a sus clases.

Y la tercera huella que me gustaría resaltar, es un aprendizaje que muchas veces pasa silencioso, pero es trascendental, y es el gusto por la lectura. Adquirir un hábito de lectura de los textos económicos y disfrutarlos. En la clase de él, es de las únicas clases en que uno toma los textos para considerarlos, disfrutarlos y llegar a la clase a discutirlos.

Testimonio de John Jairo García Rendón, docente del Departamento de Economía.

A Mauricio quiero expresarle mi gratitud por las enseñanzas, por el tiempo y por los aportes académicos. Como persona es invaluable y en lo profesional, académico y científico es muy sensato, honesto y respetuoso, además de su gran gusto por la lectura. Quiero darle las gracias por brindarme su amistad.

“El discípulo es la oportunidad, para el maestro, de comprenderse a sí mismo y el maestro es la oportunidad, para el discípulo, de comprenderse a sí mismo. Al morir, el maestro no puede pretender nada respecto al alma del discípulo, al igual que el discípulo respecto a la del maestro”.

Soren Kierkegaard, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*.



Catalina Gómez Toro

Docente de la Escuela de Economía y Finanzas

14 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Es economista, realizó una especialización en Organización Industrial y una maestría en Economía en EAFIT. Terminó su doctorado en Economía en la Universidad Católica de Argentina. Actualmente es jefe de pregrado en la misma área y docente del curso Seminario de Economía y Microeconomía general. A nivel de maestrías, coordina la materia Economía de la Empresa en el MBA (Master of Business Administration) y Microeconomía en la Maestría en Finanzas.

PRIMERAS EXPERIENCIAS DOCENTES

Mi proceso como docente empezó en el año 2006, yo estaba haciendo mi especialización en la Universidad en Organización Industrial y Regulación Económica, que era una especialización muy interesante porque se daba en conjunto con profesores de EAFIT, pero también con profesores de la Universidad del Rosario. En un tema que nos gusta mucho, que trata sobre la regulación económica de los mercados. Yo siempre he sido juiciosa, disciplinada, me gusta hacer las cosas bien, y estuve muy involucrada con los profesores y ellos me invitaron a participar como monitora o auxiliar de investigación, sin remuneración, en uno de los proyectos que estaban haciendo y me fue muy bien. Entonces me propusieron participar en el programa Jóvenes Investigadores de Colciencias-EAFIT; para mí fue una sorpresa porque participaron como cincuenta o sesenta personas de toda la Universidad, y solamente pasamos como cuatro. Desde ese momento empecé a trabajar como investigadora joven, cuando eso tenía

veintiséis años “rayaditos”, precisamente lo que estipulaba la convocatoria: estuvieron al frente de esta los profesores Gustavo López y John Jairo García, que ahora son mis colegas y mis grandes compañeros. Empecé a trabajar en un proyecto de energía eléctrica en Centroamérica. Ahí nos fue muy bien, y luego de terminar la especialización, me propusieron impartir unas clases de cátedra, entonces, empecé así, me fue bien, me evaluaron bien; yo siempre estuve tratando de dar lo mejor de mí. Así me fui vinculando, hasta que en el 2010, después LACEA, un evento muy importante de Economía, en el cual yo dirigí la logística y acompañé todo ese proceso, me invitaron a ser profesora de tiempo completo.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Cuando uno empieza, lo más duro es el primer semestre en que da una materia, porque uno no sabe en el día a día si le va a alcanzar el tiempo o no, incluso era chistoso porque eso da un calor horrible. A mí me dieron un consejo muy sabio y es –y que yo todavía se lo doy a los nuevos: nunca vaya a decir que es la primera vez que da clases.

Entonces, al principio, daba mucho calor, daba estrés, pero yo estaba muy entusiasmada, los fines de semana preparaba clase, o sea, el primer semestre que uno va a dar una materia nueva, así tenga uno todo el bagaje, es un gran esfuerzo; pero yo me conecto muy fácil con los estudiantes, es una conexión muy desde el respeto, ellos me ven a mí como su docente, su profesora, pero también con una confianza muy especial, desde un principio hacemos un pacto: que me cuenten las cosas, estamos trabajando con personas que tienen una vida con dificultades y con aspectos buenos. De esa manera, puedo ayudarles a los que tienen alguna dificultad, pero también potenciar a quienes muestran unas condiciones o unas habilidades que pueden llegar a servirles mucho en la vida.

A mí me facilita mucho la tarea esa conexión que tengo con ellos. Muy desde el respeto, porque en ningún momento es una amistad; es una relación docente-alumno, pero hay una empatía; ellos van a mi oficina y me cuentan con transparencia las situaciones que se les presentan. De eso se trata, aportarles también a su formación integral; soy muy reiterativa con la parte de la integridad, que a mí, hagan lo que hagan, no me falten a la integridad. En muchas conversaciones en donde se habla de cuándo los estudiantes cometen una falta o no, yo diría que tiene mucho que ver con esa conexión con el profesor.

MOMENTOS GRATIFICANTES

Yo soy inmensamente feliz en mi trabajo, y eso se refleja en las clases, entonces, cuando uno llega lleno de energía, preparado, sin dudas, con el ejercicio resuelto previamente, las cosas fluyen. Lo más gratificante es ver a estudiantes que uno tiene de primero y segundo semestre –porque a mí me gusta cogerlos así, chiquitos– y decirles, como le he dicho a muchos: “Usted va a llegar muy lejos, usted tiene mucho talento, tiene mucho potencial, mire para adelante, las dificultades que hay en este momento no importan”. Y ya después verlos estudiando una maestría, un doctorado, completamente becados; estudiantes que a veces llegan con unas condiciones económicas difíciles, entran a la Universidad a las 6:00 de la mañana y se van a las 9:00 de la noche; son monitores, dan clases particulares, venden cosas. Y luego saber que están, por ejemplo, en la Universidad de California, Berkeley, en Syracuse, o haciendo una maestría en la Universidad del Rosario, y que uno los tuvo ahí, en ese segundo semestre, y les ayudó a formarse en la disciplina, en ser monitores, en el manejo del tiempo, ayudándoles a vencer barreras que muchas veces pueden tener en la mente y darles ese empujoncito, pero, sobre todo, cariño; ellos se sienten muy acogidos. Yo creo que lo más gratificante es eso, para mí, cuando me dicen: “Tan duro, trabajar tiempo completo con tres hijos, pues sí, no es fácil, pero yo creo que es muy gratificante lo que uno le está entregando a la sociedad; para mí, cada vez que uno enseña a un chiquito de estos, logra una transformación de vida impresionante y no solamente al estudiante, sino a la familia entera. “En estos días, por ejemplo, llegó una mamá con una abuelita, de un niño que estaba por fuera de la Universidad, haciendo un intercambio, y llegaron con mucho agradecimiento. Me llevaron unas galletitas y dijeron: “Qué pesar que no le pudimos traer el pollo y los huevos”.

Ellos se sienten comprendidos, acogidos, siempre actuando en el marco del reglamento, se les explica la norma de una manera especial, qué se puede o qué no se puede, o a asumir las caídas que pueden tener. Hay estudiantes que pierden materias, pero uno les ayuda a entender que no es una derrota, sino parte del camino y que eso no los va a hacer más ni menos; ellos sienten esa entrega, y yo creo que es parte del triunfo que yo pueda haber tenido como docente.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

A mí me sorprende a veces, porque los estudiantes, cuando tienen trabajos en equipos, en primer semestre, dicen: “Fulanito nunca apareció, entonces nosotros no lo pusimos

en el trabajo” y yo les contesto: “No hay ningún problema”, entonces, cuando Fulanito aparece, se le da la oportunidad: “Te va a tocar trabajar solo por esto y lo otro”, tampoco es que vaya a tener un castigo, pero me encanta que los estudiantes de hoy en día tengan la capacidad de negarse a anotar a quien no trabaja. Anteriormente, donde uno no apuntara a alguien, le quitaban la palabra y ahora no pasa absolutamente nada, se maneja desde la confianza.

Tenemos un reto muy grande y es que estos estudiantes entiendan cómo se desarrolla el pensamiento crítico, el pensamiento creativo, el trabajo colaborativo, la versatilidad, ser uno capaz de enfrentarse con ciertas competencias, el uso de la tecnología de manera asertiva..., indiscutiblemente es algo que se tiene que incorporar de manera transversal en los programas y que de alguna manera tenemos que medir, hay que medirlo: ¿cómo se están incorporando todas estas medidas?, ¿qué se requiere hoy en día, en un mundo que es cada vez más automatizado? En realidad, lo que se necesita son cerebros pensado de manera crítica y creativa, y con liderazgo, pero un liderazgo muy propositivo. Les insisto: “Trabajar colaborativamente quiere decir que usted le explica al otro, pero no le hace el taller, ni lo apunta si no trabaja; es sacar tiempo para el otro”.



Me encanta también que sean socialmente responsables, que si tienen talento le ayuden y le expliquen al resto, que se genere esa sinergia y ese trabajo colaborativo que indiscutiblemente es lo que está esperando la empresa, porque cuando uno está en una empresa está trabajando con una meta conjunta, uno no está trabajado por un examen, en donde yo saco 4.0 o 4.5 y el otro saca lo que sea, eso es un reto individual, pero en una empresa todos están trabajando por un mismo objetivo. Entonces, enseñarles cómo respetar la diferencia, porque van a encontrar personas que son amables y otras no tanto, personas con las que es difícil trabajar, o que no son tan responsables, o que al revés, son demasiado responsables y disciplinadas, y le van a exigir a uno... en eso consiste, en enseñarles sobre la versatilidad en la personalidad y sobre ser capaces de acomodarse en grupos. Es muy importante, eso es lo que se van a encontrar en la vida laboral.

Cuando los profesores se quejan de que el reglamento académico es muy laxo, porque los estudiantes no tienen la obligación de asistir a clase, pienso que puede solucionarse mediante un pacto académico. Yo me doy cuenta cuando un alumno falta a clase, y en la próxima sesión le digo: “Nos hiciste mucha falta” y ellos sienten pena, o incluso ya se dan cuenta de que yo siempre noto quién está ausente, aunque mis salones siempre están llenos. Y cuando faltan uno o dos, ellos me escriben disculpándose, no me dicen mentiras. Yo les insisto en que sean transparentes, que yo entiendo, todos tenemos una vida en donde se presentan inconvenientes, y yo prefiero la verdad. Desde un principio les doy la garantía: “Usted no va a tener ninguna penalidad si me dice la verdad”. Uno tiene que tener muy en cuenta que son personas con dificultades, con momentos buenos y con errores. Yo siento que en los estudiantes, no solo los míos, sino los del pregrado en Economía, se ha generado una dinámica y es que ellos sienten que somos como una familia. Porque ellos llegan a este departamento y todos los profesores tenemos la puerta abierta; es muy difícil, en muy poquitos casos, y tiene que ser algo muy extremo, que un profesor le diga a un estudiante: “No estoy en horario de atención”, eso no pasa.

Nosotros nos mantenemos con las puertas abiertas, se atiende absolutamente a todo el mundo, se trata de llevar el conducto ordinario, se trabaja en el marco del reglamento académico, no es que se hagan excepciones para que se genere esa empatía, esa confianza, pero yo sí veo que ellos responden de manera diferente, y esa confianza, esa familiaridad, esa amabilidad, pero, al mismo tiempo, ese respeto que ellos sienten por los docentes marca una gran diferencia en el estudiante del pregrado en Economía; y creería, además, que si ellos cometen una falta de ética, ellos sentirían que lo están traicionando a uno; desde su ser les afectaría emocionalmente.

Yo añoro mucho la formación antigua, eso no significa que uno se tenga que remontar al pasado, pero a mí me enseñaron el respeto hacia la autoridad, con disciplina, puntualidad, porque si la cita médica es a esta hora, debe cumplirse. Así fueron sobre todo mi abuelo paterno y mi mamá, somos muy parecidos, nos gusta mucho el servicio social, ayudarle al otro, y uno le ayuda al otro desde distintas dimensiones. Ellos fueron personas muy trabajadoras, mi abuelito ya no está, pero mi mamá sí y tenemos una conexión impresionante entre los tres. Mi abuelo fue muy trabajador, a uno nunca le decía estoy cansado, esa palabra para mí tampoco existe, tampoco existe la palabra no se puede, desde que uno se organice, es capaz de hacer absolutamente todo. Parte de eso viene de la crianza y yo sí creo que si uno planea –uno de los valores de la Universidad que a mí me encanta y se malinterpreta es la audacia–, y el audaz es eso, el que tiene la capacidad de planear fría y calculadamente cómo lograr las metas que quiere y eso no es malo, uno no está atentando ni está cometiendo una falta de ética.

Una amiga, incluso, y hay cosas que a uno se le quedan mucho en la mente, tenía una dificultad muy grande cuando estábamos estudiando aquí en la Universidad, incluso yo creería que era una tragedia, porque por un malentendido que hubo, el papá terminó en la cárcel de Bellavista; y conversando con ella, me decía: “Catalina, uno finalmente en la vida puede con todo, pero ¿cómo?, con actitud”, sin quejarse, sin victimizarse, buscando siempre la mejor manera de sortear los momentos difíciles y disfrutar mucho todo lo bueno que da la vida.

METODOLOGÍA

Yo siempre he tenido al estudiante en un papel activo, lo involucro y así se genera empatía con respeto. Yo me les aprendo el nombre a todos; cuando pongo una lectura, una tarea, les pregunto a uno por uno; ellos me dicen si la hicieron o si no la hicieron. Es un trabajo con una estrategia colaborativa, pero todos los semestres se innova, sobre todo porque estos jóvenes son muy tecnológicos y hay que aprender a manejar el tiempo y la concentración en ellos.

Yo, por ejemplo, doy todo el curso de Microeconomía paralelamente con la matemática tradicional, con el álgebra y el cálculo que se necesitan, pero también les enseño a hacer todo en Excel, entonces, se les da la teoría, se les da un ejercicio manual y usan el computador. Lo que se busca es engancharlos a ellos directamente en ese momento.

Un desafío, por ejemplo, es que anteriormente no existían los *Smartphones*, ellos no tenían esa distracción, pero uno debe manejar esto de manera inteligente. Yo les

digo que quien se distrae no soy yo, sino que, en realidad, cuando ellos están pegados de un celular esto equivale a decirle a la persona que está en frente “Me importa un pepino lo que tú estás diciendo” y que eso es muy perturbador. Para tratar de disuadirlos les digo: “Todos tenemos una pequeña adicción con el celular, pero yo la controlo y lo dejo en mi oficina para no tener que estar mirándolo. Ustedes, guárdenlo en el morral y no lo usen a no ser que tengan una emergencia, y si la tienen, díganle al profesor”.

Todas esas pequeñas cosas son retos que te obligan a repensar en cómo involucrar la tecnología sin quejarse; es que es muy fácil quejarse, pero es muy difícil proponer: “Los estudiantes no leen” perfecto, póngales en EAFIT Interactiva, en una plataforma, un *quiz* de un capítulo que ellos tengan que contestar, y usted con eso los evalúa o les da un bono. Es bien impactante, porque yo, por ejemplo, monté todo el curso con preguntas de selección múltiple muy básicas de microeconomía en EAFIT Interactiva, por módulos, y sin decirles que el ejercicio tenía o no nota, ellos lo hacían, y todos sacaban por encima de cuatro, se trata del enganche del estudiante con el profesor. Cuando un estudiante me dice: “Qué pena yo no pude hacer este examen”, así no tenga ninguna nota yo les contesto: “Guárdelo como un colchoncito, que uno no sabe si lo necesita o no en cualquier momento”. Consiste en aprender a trabajar con ellos de una manera muy armónica, muy respetuosa, con empatía y desafiando la tecnología. El reto de hoy es lograr que ellos avancen solos, que aprendan con la guía de uno, que sientan ese compromiso, porque si no lo sienten, no se logra la meta del estudiante que es el centro del aprendizaje.

TECNOLOGÍA EN CLASE

Con respecto a la tecnología, uno se esfuerza y evoluciona parejo con el estudiante, tratando de que semestre tras semestre la clase sea diferente; eso genera una experiencia muy positiva. Yo, al principio, en el aula, trabajaba solo con álgebra y con cálculo diferencial, no se hacía nada en Excel y después me dije: “Con esta herramienta, lo tengo que saber hacer”. Incluso le pedí a un profesor muy joven que me ayudara con algo tan sencillo que era un equilibrio, luego aprendí a maximizar, utilizando *Solver* y fui montando de a poquitos el curso paralelamente en Excel, eso fue un gran reto: todos los semestres exigirme para salir de mi zona de confort, porque yo me sé de memoria la clase que dicto, yo sé qué toca, qué sigue. Aunque siempre repaso y busco libros nuevos, pero si, por ejemplo, se va la luz, yo no necesito diapositivas, no necesito

nada, solo resolver el ejercicio que uno va a dar en clase para que matemáticamente no tenga ningún error.

Es importante pensar que, si uno les exige mucho a los estudiantes, también se tiene que exigir a sí mismo. Y cuando se tienen cargos administrativos, o se está haciendo un doctorado, no puede dejar la docencia como algo que *nos toca* por estar en la Universidad; para mí la docencia es el número uno. Cuando me aprobaron el doctorado, porque a muchos profes los descargan las tres cuartas partes del tiempo, yo le dije al director de Formación de la Universidad: “No me descargue, para mí lo más importante de todo lo que hago y lo que más disfruto es la docencia en pregrado”. Yo no podría tomar decisiones como jefe de carrera acerca de una cancelación extemporánea de semestre, o sugerirle algo al Decano sobre una solicitud de un estudiante si yo no los llegara a conocer como los conozco en el aula de clase. Entonces, para mí lo principal es la docencia, pero como digo, uno debe evitar caer en la zona de confort y repetir lo mismo. En los cursos míos, todos los semestres involucro alguna novedad que alguien me enseña; un día le dije a otro profesor: “Tú manejas supremamente bien todo lo de la revisión de literatura con este *software*, enséñame”. Si uno quiere impactar en docencia, tiene que esforzarse, estar también en frontera, ver qué se está haciendo en otras partes del mundo y saber cómo enganchar a estos chicos, entender que uno no se puede quedar en el pasado, sino evolucionar.

SER DOCENTE

Para mí, ser profesora es mi vida entera, me encanta cuando me llaman profe. Y es muy satisfactorio porque uno está por ahí con los hijos y de pronto alguien lo saluda: “¡Hola profe! ¿Cómo estás?” y ellos se sienten orgullosos: “mi mamá es profesora”, entonces para mí es un orgullo completo, pues en mi profesión, como les digo a ellos, uno impacta a las personas, a sus familias, ayuda a crecer a estudiantes en condiciones de vulnerabilidad muy altas, hasta que llegan a doctorados en las *mejores* universidades de Estados Unidos, “peleando” con los chinos y presentando exámenes internacionales. Trato de ayudarles también desde su formación como ciudadanos: “Esta sociedad tiene demasiadas complicaciones por la falta de ética a la que nos hemos acostumbrado”, por eso, no basta con lo que uno aporta académicamente, sino lo que acompaña desde el ser. Es una gran satisfacción verlos a ellos crecer. A mí nunca se me va a olvidar una niña que llegó y me dijo “A mí simplemente me llamaron y me dijeron que me gané una beca”, pero ella no sabía absolutamente nada más y yo pensé: a esta

niña se la va a comer el mundo, la universidad. Entonces le puse como una especie de madrina, otra estudiante que tenía la misma beca, y le dije: “Ella le va explicar, usted tiene derecho a este subsidio, a usted le van a dar esta plata, ¡y lo logró!”. Se hizo una práctica profesional espectacular en una entidad pública y la dejaron trabajando. Es ese cambio en la persona, no en que se llenen de conocimientos, sino de confianza. Uno contribuye para que se rompan muchos círculos, pero no soy solo yo, hacemos un trabajo de equipo. Me siento muy orgullosa de estar en el Departamento de Economía porque es un grupo de trabajo espectacular, todos nos preocupamos por las personas, tenemos una dinámica como de familia, de puertas abiertas. Lo más impactante es ver cómo uno tiene el papel de entregarle a la sociedad un ser humano diferente que va a aportar desde distintos puntos de vista, desde el hacer, desde el ser, desde la ética, desde tantos ámbitos tan especiales.



DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Un estudiante es un reto, es una persona que tiene potencialidades que es necesario acompañar y explotar. También puede llegar a tener dificultades y hay que enseñarle a sortearlas; decirle que uno no se puede quedar patinando en la dificultad sino “hacerle”, como digo yo, a la zancadilla, hay que saltarle, y que no se quede en eso. Para mí un estudiante es como una cajita llena de sorpresas, llena de cosas que dar, llena de cosas para aprender y le enseña a uno mucho. Nadie llega a dimensionar; yo ahorita estaba mirando, este semestre tuve sesenta alumnos en pregrado, eso son sesenta vidas que están ahí, que tú tienes, que puedes tocar o dejar una huellita. Puedes encontrar incluso a un estudiante al que logras ayudar a ser un adulto significativo. Pero no se trata solo de un asunto económico, hay unas dificultades emocionales muy complejas. Un estudiante para mí es como un hijo, así de sencillo. Yo me muero de amor y creo que ellos lo sienten, ellos saben que en mí van a encontrar siempre esa persona que los va a acompañar, pero que va actuar siempre en el marco del reglamento académico, que no va a hacer una excepción ni aunque tenga una dificultad, y ellos lo agradecen, esa es la disciplina, uno también les tiene que enseñar que con disciplina todo se logra.

ESTUDIANTES QUE DEJAN HUELLA

Tengo muchos estudiantes especiales. Hay un alumno, Gabriel Suárez, que en este momento está haciendo una maestría en la Universidad del Rosario. Entró acá con una beca del Fondo de empleados y en segundo semestre yo lo tuve de monitor en Microeconomía, fue auxiliar de investigación, después hizo la práctica en el Banco de la República y ahorita está trabajando en un proyecto muy interesante en la Universidad del Rosario. Yo a él desde que lo conocí en el segundo semestre le dije que tenía mucho talento y que debía explotarlo y lo fui acompañando, trabajé con él, hicimos investigaciones juntos. Pero, además, tengo otros dos que quiero mucho, con el alma.

Uno de ellos es Arlen Guarín; Arlen está en la Universidad de California, en Berkeley. Él también estudió con dificultades, pero siempre con una sonrisa. Era impactante su actitud; nunca se quejaba, nada era un problema para él y tuvo un proceso muy parecido al de Gabriel; fue monitor, auxiliar, terminó en el Banco de la República, incluso lo involucraron como investigador allí. Con él sucedió algo muy lindo: él ya era egresado, había terminado la maestría en Matemáticas, y yo lo llamé, pero no me

contestó. Después, cuando pude hablar con él, me dijo “Cata, qué pena, no te contesté porque le estaba ayudando a surtir la tienda de barrio a mi papá”, o sea, siendo ya un investigador del Banco seguía trabajando con su papá, entonces yo le dije: “Quería saber si quieres dar clases acá en la Universidad”, y bueno, dio clase un tiempo y ahora está en Berkeley; verlo crecer es una cosa completamente impresionante.

Y tengo otro estudiante, Joaquín Urrego, con quien también tuve una relación supremamente especial, con un camino muy parecido al de los otros dos, incluso también hizo la práctica en el Banco de la República, pero en Cartagena. Cuando son prácticas públicas la remuneración no es muy alta y vivir en Cartagena es muy costoso. Yo le decía “Pero usted cómo se va a ir”, porque uno tiene que ser muy sensato con los consejos que les da, entonces le insistí: “No te va alcanzar la plata, qué vas hacer”, y él me dijo: “No te preocupes, no te preocupes”. Él tenía una mente tan positiva, terminó muy amigo del gerente del Banco allá, publicando con él se fue para el Banco Mundial. Incluso para hacer la entrevista en el Banco Mundial practicaba conmigo en inglés, entonces yo lo preparaba, hacíamos toda la simulación antes de tener la entrevista por Skype con la profesional que iba a ser su jefe; él estaba muy nervioso, porque sí, es que es muy impresionante que sean estudiantes que vienen de colegios públicos sin estudiar inglés desde chiquitos y terminen en el Banco Mundial. Y a ellos no les intimida, es como esa autoconfianza que hace que lleguen a donde están. Él estuvo como casi tres años en el Banco Mundial, incluso a casi nadie se le renueva el contrato con esa forma de negociación, y luego aplicó a Syracuse y allá está.

Son historias muy lindas porque son personitas con disciplina, y yo creo que ahí me siento identificada. Que así uno tenga dificultades, si las afrontan con actitud, si no se creen víctimas, sino que van para adelante, piensan en el futuro, no se quedan pegados ni patinando el problema de hoy, sino que, si necesitan plata, entonces venden cosas, trabajan como monitores... Es una actitud súper ganadora, nunca se cansan, nunca dicen, “qué pesar de mí” o “yo qué voy hacer” ¡no! Para adelante y con la mejor energía; yo diría que en eso me parezco a ellos, en la disciplina, en la energía, en que, si uno tiene dificultades pues, qué va, después miraré hacia atrás y me sentiré muy orgullosa de mí misma si las supero. Y ellos lo supieron hacer, ellos mismos se ganaron la posición en la que están y eso para mí es supremamente gratificante, haber estado presente y acompañándolos.

MAESTROS INOLVIDABLES

Yo he tenido muchos maestros, pero el que más reconocemos es a Gustavo López. Él fue profesor de la gran mayoría. Muchos de los profes que todavía son docentes de planta fueron profesores míos, y definitivamente, lo marcan a uno. Lo que más me impacta de ellos es que muchos son muy generosos, y por ejemplo, cuando yo fui a enseñar por primera vez Microeconomía, José Vicente Cadavid, que le agradezco en el alma, me decía “Esta semana tenemos que hacer esto, mira los ejercicios...” ¡Y se iba conmigo, paso a paso, semana a semana! Mery Tamayo también me decía: “Separe el tablero así, nunca les vaya a decir que es la primera vez que está dando esta clase, acuérdesse de eso, cómo va...”. Humberto Franco, la primera vez que fui a dar una clase de posgrado, que yo creo que eso también es un reto muy grande, porque uno sabe que es un público difícil, más exigente. Humberto me entregó las diapositivas de él, muy generoso y esa generosidad uno la agradece en el alma, porque entonces así uno les garantice sus derechos de autor, le sirven como base para uno armar las de uno; sí, es una guía y una seguridad muy grandes, entonces, incluso estábamos en Cali esa primera vez que yo iba a dar en posgrado y bajábamos antes al lobby y él me explicaba y me preguntaba “¿Qué dudas tienes?, hoy vamos a trabajar hasta tal punto”, llegas acá, me esperaba a la salida. Fueron como... padrinos. Yo creo que son esos padrinos que lo acogen y lo reciben a uno y hacen que sea más fácil ese primer semestre en el que va a dar una materia nueva. Entonces, yo sí tengo agradecimiento por muchos, por ejemplo, John Jairo García también fue el que me adoptó en esa primera investigación, vio talento, potencial, disciplina, pero no es fácil, hay que tener paciencia también cuando uno está formando a alguien. Puedo nombrar a muchos. Gracias a Dios sí tengo unos excelentes compañeros de trabajo. Muchos de mis logros se los debo a ellos. Fue gracias al colegaje, a la generosidad, a que compartimos todo y todavía lo hacemos. Yo a eso lo llamo construir academia, sin egoísmo, sin egos, si todos tenemos una impronta, sea lo que sea, así tenga un doctorado, nunca perder la humildad, nunca perder de vista que somos seres humanos como cualquiera, porque como se dice por ahí: “Se acumulan títulos y se acumulan egos”, eso nosotros lo tenemos muy, muy metido dentro de nuestro corazón; que ante todo, con toda la humildad y con todo lo que uno le pueda entregar.

PROYECCIONES Y LOGROS

Yo soy tan feliz, soy inmensamente feliz en mi vida profesional, porque le apporto a esta sociedad, a estos jóvenes, ellos crecen, uno los acompaña, genera ambientes positivos y propicios, y luego se van a acordar de uno con cariño. No espero que digan: ¡Tan *tesa* la profesora! No, yo sé que ellos se van acordar de uno con ese cariño que para mí es más importante que cualquier otra cosa, entonces, cada uno de los personajes que pasa por mi vida, todos, absolutamente todos, desde chiquitos, yo creo que sienten ese cariño, ese respeto por a la diferencia, esa equidad, ese acompañamiento, ... yo no tengo sino agradecimiento por este camino profesional mío, porque hace que yo sea muy feliz y lo puedo equilibrar mucho con mi familia, profesionalmente me siento plena.

En cuanto al futuro, todos se ríen mucho, porque yo digo que me pienso jubilar aquí en la Universidad, yo no me veo en ninguna otra parte, yo amo esta Institución, no tengo nada más sino agradecimiento para EAFIT y todos los directivos que han creído en mí. En mi futuro, pienso seguir aportando, correspondiéndole a la Universidad, que el agradecimiento se note con el trabajo duro, con el deseo de seguir ayudando a los estudiantes en su transformación. Hoy en día, tenemos un gran reto como institución de educación superior, tenemos que estar ahí, aportar en la formación de excelentes ciudadanos y excelentes seres humanos. Que no solo sean muy buenos profesionales, muy competitivos en su formación técnica, en su formación académica, teórica, que un economista de la Universidad sea reconocido en el nivel internacional como ya lo estamos haciendo, sino, ante todo, que digan “¡Qué gran ser humano sale de la Universidad EAFIT!”.

Testimonios para Catalina Gómez Toro Docente que inspira de la Escuela de Economía

Testimonio de Manuela Cardona Badillo, estudiante del pregrado en Economía

Catalina Gómez Toro es una docente que inspira, porque creo que es una persona que está en constante movimiento y trabajo para mejorar el pregrado; porque a sus estudiantes les inculca los valores de integridad para no crear, simplemente, buenos profesionales, sino personas que le hagan bien a

la sociedad. Yo quisiera decirle que, aunque no le estén haciendo este tipo de reconocimientos constantemente, y algunas veces sienta que no recibe los frutos del esfuerzo que le está poniendo a su trabajo, nunca deje de ponerle el amor y la pasión con la que va a las clases, con la que inspira a los estudiantes, con la que les habla. Yo considero y confío que realmente es una labor que está cambiando vidas y le agradezco de corazón todo lo que ha hecho por nosotros.

Testimonio Gabriel Jaime Suárez Obando, egresado del pregrado en Economía

Catalina Gómez es una docente que inspira porque se preocupa por las necesidades, los requerimientos y las aspiraciones de sus estudiantes, y en cómo puede constantemente mejorar su proceso de formación.

Cata, muchísimas gracias por ser un ejemplo para mí, por apoyarme durante todo mi proceso de formación y realmente espero que muchos más estudiantes tengan la fortuna de ver clases contigo, de tenerte como jefe de carrera y de contar con tu apoyo en su proceso de formación, porque para mí fue una experiencia inigualable trabajar a tu lado y aprender de ti.

Testimonio Joaquín Urrego, egresado del pregrado en Economía

Ella fue un pilar fundamental cuando tomé la decisión de convertirme en investigador en Economía. Y sobre todo, en Economía del crimen, eso fue una inspiración para mí. La pasión con la que ella habla y con la que investiga, fueron fundamentales para decidirme por este camino. Entonces, creo que yo no podría contar mi historia sin contar la historia de Catalina y las huellas y enseñanzas que dejó en mí.

“Es necesario volver a insistir en que no hay que pensar que la práctica educativa vivida con afectividad y alegría prescindida de la formación científica seria y de la claridad política de los educadores o educadoras. La práctica educativa es todo eso: afectividad, alegría, capacidad científica, dominio técnico al servicio del cambio o, lamentablemente, de la permanencia del hoy”.

Paulo Freire, *Pedagogía de la Autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa.*



María Isabel Marín Cerón

Docente de la Escuela de Ciencias

12 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Ingeniera geológica de la Universidad Nacional, doctora en Ciencias de la Tierra en la Universidad Okayama, Japón. Es la coordinadora de la maestría en Ciencias de la Tierra. Asimismo, asesora del Semillero de investigación Geoquímica y Geología Regional. Actualmente, tiene a su cargo las áreas académicas de Geoquímica, Petrología Ígnea y Metamórficas, Geología Regional y Termocronología.

INGRESO A EAFIT

Cuando llegué de Japón, después de terminar mi doctorado, en el año 2007, inmediatamente tuve una entrevista con Geovany Bedoya, el jefe del Departamento. Empecé como catedrática, es decir, ya cumplí diez años aquí en la Universidad. Siempre quise ser docente, me preparé toda la vida para investigar, pero a la vez, para enseñar lo que voy aprendiendo, por eso, entrar a EAFIT fue realmente cumplir un sueño que termina después de la etapa del doctorado. Me siento totalmente realizada siendo profesora en la Universidad.

Cuando regresé de Japón empecé a presentar proyectos con Colciencias, nos ganamos unos importantes y eso permitió que yo me desempeñara como investigadora y como docente de cátedra al mismo tiempo. A los dos años, más o menos, salió una convocatoria, la gané y entré como docente de medio tiempo. Posteriormente, pasé a ser docente de tiempo completo.

ELECCIÓN PROFESIONAL

Cuando iba a escoger la carrera nadie entendía qué era Ingeniería Geológica, para qué servía, entonces hablé con mi papá acerca de las materias que me gustaban. Siempre me ha gustado la naturaleza, me apasionan los volcanes, mi doctorado fue sobre los volcanes del sur del país. Le dije a mi papá sobre mi preferencia, le dije: “me gustan las matemáticas, la física, la naturaleza y los volcanes”. Pasé a la Universidad Nacional con sede en Medellín y nunca dudé de la carrera en la que iba a desempeñarme por el resto de la vida.

El geólogo tiene que manejar muchas dimensiones diferentes de las que normalmente el ser humano percibe, y es que hablamos de millones de años, distribuidos espacialmente. Nos interesa cómo se construye una cordillera, cómo se destruye, cómo estos fenómenos afectan al hombre; entonces la persona que vaya a estudiar esto debe ser una apasionada por tratar de leer el paisaje tridimensionalmente, con la espacialidad y con el tiempo. Pienso que cuando se escoge esta carrera uno tiene que estar muy inclinado a querer entender la naturaleza, para saber qué le quiere decir.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Cuando empecé como profesora siempre trataba de enseñar de forma distinta a como me enseñaron a mí. Pero al inicio fue muy difícil, porque debía diseñar los cursos, era necesario perder el miedo, porque incluso ahora, dar una clase me genera muchos nervios. Sin embargo, cuando ya he dado el curso varias veces, cada vez me siento más cómoda y cuando siento esa comodidad me digo: “Así me la han debido enseñar a mí”. Cuando encuentro que mis estudiantes entendieron el mensaje y se enamoraron de la temática, pienso: “Ya llegué el nivel que quería”.

Obviamente, al principio es duro, ese nivel se alcanza cuando ya se tiene experiencia, porque cada vez que uno enseña la clase se da cuenta de que hay formas más fáciles de transmitir el conocimiento y de interactuar con los estudiantes. Claro, al principio da susto, pero el susto nunca se me ha quitado; siempre lo siento, pero es muy bueno, porque si no sintiera ese susto entonces no tendría sentido enseñar.

Yo siento respeto por el estudiante y por el auditorio, porque los escenarios son distintos, las personas son distintas; esta nueva generación se distrae muy fácil, entonces uno debe preguntarse siempre: “¿Cómo hago para que ellos se conecten con mi discurso?”. Por supuesto, no regañando, sino atrayéndolos de otra forma. Yo normal-

mente no les digo: “Apaguen el celular”, aunque normalmente no los veo con celulares, seguramente he logrado que les interese la clase y no lo tocan. Incluso, en algunos momentos, hago alguna interacción con los celulares, casi siempre para consultar algo, pero no peleo con eso, sino que trato de atraer su atención de alguna forma.

TECNOLOGÍA EN CLASE

Para mí ha sido maravilloso el proceso, inicialmente con "Proyecto 50" y después con el Centro para la Excelencia y el Aprendizaje (EXA), porque es el lugar a donde yo llego, me escuchan y me ayudan a materializar ideas que cada semestre tengo. Me parece muy pertinente este nuevo rol al que la Universidad nos está invitando. Estoy muy contenta con la directriz del proceso de aprendizaje centrado en el estudiante, con generar nuevas pedagogías, con el trabajo en equipo, manejo de rúbricas; yo comparto la idea del desarrollo por competencias, creo que no puedo calificar de igual forma a todos los estudiantes y mal haría yo estandarizándolos; todos pueden llegar a un nivel sin detectar que hay personas con distintos intereses.

Y eso me agrada muchísimo, porque no me gusta la educación convencional que yo recibí, siempre peleé con eso, no me gusta esa angustia de aprender; no creo que haya la posibilidad de que uno aprenda con sangre, como dice el dicho. En mi Departamento digo: “así como en mi vida me ha tocado, esto me está ayudando a reinventarme y me hace totalmente feliz”.

SER DOCENTE

Mi papá es médico cirujano y fue profesor de cirugía, somos muy cercanos y ambos coincidimos en que no había mayor satisfacción que cuando se descubre que tu estudiante te sobrepasó en algo. Ciertamente, cuando yo he encontrado que esa personita con la que interactué en el primer semestre maduró tanto hasta llegar a un nivel, en los diferentes sentidos: en lo personal, en lo académico, en lo investigativo. Cuando uno piensa: “Este chico o esta chica va a llegar muy, muy lejos”, me siento plena y pienso que valió la pena.

Pero esos son pequeños logros. Hay unos logros así en lo investigativo, pero también en lo personal; cuando uno ve a un estudiante al final del pregrado en Geología

que presenta su trabajo de grado y se siente totalmente realizado, a mí se me salen las lágrimas y le digo: “Te veo tan feliz que valió la pena que estuvieras acá”. Cuando veo que cada uno va logrando sus pequeños avances y se va realizando, eso me hace feliz, esa es mi plenitud.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Tengo tres hijos, por lo tanto, mi conducta seguramente es de mamá. A veces les digo a los estudiantes: “Aquí se me salió la mamá y los voy a regañar por tal cosa, es que esta no es la forma de proceder, tienen que despertarse”. Un alumno para mí es una extensión de mis hijos, con características muy distintas. Con algunos, logro generar una conexión muy estrecha, a veces dolorosa, cuando encuentro que esa persona tiene tristezas en las que a veces no puedo ayudar sino oyéndola, aunque en algunos casos sí puedo intervenir de alguna forma. Entonces para mí son extensiones, porque para mí los hijos no son biológicos, yo voy encontrando personas con las que desarrollo cierto tipo de interacción... o son amigos o desarrollo relaciones maternas. Con los estudiantes, en general, promuevo es ese tipo de relación.

Mi esperanza no es convertirme en la persona que ellos quieran ser, sino que les permita ser, es decir, que ellos encuentren un respaldo para poder realizarse como profesionales y como personas. Y el mayor agradecimiento es cuando un estudiante me dice: “Profe, lo que hice con vos realmente me hace muy feliz” o “lo que vivimos juntos en el proceso de aprendizaje, en el proceso como personas, me ha ayudado a ser quien soy”. Mi relación con ellos es una relación de amistad, pero más maternal, no me parece tan bueno ser amigo cercano, tampoco lo soy con los hijos, se trata más bien de guiarlos, de escharlos.

ESTUDIANTES QUE DEJAN HUELLA

Hace un mes se graduó mi primer estudiante en el exterior, en *New Mexico Tech*, como doctor. Entonces le escribí, es mi primer doctor, no fui su directora porque él estaba allá con una beca de Colciencias, pero con él hicimos algo bonito; se llama Camilo Uribe, y con él diseñamos una ruta para que llegara a donde quería. Fue mi joven investigador, digamos que hicimos toda una carrera y, finalmente, la transición para hacer el doctorado fue sencilla.



Me hace feliz verlo, también espero que él sea mi primer estudiante de posdoctorado. Ya tengo varios estudiantes que están en ese nivel de doctorado.

Hay alumnos que se me acercan y me dicen: “María, yo quiero hacer el doctorado”, entonces los guío: “Si tú quieres hacer el doctorado entonces tenemos que hacer esto, tienes que entrar al semillero, publicar, hacer el trabajo de grado de esta forma, ojalá sea meritorio”.

Tengo otra estudiante, Luisa Echavarría, quien se me acercó y me dijo en el cuarto semestre: “A mí me gustan los meteoritos y la geología planetaria, y eso es muy difícil, porque aquí no tenemos apoyo significativo para esa área”. Yo le respondí: “Entonces empecemos, creemos un semillero de geología planetaria y armemos un grupo, y te vas a ir para Japón a una práctica, al lugar donde yo hice el doctorado. Allá analizan los meteoritos”. Y allá se fue a hacer su semestre de práctica.

Me parece maravilloso cuando tengo esa interacción con los estudiantes desde chiquitos, desde cuando tenían dieciséis, diecisiete años, y logramos formar un plan hacia el futuro y todo ese plan resulta. Yo me digo: “Logré impactar con mi labor”, pero yo sé que no es solo gracias a mí, sino que ellos tomaron una decisión y yo voy ayudando a que se les haga posible en la medida de mis capacidades, porque en la vida, como les digo a todos, las oportunidades no le caen del cielo, a uno las oportunidades le llegan cuando uno las busca.

Una vez un estudiante me reclamó: “María, vos ayudás mucho a este o a este” y yo le contesté: “Ellos me buscan y yo le doy a cada uno lo que requiera, pero si no se acercan a mí, pues no puedo ayudar, si usted no se aparece en mi vida, yo lo olvido. Pero si usted viene, me pide una carta de referencia, discute conmigo, pues yo le doy”. No creo que haya malos profesores, lo que pasa es que si el estudiante no toma del profesor todo lo que él puede dar, entonces para él ese profe no es bueno, pero si toma todo, el profe puede ser excelente.

FAMILIA

A veces me pongo a pensar cuál ha sido el papel de mi familia en mi vida profesional y pienso que las personas nacemos y tenemos un lado positivo y un lado negativo que se activa dependiendo del condicionamiento que tiene a su alrededor. Y el primer condicionamiento es la familia; yo nací en el lugar adecuado, con los papás que debía tener, con un padre que me dio la total libertad de buscar lo que yo quería y eso me ha ayudado a progresar. Alguna vez alguien me dijo: “¿Cuáles son tus sueños?”. Después de llegar del doctorado y ser profe en EAFIT yo respondía: “Tener una cocina grande” y entonces me miraba extrañada y yo explicaba: “Es que ya el resto de cosas las he hecho y soy muy feliz. Ya quiero asuntos más sencillos, porque a mi edad ya he logrado la mayoría de cosas que deseaba”.

Mi familia es el apoyo: mi compañero tuvo la oportunidad de estar conmigo en Japón durante dos años y yo me quedé tres más. Ya estábamos casados y él me esperó esos tres años; entonces, eso hace que yo valore la lealtad. Porque una pareja que se separa y se queda tres años sin verse, no es fácil que salga adelante, pero lo logramos. Al volver a Medellín, él me ayudó a insertar otra vez al medio, me apoyó muchísimo, por eso también valoro muchísimo a mi pareja. Y nuestro grupo familiar está conformado por: mi hijo mayor, que fue el sueño anhelado. Cuando llegó nuestro primer hijo fue como un milagro, porque fue muy difícil y no pudieron llegar más de forma biológica. Entonces dijimos: “No importa, busquémoslos de corazón”. Y llegaron dos personas maravillosas, dos hijos adoptados. Pasamos por épocas bastante difíciles, porque formar una familia diferente con un hijo biológico y dos del corazón, abruma, pero después la vida fluye y entonces vos decís: “Yo me reinvento porque yo soy capaz de fluir”.

Así es la enseñanza: si yo fluyo y voy al ritmo que los estudiantes me están pidiendo, que la generación que cambia tanto me lo pide, pues es genial. Yo creo que eso

es lo lindo de ser profesora, es como un río, nunca son personas iguales y los cursos nunca son iguales, porque el único que permanece es uno y todos pasan y vuelvan; y después, cuando vuelvan, seguramente tendré como estudiantes a sus hijos y eso será maravilloso, volver a tener conexión con todas esas personas.



La familia es muy importante porque permite fluir, si uno está bien y el resto está bien. Y también el ambiente, por eso creo que es tan importante el salón de clase, porque si uno tiene un salón de clase saludable, hace que la sesión sea saludable y que las personas se vayan sin angustias. Obviamente, está la angustia de presentar el trabajo, pero eso no es nada desde que uno esté bien y pueda fluir con ellos.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

La integridad es algo bien difícil de entender porque, obviamente, uno se mueve regido por unos valores, pero la vida no es ni blanca ni negra; entonces, cuando señalamos a alguien por un hecho, ¿qué tanto estamos juzgando a esa persona y qué tanto le estamos dando la oportunidad de avanzar con esos pequeños problemas que uno encuentra? Por eso, yo trato primero de no hacer juicios de valor con los estudiantes, de

entender que ellos, bajo un determinado contexto, pueden comportarse de una manera específica. Además, nosotros los recibimos muy jóvenes –unos llegan de dieciséis años–; me parece que les falta tanto por construir como personas.

Recibimos a los alumnos, los vamos transformando, y los tenemos que ir perdonando. No sé cómo explicarlo, es como cuando uno está con los hijos, no estaría bien si dijera: “Te portaste mal y nunca te voy a perdonar”; o mejor: “Esto no se hace, pero vamos a tomar una serie de decisiones para que no se vuelva a repetir”.

La integridad consiste en lograr que sean buenas personas, felices, que no actúen de manera que le hagan daño a los demás y que ellos puedan solucionar los problemas de una forma ética cuando sean profesionales. Sin embargo, no juzgarlos por cosas del día a día. Todos como seres humanos cometemos errores y siempre debemos tener la oportunidad de cambiar, de recapitular, de tomar nuevos rumbos. Yo sí creo que no existe una sola forma de vivir, sino que siempre que yo estoy en un lugar, puedo tomar diferentes opciones de vida. Siempre podemos enderezarnos, estoy convencida de que, en general, uno puede volver a caminos buenos.

Por eso, trato de acompañar a mis estudiantes; que si siento que van hacia algo oscuro, trato de ayudarlos. Y he visto casos sorprendentes de alumnos que uno siente: “Están como perdidos aquí” y cuando se gradúan, veo a una persona totalmente madura y me digo: “Lo logramos”.

SER GEÓLOGA

Soy feliz de ser geóloga, soy feliz de ser mujer, mamá, esposa y científica. Sin embargo, no es fácil, porque tengo que hacer trabajo de campo y lidiar con la vida cotidiana de una familia numerosa. Entonces les pregunto a los estudiantes: “¿Cómo te ves haciendo trabajo de campo?”. He conocido mujeres, estudiantes mías, que son totalmente felices en un socavón, allá a doscientos, trescientos metros de profundidad, encerradas. Entonces yo las cuestiono: “Ustedes son capaces de lidiar con esto, pero tienen que conseguirse siempre una buena compañía, no toda persona nos puede acompañar en la vida. Si tu pareja no tolera que tengas salidas de campo, cuando sales por cinco días, una semana, un mes o varios meses, tal vez esa no es la persona para ti”. En mi caso es fantástico, porque los dos somos profesores, ambos geólogos, con tres hijos, y estamos en la ciudad. Y cuando salimos, no nos vamos más de cinco días, nunca son meses. Pero todo se puede si consigo la compañía adecuada. Si no, es mejor pensar bien si se quiere formar una familia. Ha habido estudiantes que me dicen: “No, yo no quiero tener hijos”.

Pero sí trato de ser muy clara con las mujeres, aunque, gracias a los cambios en esta época, uno ya ve mujeres en las minas, manejando mucho personal y sin ningún problema. No he visto que nos estén discriminando para contratarnos, pero sí tenemos problemas de seguridad, eso sí es difícil. Una mujer geóloga tiene que ser un poco aventada y un poco arriesgada, no tener miedos; porque vivimos en un país en el que nos pueden pasar cosas. Iguales problemas pueden tener también los hombres, el miedo está ahí; estar en un país como Colombia nos hace siempre reflexionar si puede pasarnos algo o no.



PROYECCIONES Y LOGROS

Como hace poco pasé por el proceso de la adopción con los hijos, eso me permitió interiorizarme mucho y conocerme más; la vida cambia, es difícil, hay que amoldarse. Yo estoy en medio de un cambio.

Y a raíz de esto, planteé en la Universidad nuevas rutas: “Quisiera meterme más en el tema de las pedagogías para las ciencias de la tierra, en geo-turismo, trabajar con

comunidades rurales”. Me gustaría un papel mucho más activo con la sociedad. Es decir, todos conocemos estos paisajes tan hermosos, basta con subir por Palmas y mirar hacia el Valle de Aburrá, y tal vez no nos preguntamos hace cuántos millones de años se formó esto, o cómo se han formado los volcanes, o qué sucedió.

El geólogo ha sido un poco injusto con la sociedad, porque se alimenta de asuntos maravillosos, pero no los comunica. Yo lo que quiero ahora es meterme en esto de la divulgación de la ciencia en distintos niveles: impactar desde los más chiquitos hasta los grandes, para que la ciencia sea un poco más abierta y más personas se nutran de este campo del saber tan maravilloso.

Testimonios para María Isabel Marín Docente que inspira de la Escuela de Ciencias

Oscar Geovany Bedoya Sanmiguel, jefe del Departamento de Ciencias de la Tierra:

Llevo treinta y cinco años en la Universidad. He tenido la fortuna de que María Isabel me acompañe durante todo el tiempo que lleva trabajando aquí. Verla a ella con ese ánimo, con ese empeño y sobre todo con esa dedicación a los estudiantes, lo llena a uno de alegría, lo llena a uno de valor. Cuando uno la ve, toma la fuerza de ella para seguir adelante. Es una mujer que todos los días quiere prepararse más, estudiar más, para darle, desde el punto de vista técnico, lo mejor a los estudiantes y, lo más importante, para entenderlos, acompañarlos y para hacerlos crecer.

Cuando uno conversa con María Isabel, ella no habla de sí misma, sino de cómo le vamos a solucionar el problema a uno o a otro estudiante. Ella se apropia las dificultades de sus alumnos, y yo creo que por eso logra ayudarles de forma efectiva.

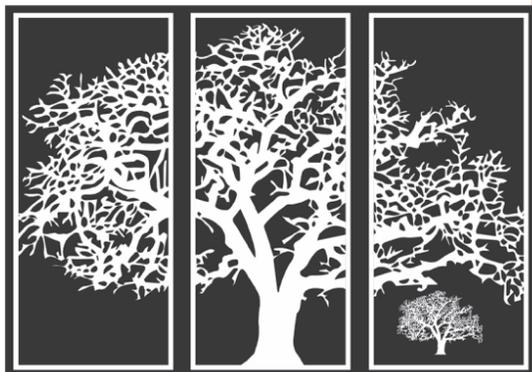
María Isabel es un ser de luz, es una persona que nació para la docencia, quiere su oficio, quiere su entorno, ama su Institución. Y yo a veces, cuando la veo, no le veo la camiseta puesta sino la camiseta tatuada. Ella siente verdaderamente lo que es la Universidad.

Testimonio Camilo Uribe Mogollón, egresado de pregrado en Geología:

Estoy feliz hoy por tener la oportunidad de homenajear a María como una docente que inspira. María para mí ha sido como mi segunda mamá, como mi mamá geológica. Y no solamente por el hecho de que ella me enseñó prácticamente el 80% de las materias en el currículo, sino porque fue esa persona que hace once años me dio la mano y me llevó paso a paso a lo largo de mi pregrado, y fuera de que me enseñó a volar para irme a cumplir mis metas.

Cuando empezó a contar su trayectoria de vida, su vida profesional y todos sus estudios, desde ahí nació como esa semillita, como esa idea y yo decía: “Qué verraquera algún día ser como ella”, lograr todo lo que ella ha logrado. Y ella estaba iniciando su vida profesional, pero para mí era todo, era como esa inspiración, ese modelo a seguir. Y desde ese ese momento se convirtió en eso, en una guía, en un modelo a seguir.

Quiero dar las gracias a María por absolutamente todo lo que ha hecho. Yo creo que vos has sido como un angelito que Dios me puso en la vida y simplemente espero que tenga muchas más posibilidades para transformar la vida de muchos más.



“Nos podemos preguntar: ¿quién es el prójimo para un profesor? El prójimo son sus estudiantes. Con ellos es con quienes transcurren sus días. Son ellos quienes esperan de él una guía, una orientación, una respuesta y, antes aún, buenas preguntas”.

Papa Francisco, *Discurso a los miembros de la Unión Católica Italiana de profesores, dirigentes, educadores y formadores.*



Pedro Vicente Esteban Duarte

Docente de la Escuela de Ciencias

23 años en EAFIT

PERFIL PROFESIONAL

Matemático de la Universidad de Antioquia y doctor en Matemáticas de la Universidad Politécnica de Valencia. En la actualidad coordina el área de Cálculo en el Departamento de Ciencias Matemáticas y el área de matemáticas para estudiantes con el programa de Becas con Aportes de Empleados. Acompaña la coordinación del programa Iniciación al Cálculo, y coordina el diplomado de Matemáticas en Contexto.

PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DOCENTE

Empecé a estudiar matemáticas en la Universidad de Antioquia. Yo en ese momento quería ir a los Estados Unidos, porque había leído algunos libros muy importantes sobre procesos de investigación, sobre el trabajo que se hacía en matemáticas con referencia a esta área, pero los procesos vitales lo van llevando a uno por otros caminos. Terminé la carrera bastante joven, y en ese momento, en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Antioquia, no enseñaban cómo dar clases. Mi primera experiencia en docencia fue en un centro de tecnología aquí en Medellín y fue bastante difícil. Como llegué muy temprano a esa primera clase, y los estudiantes se demoraban, me asomé a un balconcito que había ahí y cuando empezaron a llegar vi que tenían la misma edad mía o de pronto eran hasta un poquito mayores, y a mí me dio mucho temor, mucho susto empezar la clase y en ese momento pensé: “No, yo no voy a dar la clase”, pero, de alguna manera, me animé y empecé a trabajar y estos alumnos pensaron que yo

les estaba haciendo una broma, que yo iba a ser compañero de ellos y que yo no era su profesor. Esa fue mi primera experiencia, de alguna forma logré trabajar con ellos, me aceptaron y ahí empezó toda esta historia que lleva ya más de treinta años en la docencia.

Para mí fue muy importante haber trabajado en el semillero de Matemáticas de la Universidad de Antioquia –a pesar de que yo ya tenía otras cátedras en la misma Universidad, o en otras universidades aquí en la ciudad, incluso también en EAFIT–, ese aprendizaje con el semillero fue supremamente importante porque hacíamos reuniones en donde un profesor nos contaba acerca de la metodología que se iba a seguir en la clase. Teníamos unos módulos para desarrollar con los estudiantes y, como empecé muy temprano con el semillero, entonces, inicié con estudiantes de grado once de distintos colegios de la ciudad, seguimos con grado décimo, después con grado noveno y la última vez con estudiantes de grado octavo. Ese ejercicio que hacíamos al final de cada clase, de contarnos la experiencia durante cada uno de esos sábados en la Universidad de Antioquia me ayudó, porque muchos colegas teníamos temor de trabajar con niños puesto que nuestra experiencia había sido con estudiantes universitarios. Ahí entendí la necesidad de una buena pedagogía en la enseñanza de la matemática, de una buena didáctica a partir de los primeros años de escolaridad. Ese fue un hito fundamental para re-pensar la experiencia que tenía como docente en ese momento.

INGRESO A EAFIT

La Universidad hizo una convocatoria para profesores, para trabajar en la sede de Llanogrande con muchachos que tenían algunas dificultades con los cursos de matemáticas. Me entrevistaron, salí seleccionado y ahí empezó mi trabajo como profesor de tiempo completo de la Universidad EAFIT.

La experiencia en Llanogrande fue supremamente importante para mí, porque pude compartir todo el tiempo con los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, Administración y de algunas otras carreras de ingeniería. Llegaba temprano en la mañana y me quedaba hasta por la tarde. Me marcó mucho el hecho de saber, hablando con ellos, que muchos trabajaban en el cultivo de flores y otros daban clases. Recuerdo a un estudiante que enseñaba aeromodelismo, otros laboraban en el sector bancario, algunos tenían muchos trabajos de fin de semana. Entonces, me dije: “Cada uno de estos muchachos es un experto en su área, no importa la edad que tengan, veinte,

dieciocho años, cada uno es experto en lo que enseña, son colegas, claro, estoy aquí trabajando con ellos la parte matemática, pero cualquiera de ellos podría ser profesor mío de alguna de esas otras áreas”. Entonces empecé a verlos desde esa perspectiva y esa relación fue muy bonita, fue bastante interesante compartir con ellos. Cuando tomé, por ejemplo, clases de inglés, me convertí en compañero de ellos, y eso me llevó a entender muchos procesos, que aunque uno los vive cuando es estudiante, en cierta forma los ve muy distante y no tiene la precaución, cuando se es profesor, de recordar esos momentos vitales de la época en que uno también fue estudiante.

Entonces, esa fue mi primera experiencia como docente en esta Universidad. Luego tuve la oportunidad de hacer el doctorado, por un convenio que se hizo entre la Universidad Politécnica de Valencia y la Universidad EAFIT, y dentro de los cursos que recibí en el doctorado en Ciencias matemáticas, hubo uno de Didáctica de la matemática. El profesor nos encargó unas tareas, y sin decirnos, esa fue su forma de seleccionar a los estudiantes que quisieran trabajar con él para dirigir la tesis de doctorado. Hicimos las tareas y en algún momento durante la calificación, él nos llamó y nos dijo: “Yo quisiera trabajar con ustedes la tesis, sería muy interesante, me gustó mucho la experiencia que narran en el trabajo que les asigné”. Esto me sucedió junto con otros dos compañeros de la Universidad de Antioquia; y empezamos a trabajar en didáctica de la matemática.

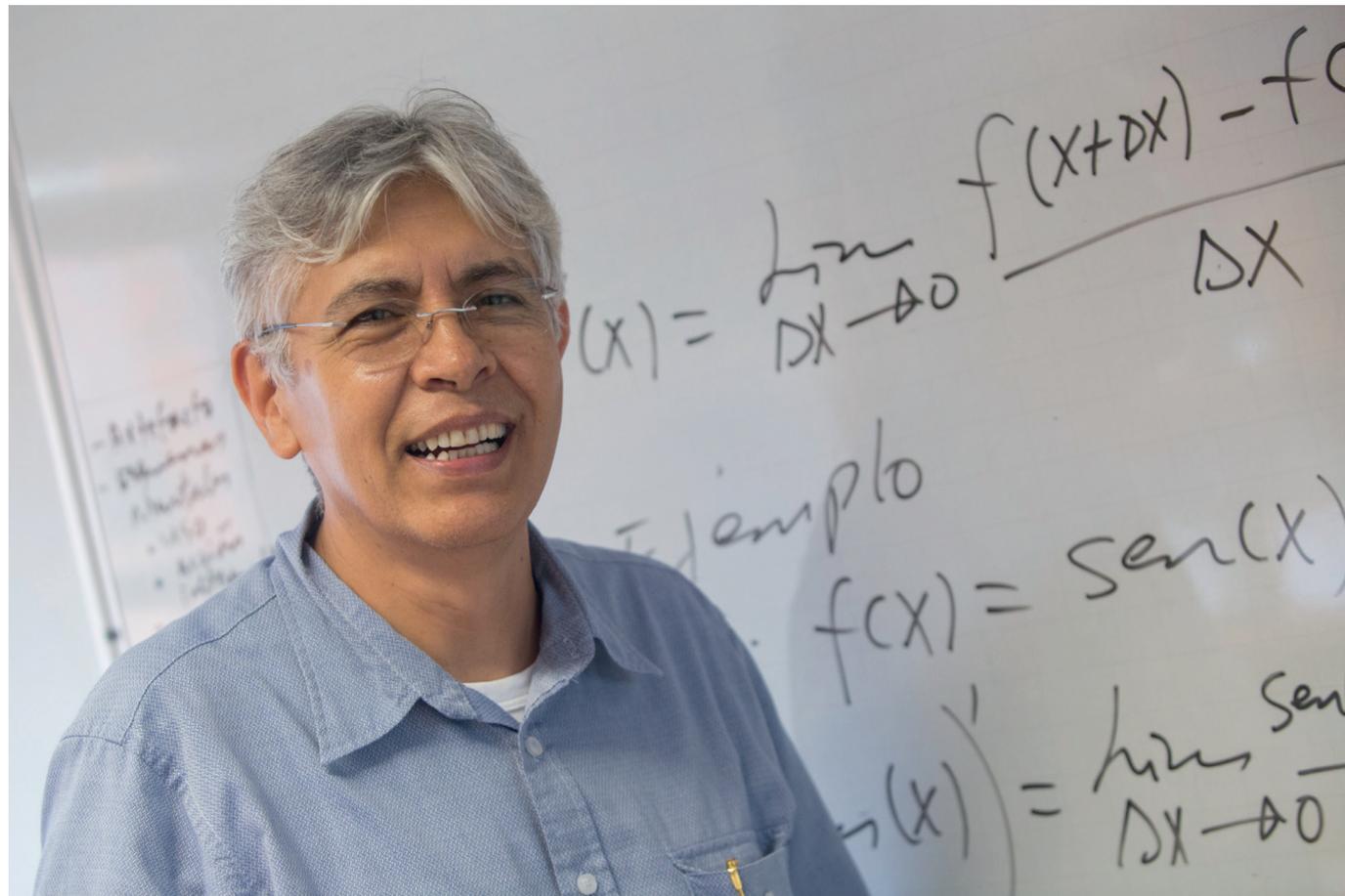
Ese fue mi primer contacto formal con los procesos reales de enseñanza de la matemática y de ahí en adelante empecé a ocuparme de esta área. Luego, con el Departamento de Ingeniería de Sistemas de la Universidad se dieron muchas oportunidades para relacionar la didáctica de la matemática con la tecnología en el aula de clase. Fue una construcción colectiva a través de la experiencia, a la que se han sumado muchas otras personas. Yo considero que es una reflexión vital para la enseñanza de esta materia.

METODOLOGÍA

Tradicionalmente, en las escuelas de matemáticas, la docencia se centra en la demostración de teoremas, en comprender las definiciones, ilustrarlas, y resolver problemas. Pero, en general, no se relaciona la matemática con procesos del medio ambiente, con distintas ramas de la ingeniería; esto genera una visión del conocimiento como si uno dijera: “Qué edificio tan perfecto es la matemática, vamos a ayudar a construirlo”.

Afortunadamente, eso ha cambiado mucho. En EAFIT, por ejemplo, existe la carrera de Ingeniería matemática en donde se tratan de integrar los conceptos matemáticos, “ese edificio matemático” en función de que se pueda aplicar a otras muchas ramas del conocimiento. También la Universidad de Antioquia está empezando a hacer ese proceso.

Un profesor sin experiencia, sin haber tomado cursos de didáctica de la matemática, tiende a reproducir esos esquemas. Generalmente uno recuerda al profesor que más lo impactó en el aula de clase y trata de emular esos procesos: cómo ilustraba, cómo hacía los ejercicios en el tablero, cómo saludaba, etcétera. Cuando uno entiende que está trabajando con estudiantes para quienes en general su proceso vital no son las matemáticas, se da uno cuenta de la importancia de crear un ambiente en donde el estudiante se sienta cómodo, empiece a tomar la responsabilidad de su propio aprendizaje, y ese es el cambio de *chip* más importante.



En el primer momento crear este ambiente le corresponde al profesor, porque él tiene el control –por decirlo de alguna manera– de la clase que está dirigiendo. Entonces, me doy cuenta que sí es importante la matemática para estos estudiantes de Ingeniería, de Administración, de muchas ramas del conocimiento, pero primero necesitan algún tipo de motivación, bien sea, contando una anécdota, llevándoles un artículo o una lectura, enviándoselos por correo, que discutan sobre la importancia que tiene la matemática en su proceso de formación; de esa manera se va creando un ambiente propicio.

Para mí también es muy importante que los estudiantes vean al profesor, no solamente como quien trasmite el conocimiento, sino como alguien interesado por otros procesos, que integra otras experiencias de vida en función de la matemática, sin salirse de la clase. En suma, se trata de construir un ambiente agradable para aprender. Y durante el proceso de evaluación, calificar solo lo que realmente se enseña, orientarlos a ellos para que sepan reconocer qué es lo más importante del curso, incluso, acudiendo a la comparación con un árbol: lo central es su tronco, tiene todas las hojas, todas las ramas, pero el profesor debe hacer énfasis en ese centro y así lograr que el estudiante se motive y sea capaz de ponerle ramas y hojas a ese proceso de aprendizaje, eso es lo que me parece central en el aula de clase.

ELECCIÓN PROFESIONAL

En la escuela primaria tuve una profesora que nos daba la clase de matemáticas, nos ponía ejemplos de la cotidianidad, de la vereda donde yo estudiaba, y luego tuve otro educador que nos enseñó matemáticas, fundamentalmente la clase se impartía durante el recreo, él nos ponía a hacer cuentas mentalmente, a mirar y a que sumáramos cosas que a él se le ocurrían ahí, entonces fui viendo que era un proceso fácil. Y vi que en el bachillerato me iba muy bien en esa área. Cuando llegué a Medellín recuerdo al profesor de ciencias de primero, era muy juicioso, él me descubrió en la clase. Y una experiencia que siempre recuerdo es que en el primer examen que nos hizo, cuando revisó el mío, y vio que lo tenía bueno, no sé por qué, me puso a calificarle el examen a mis compañeros; y ya en el bachillerato, el resto del bachillerato, me iba bien y realmente a la hora de seleccionar para presentar el examen de admisión a la Universidad de Antioquia, pues seleccioné matemáticas; me parecía bien interesante porque también había leído algunos libros de lo que era *Silicon Valley*, el lugar en donde se estaba formando ese auge del momento, y me dije: “Tengo que llegar a *Silicon Valley*”. Pero,

desafortunadamente, no trabajé mucho en función de eso después. Yo pensaba que la matemática podía servir mucho en ese momento allá y que yo podía estudiarla. Pero surgieron otros procesos vitales, y cuando terminé la carrera, tenía muy pocos cursos, hacía otras cosas diferentes a la docencia, y entonces fui perdiendo el entusiasmo por llegar allá.

Yo nací en el Municipio de Chiscas, en la vereda de Los Duartes. A mi papá, aunque le contaba por carta lo que quería estudiar, él nunca me dijo que sí, o que no; a él le interesaba era que me preparara. A él le tocó mi pregrado, pero no el título de Doctor. Mis papás vinieron, pasamos muy contentos en ese momento. Mis hermanos son todos muy inteligentes, a pesar de que no todos estudiaron, pero tengo otra hermana que también terminó matemáticas; el área de investigación de ella es la estadística y trabaja en la Universidad Nacional.

SER DOCENTE

Ser profesor es una responsabilidad supremamente grande, porque es la manera de ayudar a transformar a muchos estudiantes que uno tiene en su mano. Entonces, ese hecho, lo ayuda a uno a sostenerse, a tratar de hacer lo mejor o lo correcto en el aula de clase, en todo momento. Y esto viene a partir de una conversación con un compañero en donde nos preguntábamos: ¿Qué es un empleado público? ¿Qué es un empleado privado? Y una de las conclusiones a la que llegamos fue que los profesores, independientemente de si trabajamos en el sector público o en el sector privado, todos somos empleados públicos y nuestro espacio de trabajo no se circunscribe a la universidad, al colegio, o donde estemos trabajando, sino que debemos actuar de forma correcta en todas partes, porque a través de la vida habrán muchísimos estudiantes o personas que se encuentra en la calle, en el centro comercial, en el almacén, entre otros; entonces uno está comprometido a comportarse correctamente, no importa el lugar en el que esté.

DEFINICIÓN DE UN ESTUDIANTE

Un estudiante es una persona interesada; comprometida consigo mismo en ser mejor, es un ser en construcción. Al final todos estamos en proceso de construcción, no importa la edad que tengamos, pero estos muchachos están en un momento crucial de su

vida y esa construcción tiene que ser muy buena. Entonces, uno como profesor, independiente de cuántos cursos les esté dando, es importante la relación que tengan con uno, el ejemplo que uno les pueda dar, porque está ayudando a forjar a un ser humano.

PROGRAMA DE BECAS

Desde sus inicios, siempre he estado involucrado de alguna manera con el programa de becas. El trabajo con los estudiantes y con los profesores de estos colegios ha sido supremamente enriquecedor para mí. Es una manera de devolverle a la sociedad, desde la Universidad, y uno como profesor, algo de lo que ha podido obtener. La experiencia empezó desde un punto de vista más cercano cuando se formó una alianza aquí en Medellín entre la administración municipal, donde había una escuela, había un colegio, una universidad y una empresa privada colaborando con la instrucción para mejorar los procesos docentes. Con la profesora Sonia López fuimos al Colegio Benedikta Zur Nieden y fue supremamente importante ver cómo los profesores de esta institución trabajaban los procesos que surgían con los estudiantes, lo que contaban ellos sobre las experiencias de estos niños.

Esas vivencias también me marcaron mucho y luego, en el proceso de transformación que ha tenido este programa de la Universidad, me involucré más en la parte matemática y esto ha servido en muchos aspectos al Departamento de Ciencias Matemáticas y a la Universidad misma. Se construyó, por ejemplo, un módulo de matemáticas y de lenguaje que fuera propio de la Universidad; en el de matemáticas, empezamos a trabajar una construcción virtual de ese curso y en este momento es el material de apoyo que los estudiantes tienen; fue la primera experiencia de evaluar un curso totalmente virtual en esa área en la Universidad. Esa construcción, no solo para mí en el nivel personal, sino para el Departamento de Ciencias Matemáticas, ha sido muy importante. Un proyecto que empieza pequeño, a irradiar a otros colegas cuando descubren cómo la matemática se puede trabajar desde otros aspectos; además, es una forma de colaborarles a los profesores de los colegios porque en estos ochenta colegios, cada semestre se trabaja diferentes módulos. Yo he tenido la oportunidad de ocuparme de la matemática en el módulo de la didáctica, y cuando uno habla con estos profesores es muy satisfactorio ver cómo ellos han integrado a su docencia aspectos que hemos trabajado juntos y cómo, de alguna manera, han empezado a transformar también su docencia en el área.

ESTUDIANTES QUE DEJAN HUELLA

Hay dos estudiantes en particular que recuerdo. Algún día, iba caminando por Junín, por ahí por el bloque dieciocho, y me saludó un estudiante muy formal, me dijo: “Pedro, ¿te acuerdas de mí?, estoy muy agradecido contigo, gracias a ti terminé la carrera, y tengo el trabajo que tengo”. Pero, en realidad, no tenía referencia de qué había hecho con el estudiante, y entonces agregó: “Yo me acuerdo mucho que algún día fui, después de la clase, a cancelar el semestre, quería irme, estaba perdiendo el curso y vos me dijiste que yo podía, que mirara que todavía tenía posibilidades de ganar, que sumando las notas había chance, y te ofreciste a que yo fuera a la oficina a que tú me explicaras, fui algunas veces, me dijiste que fuera a Desarrollo Humano, que ahí me daban metodologías de estudio, de cómo podría seguir adelante”. Fue una experiencia muy bonita que un estudiante me dijera eso.



Otro día, en el aeropuerto de Rionegro, estaba esperando un vuelo para Bogotá, cuando vino un estudiante, –yo no lo reconocí– con saco y corbata y me abrazó. Pensé que era un error, pero hizo un gesto con la mano, que mirara para el techo, miré y me dijo: “Pedro, a mí no se me olvida la clase de cálculo porque vos siempre nos enseñabas: ‘En todas partes está el cálculo’, mírelo ahí, en el techo del aeropuerto”. Esas son experiencias bonitas, podría contar otras, pero fundamentalmente esas dos las recuerdo con mucho cariño.

INTEGRIDAD EN LA LABOR DOCENTE

La integridad es un factor muy importante, sobre todo en la forma de evaluar: en la forma de presentar el curso; cuando uno se compromete con ellos, debe cumplir. El profesor debe hacer valer su palabra. Uno de los aspectos que a mí siempre me han parecido menos fáciles de la docencia es corregir un examen, porque pienso en cómo ser justo, que si el estudiante tiene un reclamo, pueda yo responderle de la mejor manera posible, ser equitativo con su nota, con su proceso. Siempre me ha llamado la atención el poder que uno tiene al asignar una nota. Porque, a través de una calificación uno puede, si no es justo, dañar a un estudiante, truncar su proceso ¿Cómo ser justo, no solamente con la evaluación, sino en todas partes? Si yo me comprometo a enviar un taller o una lectura, entonces cumplir, y asimismo con las citas en la oficina.

La integridad es como un proceso interno, personal, pero que a la vez se refleja con los estudiantes y con las personas que uno habla; uno no puede ser íntegro en alguna parte y en otra parte no serlo, es un estilo de vida, que convive con uno.

Insistir en la integridad me ha parecido un trabajo muy importante para llevar a cabo dentro de la Universidad, debemos mostrarles a estos muchachos que a pesar de las cosas que suceden en el medio, a nuestro alrededor se puede ser íntegro.

MAESTROS INOLVIDABLES

Hubo un profesor en la Universidad, Andrés de la Torre, primero lo conocí como docente, luego como colega y después como compañero del doctorado. Como profesor siempre fue muy estricto, pero a la vez muy justo, era de las personas que siempre cumplía lo que decía, la hora que había que entregar las tareas, a esa hora que había que hacerlo, al examen se presentaba en el momento en que estaba programado, no le daba

“largas” a los procesos. Para mí fue muy importante ver la imagen de una persona que podía cumplir lo que decía. Y después, como compañero del doctorado, aprendí muchísimas cosas de él, por ejemplo, el orden, los elementos que uno tenía cuando se ponía a estudiar el tema... fue como un curso con él sobre aprender a aprender; porque uno tiene su metodología de trabajo, pero él era supremamente estricto acerca de su proceso de aprendizaje, de estudio, él nos pedía que hiciéramos un resumen de lo que leíamos; fuimos tres profesores los que hicimos la tesis sobre la didáctica de la matemática en el doctorado. Tuvimos la fortuna de vivir aquí en Medellín; hicimos un equipo de trabajo bien interesante y de ahí también surgió luego el grupo de investigación en el que siempre he participado. Ese profesor me marcó en ese sentido: en ser estricto, en la corrección de las cosas que uno tenía que hacer, en que si se hacía la tarea había que entregarla a tiempo, bien hecha; fue muy interesante. Y ahora, como amigo, como colega, las conversaciones que tenemos cuando nos visitamos también son muy importantes, es una persona con la que uno puede contar, no solamente como amigo, sino para resolver algún inconveniente o algún aspecto de la enseñanza de la matemática.

PROYECCIONES Y LOGROS

Cuando empezó como todo este *boom* de la tecnología, se decía: “Las matemáticas van a pasar a un segundo plano porque ya el computador hace todo”, y en cierta forma tenían razón. En ese momento empezaron a aparecer los *softwares* que grafican, los que hacen matemática asistida, resuelven los procesos de las posibles soluciones de un problema, etcétera. Entonces dijeron: “Ya no se va a enseñar la matemática”. Luego vino una corriente de la enseñanza en esta área donde lo importante era la respuesta, decir qué significaba la respuesta. Yo pienso que esa postura por fortuna fracasó, porque a nadie se le puede enseñar o la misma persona aprender a pensar a última hora; se requiere de un proceso de maduración de las ideas.

Precisamente, en un artículo que leí hace un par de años se habla de que en la actualidad el binomio computador-matemáticas es lo que va a dar sustento a toda esta revolución que nos llegó. Por lo tanto, la importancia que tienen las matemáticas en este momento, en todos los procesos sociales, políticos, económicos, no son ajenos a ninguna persona; fijémonos, por ejemplo, lo que ha pasado en las últimas elecciones para presidentes, para cuerpos colegiados, no solo en Colombia, sino en el ámbito mundial. Cómo se maneja y se manipula toda esta información que se procesa, ahí

entra la integridad, es muy importante, porque se requieren personas que sepan de computación, de matemáticas, de todo este tipo de procesos, pero también que sean responsables con la información, que sean íntegros.

En este momento, la matemática ha tenido un fortalecimiento. Si se mira la experiencia que tenemos en la Universidad, todos los egresados hablan sobre la importancia de las matemáticas, ellos están ubicados en el sector financiero, han cursado maestrías, doctorados, trabajan en universidades internacionales, y cada vez más. Hay un renacer del interés por el estudio de las ciencias, y la matemática aliada con la computación nos va a traer otras cosas que todavía nosotros ni siquiera hemos vislumbrado.

Yo me sueño ayudando en todos estos procesos de la docencia de la matemática, que los colegas también se motiven por su didáctica. Ya tenemos una experiencia muy bonita con el curso de Cálculo I; desde el año pasado, desde la dirección del Departamento de Ciencias Matemáticas, se formó un equipo de trabajo para pensar cómo deberíamos desde el Departamento hacer propuestas a la Universidad sobre la docencia del cálculo, de la matemática; cómo lograr que estos muchachos se motiven más al estudio de estas materias.

Entonces, me gustaría ayudar a construir esos métodos, lograr que más profesores del Departamento se vinculen a la didáctica de la matemática y que esta sirva para mejorar la docencia misma en el interior de la Universidad. Esta es una labor que hay que continuar cada día.

Testimonios para Pedro Vicente Esteban Duarte Docente que inspira de la Escuela de Ciencias

Catalina Londoño Velásquez, docente de cátedra del pregrado en Ingeniería de Diseño de Producto:

¿Quién es Pedro como docente?, una cosa es que te lo digan y otra es uno vivirlo, por eso el semestre pasado le pedí la oportunidad de que me dejara asistir a sus clases, me permitió ir a cálculo integral. Entonces, cuando yo participaba, él me decía: “¿Para qué vienes a mis clases si entiendes todo?”, yo le contestaba: “Pedro, es que yo no vengo acá para aprender de cálculo, sino para aprender de ti como docente, porque en verdad eres una referencia para los estudiantes”. Él es uno de los profesores que no se preocupan solo

por conseguir títulos y publicaciones y llenar un montón de indicadores que exige el sistema, sino que es una persona que se preocupa por el estudiante como ser humano y trata de llegar no solo a su cerebro, sino a su corazón.

Juan Sebastián Pérez Salazar, estudiante del pregrado en Ingeniería de Sistemas:

Profe, quiero agradecerle por siempre dar su mayor esfuerzo con los estudiantes, por intentar en cada momento buscar el ejemplo más sencillo, más cotidiano, para explicar algo tan complicado como puede ser un teorema o un concepto de algún tema en general. Y quiero agradecerle muy profundamente lo que ha hecho por gente como yo, gente de bajos recursos que siempre ha buscado una oportunidad para estudiar y que usted con un programa tan bello, como el Nivelatorio, pueda brindarnos la oportunidad de escalar más alto en la vida y buscar algo más allá para lograr realizarnos en lo que cada uno quiere ser.

**UNIVERSIDAD
EAFIT®**



*Este libro se terminó de imprimir
para la Editorial EAFIT
en el mes de mayo de 2020*

Las fuentes tipográficas empleadas son

Calisto MT y Gotham Rounded



**UNIVERSIDAD
EAFIT®**

Centro de
Integridad